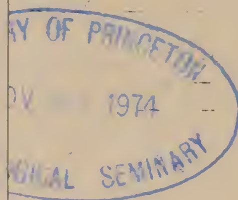
DR. E. ROMERO

TIRANÍA Y TEOCRACIA EN EL SIGLO XX



LIBRO MEX • EDITORES

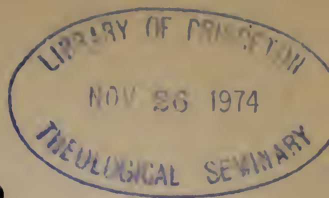


Y OF PRINCETON
V 1974
GICAL SEMINARY

TIRANÍA Y TEOCRACIA EN EL SIGLO XX

HECHO EN MÉXICO

Impreso en los Talleres de la
EDITORIAL B. COSTA-AMIC, MESONES, 14 — MÉXICO, D. F.



DR. EDUARDO ROMERO

TIRANIA Y TEOCRACIA EN EL SIGLO XX

1958

LIBRO MEX • EDITORES

P R Ó L O G O

LA DESAPARICIÓN *de las libertades y de los derechos individuales, aplastados por el Estado, en monstruoso desarrollo, constituye hoy día un fenómeno progresivo en todo el mundo, que preocupa y acongoja a cuantos, con sobrada razón, colocan en el primer plano de valores la personalidad y la dignidad del Hombre.*

El autor del presente libro, en la segunda parte de él, analiza certeramente el fenómeno desde su verdadero punto de origen, el descrédito de la economía liberal, cuyas fallas son sometidas a sereno enjuiciamiento en el capítulo VIII, en el que se ofrece un estudio comparativo, de gran fuerza polémica, con el sistema soviético. El cuadro, a grandes trazos, del caos económico que acompaña en Occidente al intervencionismo estatal es el tema del capítulo IX. En el siguiente se detallan los restantes factores que han puesto ya en trance de ruina todos los principios liberales. Y en el último, crudamente y sin medias tintas, se advierte cómo la Iglesia Católica Romana, enemiga declarada del Liberalismo, ha ido conquistando en el presente siglo posiciones cada vez

más sólidas, hasta constituir una gravísima amenaza para el futuro del mundo libre.

Ha creído conveniente el autor mostrar previamente las realidades, que él conoce directamente, de un país oprimido a la vez por el Estado y por la Iglesia; y a ello ha dedicado la primera parte del libro, aguda y formidable crítica del régimen impuesto a España.

Aseguramos al lector, que tiene en sus manos un libro de excepcional interés. Un libro sobre temas de gran trascendencia humana, documentado y sistemático, sereno y objetivo, impresionante y de fluida lectura.

Un libro, en fin, que deberán conocer cuantos aman la Libertad... y también los muchos que, inconscientemente, están contribuyendo a destruirla.

LOS EDITORES

México, D.F.
Diciembre de 1958.

Primera Parte

ESPAÑA

CAPÍTULO I

ANTECEDENTES HISTÓRICOS DE LA ACTUAL TEOCRACIA ESPAÑOLA

La simbiosis de las castas guerrera y sacerdotal, en las civilizaciones antiguas.—La fórmula teocrática y el espíritu de los españoles.—Desarrollo de la teocracia española hasta Felipe II.—Un siglo de decadencia, bajo el signo de la teocracia.—Un siglo de progreso, sin teocracia.—De Fernando VII al Caudillo Franco.

Recibe en las ciencias biológicas el nombre de simbiosis la asociación de dos especies vegetales o animales para ayudarse mútuamente. Se considera, por ejemplo, que los líquenes resultan de la simbiosis de un hongo que aporta la humedad y un alga que aporta la clorofila. Y una simbiosis es la que establecen entre sí unos gérmenes banales, habituales huéspedes de nuestra garganta, para constituir la grave enfermedad denominada estomatitis fuso-espirilar de Vincent.

En política existe otra simbiosis, tan perfecta como temible, que alcanzó su máxima expresión en las

antiguas civilizaciones teocráticas, muchas de las cuales, con cierto número de caracteres comunes (culto al Sol y a la serpiente, agricultura, tatuaje, circuncisión, práctica de la "couvade", etc.) fueron agrupadas por Sir Grafton Elliot Smith bajo el término de Cultura Heliolítica. El elemento fundamental de aquellas civilizaciones teocráticas era una casta sacerdotal, enriquecida y todopoderosa, que divinizaba y sostenía a un tirano, en tanto en cuanto éste era dócil instrumento suyo; fórmula simbiótica que aseguraba la estabilidad del sacerdocio, descargando sobre el tirano, jefe de la casta guerrera, la responsabilidad, los riesgos y los azares de la política. En algunos casos, eran también elementos característicos de aquellas civilizaciones los sacrificios humanos, cruentos y espectaculares, con los cuales la casta sacerdotal mantenía en el pueblo un sano temor. Y solían constituir otra notable característica las enormes construcciones, de piedra donde ello era posible, que perpetuaban la memoria de los tiranos.

Del grado de abyección en que semejante simbiosis colocaba al pueblo da idea esta salutación con la que se inicia el texto de un papiro dirigido por el gobernador de una ciudad de Egipto a su faraón: "Oh Rey, mi señor, mi dios. El Kasany, gobernador de esta ciudad, tu servidor, polvo de tus pies, asiento de tu trono, escabel de tus plantas, casco de tus caballos, se arrastra siete veces de vientre y de espalda ante tí, sol del cielo."

Es curioso que miles de años después y a muchos miles de kilómetros de distancia encontrásemos entre

los aztecas y otros pueblos de la América precolombina la cultura heliolítica en esplendoroso desarrollo, con sus tiranos, su ensoberbecida casta sacerdotal, monopolizadora del saber y de las riquezas, y sus espantosos sacrificios humanos, realizados sobre edificios de piedra hechos para desafiar la acción del tiempo. He ahí la maravilla de las Pirámides de Teotihuacán, del Templo de Quetzalcoatl, y de cuantas obras arquitectónicas sirvieron el culto a los innumerables dioses de la agricultura y de las lluvias. He ahí a los sacerdotes, sobre el "teocali", abriendo con el cuchillo de obsidiana el pecho de sus víctimas, para arrancarles el corazón aún palpitante; o degollando en masa, en cada una de las frecuentes ceremonias religiosas, millares de prisioneros; o sacrificando niños al dios Tlaloc; o empujando las vírgenes a las aguas del cenote sagrado de Chichen-Itzá.

Aún en nuestros días, en Asia, el misterioso y casi inaccesible Tíbet, con su gobierno en manos de los monjes, constituyentes de un tercio del total de la población masculina, con sus innúmeros e inmensos monasterios de dorados techos y con su Dalai-Lama, elegido por los monjes entre la población infantil y educado entre ellos, nos ha ofrecido otro ejemplo de teocracia despótica, con una particularidad que debiera haber sido el final lógico de toda simbiosis teocrática: la reducción del tirano al papel de un símbolo; con cuya fórmula es tan artificial la figura a quien el sacerdocio presta su poder como las divinidades de las que afirma recibirlo.

Se comprende que en aquellos regímenes el apoyo de la casta sacerdotal representaba el adecuado sustituto de los formidables medios propagandísticos y coercitivos con que los estados modernos se aseguran la colaboración de sus súbditos. Aparecen así aquellas religiones, no como el espontáneo fruto de la actitud interrogante del hombre frente al Universo sino como un simple instrumento del poder.

* * *

El establecimiento de la simbiosis teocrática como fórmula de gobierno en España y su conservación en el transcurso de los siglos constituye un caso único en Europa. Muchos autores han tratado de explicarlo como la natural consecuencia de alguna peculiaridad del carácter español, que no se encontraría en otros pueblos occidentales, razón por la cual serían inmunes a ese tipo de tiranías. Sin embargo, el desarrollo de la teocracia española se explica por el simple juego de determinadas circunstancia históricas. Y quienes han señalado en el alma española características particularmente favorables para aceptar ese modo de organización política no han hecho otra cosa que confundir los efectos con las causas.

Se ha hablado con harta frecuencia del fanatismo religioso de los españoles. Nada extraño sería encontrar pruebas de auténtico fanatismo en un pueblo sometido tanto tiempo a la inflexible tutela de la Iglesia. Sin embargo, yerran quienes consideran que esa es una característica del espíritu español.

Hay, por el contrario, en el fondo del alma nacional una veta de volterianismo que aflora una y otra vez en la literatura y en el refranero, incluso en las tinieblas de la Edad Media. Ese escape es fruto del buen juicio intuitivo común a todos los pueblos latinos, en los cuales la heterodoxia, consciente o inconsciente, es un fenómeno de enorme amplitud, podríamos decir que un fenómeno general.

No está demás insistir un poco sobre este punto; porque puede parecer que corresponden a una mentalidad de intolerancia y de fanatismo de los pueblos latinos la conservación del "principio de autoridad" en materia religiosa, en contraste con el "principio de libre examen" adoptado por los países nórdicos. En realidad, el movimiento protestante tuvo mucho de reacción frente a la corrupción de la Iglesia y el decaimiento del verdadero sentido religioso. Representaba una posición más exigente y estricta; y sus iniciadores no demostraron ser menos intolerantes que los papistas. En los países latinos, es general entre quienes se titulan católicos el descocimiento de las "verdades de la fe", la despreocupación por la moral católica y por las prácticas de la piedad, frecuentemente reducidas a llamar al cura a la hora de la muerte, y el reconocimiento tácito del derecho que asiste al prójimo, no ya a elegir una u otra confesión sino también a rechazar todas. En España, en Francia y en Italia, la adhesión del pueblo al credo católico, que se cohonesta con las mas brutales formas de la blasfemia, es algo tan débil

(bien lo saben las autoridades eclesiásticas) que no resistiría la lectura de los libros sagrados.

El excepcional fenómeno de la teocracia española se ha atribuido también al espíritu de sumisión de los españoles. Para Buckle, el espíritu de sumisión es el rasgo fundamental que se deduce de la historia de España, y que a su vez la explica. Opinión inconciliable con el cúmulo de hechos ante los cuales unánimemente se señala la tendencia individualista como la más acusada característica del alma nacional.

Junto a otras cualidades positivas, bastante comunes entre los españoles, tales como la espontaneidad, la franqueza, la generosidad y la lealtad, destacan como verdaderamente características su irrefrenable apasionamiento y su egocentrismo, que alguien ha tenido el acierto de denominar "yoismo", en el cual hunden sus raíces un elevado concepto de la propia dignidad, un orgullo personal muy comentado por los extranjeros, el "orgullo español", un terco empeño en sostener e imponer las propias opiniones, y un individualismo que con razón ha sido calificado de feroz. El auténtico ibero es egocéntrico y apasionado en una medida incompatible con esa capacidad de objetivismo y de atención prolongada que es indispensable para buscar la verdad y, más aún, para aceptarla de un contradictor. Así se comprende el frecuente espectáculo de las acaloradas discusiones que se originan en cualquier reunión de españoles; y la rivalidad y las pugnas entre los que

conquistaron América; y la sucesión de luchas y guerras civiles que llenan el siglo XIX.

Un individualismo tan apasionado no es terreno propicio para el cobarde espíritu de sumisión. Cuando el español no está identificado con sus jefes, cuando repudia una autoridad y vislumbra la mas leve posibilidad de derrocarla, se constituye en un abnegado e indomable rebelde, mas dispuesto a desafiar la muerte o a esperarla en el exilio que a someterse.

El historiador inglés confundió la obediencia con el espíritu de sumisión. De obediencia, entendida como colaboración voluntaria y llevada a grados heróicos de lealtad, sí nos da sobradas muestras la historia de España. Pero ¿quién puede extrañarse de ello, cuando en los mas diversos países comprobamos una y otra vez que cualquier régimen tiránico, sostenido por algún tiempo, consigue arrastrar con sus propagandas el entusiasta apoyo de las gentes?

La identificación del país con sus gobernantes ha sido en España, a lo largo de los siglos, obra de la Iglesia. Y la preponderancia de la Iglesia dentro de la simbiosis teocrática ha sido favorecida, como vamos a ver, por circunstancias históricas excepcionalmente favorables.

* * *

Ya a fines del siglo VI, el rey godo Recaredo, abjurando la herejía arriana ante el III Concilio de Toledo, abrió las puertas del poder al clero católico, perteneciente al vencido pueblo hispano-latino. Des-

de ese trascendentalísimo acto, correspondido por el Papa con el envío de un trozo del leño de la cruz, unos cabellos de San Juan y limaduras de la cadena de San Pedro, quedó establecida una estrecha alianza entre el altar y el trono. La supremacía del clero en la gobernación del país y sobre el poder judicial, llegó a ser absoluta. Los Concilios de la Iglesia fueran al mismo tiempo los parlamentos de la Corona; y en ellos, los monarcas, prosternados ante los obispos y con el rostro en tierra, les suplicaban su apoyo y les pedían consejo. El gobierno de los godos no fué otra cosa que una monarquía teocrático-militar.

Más adelante, cuando los mahometanos invadieron la Península, y los cristianos, reducidos a pequeños núcleos en las montañas del norte, iniciaron una desesperada reconquista, la guerra, que había de durar ocho siglos, tomó rápidamente el carácter de una cruzada religiosa contra la Media Luna; lo cual había de asegurar tanto la piedad y superstición del pueblo, animado por contínuos milagros y apariciones, como la influencia política de la Iglesia en un sistema en el que sólo las ocupaciones guerreras y eclesiásticas eran consideradas dignas.

Sin embargo, a lo largo de esos siglos, una relativa tolerancia religiosa permitió la convivencia de cristianos, moros y judíos. La tolerancia con los mahometanos, especie de acuerdo tácito de guerra, fue una réplica a la que éstos dispensaban en la España árabe a los cristianos, siguiendo esta enseñanza del Korán: "En verdad que si vuestro Señor lo hu-

biera querido, cuantos hay en el mundo habrían tenido la misma creencia". Y en cuanto a los judíos, como deja sentado el erudito estudio de Américo Castro *España en su Historia*, su utilidad como artesanos, comerciantes, médicos y sobre todo como prestamistas, cobradores de impuestos y contribuyentes, les granjeó la protección de reyes y nobles, frente al odio del clero y del pueblo.

Con los Reyes Católicos, Fernando de Aragón e Isabel de Castilla, desapareció esa relativa tolerancia; pues como si quisieran confirmar la significación religiosa de esta larguísima guerra, apenas le pusieron punto final dirigieron su atención hacia los judíos, y en 1943 decretaron la expulsión de todos los que no renegasen de su fe. Y ya antes, para exterminar a los falsos conversos, habían establecido el Santo Tribunal de la Inquisición y puesto a su frente a Fray Tomás de Torquemada, confesor de la Reina.

El historiador P. Enrique Flórez, en su obra *Memorias de las Reynas Cathólicas,* hace notar que la promesa de establecer este Tribunal había sido obtenida de Isabel por su confesor, años atrás, antes de que ocupase el trono. Dato interesante. Porque se refiere a tiempos en que se discutía si era ella o su sobrina, "la Beltraneja", quien debía ceñir la corona. Y la solución del grave pleito dependía naturalmente de la posición que, al fin, adoptase la Iglesia...

Las guerras contra los protestantes a las cuales se lanzó, en Alemania y en los Países Bajos, su nieto,

Carlos I, de la Casa de Austria, (Carlos V, de Alemanía), dio el nuevo sostén que le era necesario al régimen teocrático y mantuvo el fuego sagrado en la nación, que viendo canalizado hacia tan grandes empresas su ímpetu guerrero, siguió plenamente identificada con sus gobernantes.

Conservar la pureza de la fe católica fue también la permanente obsesión de Felipe II, quien extirpó de España en pocos años todos los brotes de la Reforma, aislando definitivamente al país del fecundo movimiento europeo; mantuvo contra los protestantes holandeses la larga y cruel guerra que le valió el sobrenombre de Demonio del Mediodía; casó con la reina de Inglaterra, sin otra finalidad que la de someter esta nación a la obediencia de Roma; y, por último, como fracasase su proyecto y viese que las islas británicas eran el seguro refugio de quienes huían de su terror religioso, se lanzó a la desastrosa aventura de la Armada Invencible. En la lucha con los holandeses, que cubrió de gloria al héroe de las libertades cívicas, Guillermo el Taciturno, docenas de miles de protestantes perdieron la vida en medio de toda clase de suplicios. Podemos imaginar, a través de las cifras de víctimas que los historiadores manejan, la odisea de cada uno de aquellos honrados y pacíficos ciudadanos, perseguidos como alimañas y sometidos a toda clase de vejaciones hasta desaparecer en las cárceles de la Inquisición o ser enterrados vivos, degollados o asados en la hoguera, sirviendo de espectáculo a la plebe.

He ahí, en pleno siglo XVI, una reproducción de

las antiguas civilizaciones teocráticas. No falta el pueblo sugestionado que obedece ciegamente a su tirano y lo venera, no obstante ser tétrico y odioso. No falta el gran edificio de piedra, la severa mole del Monasterio de El Escorial. Y, por supuesto, no faltan los sacrificios humanos. . .

* * *

España había alcanzado, tras la victoriosa conclusión de la secular guerra contra los moros y el descubrimiento de las tierras americanas, un esplendor y un poderío militar inigualados. Pero la política de ese funesto monarca que, movido por su fanatismo, derrochó recursos y hombres en la defensa de la Iglesia, con absoluto desdén hacia los intereses materiales de sus súbditos, llevó al país al borde de la ruina. Y los gobiernos sucesivos de tres monarcas incapaces, cuyos reinados llenan el siglo XVII, bastaron para que la nación, acostumbrada a ser conducida, cayera al más profundo abismo de miseria y de impotencia.

Estos tres reyes, Felipe III, Felipe IV y Carlos II, ineptos, ignorantes y sin interés por las funciones de gobierno, se desentendieron de ellas confiándolas a sus validos. Los rezos, la lectura de libros piadosos, el culto a las reliquias, el íntimo trato con frailes y monjas, la fundación de iglesias y conventos, eran las ocupaciones en que la real pareja consumía su tiempo. Por su parte, el valido, dedicado con insaciable codicia a aumentar su peculio, organizaba

fiestas palatinas con escandaloso derroche para distraer el ánimo de los reyes y procuraba demostrar su más devota adhesión al clero para no perder su valiosísimo apoyo.

Asegurada así la influencia política de la Iglesia, vemos a sus miembros dominando la voluntad real y tomando parte principal en las numerosas intrigas palatinas que llenan estos tres reinados. Vemos durante la minoría de edad de Carlos II al jesuíta austríaco. P. Nithard, confesor de la Regente, llegar a ser, según expresión del P. Flórez, único gobernador del Reino, dependiendo todos los negocios públicos "de su inclinación y arbitrio" y celebrándose las Juntas de gobierno en su propia habitación. Vemos más adelante al cardenal Portocarrero aprovechar una de las postraciones de ánimo de Carlos II para cambiar su confesor, el maestro Matilla, adicto al partido de la reina, por otro, el maestro Froilán, que le aseguraba su propia influencia sobre el rey. Vemos a este último y degenerado vástago de la Casa de Austria, torturado por escrúpulos de conciencia, no separarse, ni para dormir, de su confesor y dos frailes. Y le vemos, dando crédito al rumor público según el cual su impotencia sexual se debía a hechizo preparado por una bruja y tomado en una taza de chocolate, someterse dócilmente a los exorcismos y conjuros de Fray Mauro Tenda, organizador de vergonzosos actos públicos y de ridículas prácticas de alcoba, tales como cargarle de escapularios, hacerle desayunarse con agua bendita y ponerle enemas con el aceite de la lamparilla que ar-

día ante Nuestra Señora de Atocha. La simbiosis teocrática entre el altar y el trono había alcanzado aquel último grado en que el jefe político, reducido al papel de Dalai-Lama, es sólo un símbolo, un pelele manejado por el clero.

Es difícil concebir el auge que adquirió el clero durante estos tres reinados. Nuevos conventos y nuevas iglesias surgían por todo el país; y sus enormes riquezas, improductivas para el Tesoro, pues estaban libres de toda clase de impuestos y gravámenes, se acumulaban escandalosamente. Y a medida que crecían el poder y las riquezas de la Iglesia y la miseria y la inseguridad de los laicos, se hacían más evidentes las enormes ventajas inherentes a la condición eclesiástica, y llovían las vocaciones religiosas hasta alcanzar el número de clérigos cifras disparatadas. Ya el franciscano Fray Luis Miranda, en un Memorial presentado a Felipe III en su Consejo de Estado, señaló como principales causas de la ruina que amenazaba a la monarquía "la muchedumbre de hacienda que de secular se está convirtiendo en eclesiástica y las innumerables personas que, por sus particulares fines, de seglares se hacen religiosas".

La superstición y la intolerancia se adueñaron del país. Y a ello tenía que corresponder una implacable persecución de la heterodoxia. Tocóles ahora a los moriscos. En número próximo a un millón, constituían los restos del vencido pueblo mahometano y, esparcidos por todo el país, eran los pacíficos sostenedores de la industria y de la agricultura, ya que para los españoles no había más actividades honro-

sas que la eclesiástica y la militar. A lo largo de los años, todos habían sido convertidos por la fuerza al cristianismo; pero se dudaba, con sobrado fundamento, de la sinceridad de su conversión. Inesperadamente, en 1609, se vieron despojados de sus bienes, perseguidos, atropellados y expulsados del país, siendo muchos asesinados durante su recorrido por la Península o al desembarcar en las costas de Africa. Tremendo genocidio, cuyas desastrosas consecuencias económicas no tardaron en dejarse sentir, y que fue decretado por Felipe III bajo la reiterada instigación del Arzobispo de Valencia y de otros miembros de la Iglesia, entre los cuales no faltaba quien aconsejase degollar a todos los moriscos, sin distinción de edades y sin escrúpulos de conciencia, dejando a Dios la tarea de reconocer en el otro mundo a los que fuesen verdaderamente católicos.

El Santo Oficio desplegó toda su actividad durante estos tres reinados, celebrando contínuos autos de Fe. Uno de tantos se organizó para celebrar la llegada a Madrid de la esposa de Carlos II. Y aunque duró todo el día, la real pareja lo presenció, dicen los cronistas, sin abandonar el palco ni para comer, pendientes del espectáculo que ofrecía la Plaza Mayor, con su tablado y, sobre él, los reos encerrados en jaulas, un fraile dominico apostrofándolos elocuentemente, y varias estatuas que representaban a los herejes muertos en la cárcel, sosteniendo unas cajas con restos de estos desgraciados.

La paralización y la miseria completan el cuadro de aquella España, víctima del clericalismo. Ciu-

dades antes prósperas por sus tejidos de seda o de lana, quedaron despobladas. Los campos estaban abandonados. Los impuestos no se podían cobrar sino por la violencia. Abatido en Rocroy el prestigio de los famosos tercios de Flandes, demanteladas las plazas y reducido el ejército a unos cuantos soldados harapientos, nada quedó del antiguo poderío militar. Faltaron los barcos, olvidados a la vez el arte de construirlos y el de tripularlos. La gente moría de hambre. En Madrid y en otras poblaciones el populacho se amotinaba y saqueaba. Turbas hambrientas asaltaban los caminos. Y a diario, largas colas se formaban a las puertas de los conventos, en espera del reparto de la "sopa boba".

¡España había llegado a ser un país de frailes y de mendigos!

* * *

Afortunadamente, la muerte de Carlos II sin sucesión trajo al trono de España la dinastía francesa de los Borbones. Llenan el siglo XVIII los sucesivos reinados de Felipe V, de Fernando VI y de un magnífico ejemplar del Despotismo Ilustrado, Carlos III. Los tres comprendieron la causa de tantos males y se aplicaron a ponerles remedio. Para cumplir su propósito, dado el grado de incapacidad a que habían llegado los españoles en todos los órdenes, tuvieron que empezar por buscar la colaboración de numerosos extranjeros, a los que se veía ocupando altos cargos en la gobernación del país, en el ejér-

cito y en los establecimientos militares, en la Hacienda, en la enseñanza y las artes industriales. Y, por su parte, Carlos III se rodeó de ministros y consejeros ya imbuidos en las ideas de los "enciclopedistas", como el genovés Grimaldi y los españoles Aranda y Floridablanca.

Tomáronse entonces numerosas medidas para reducir el poder político y las riquezas de la Iglesia. Durante el reinado de Felipe V se impuso una contribución al clero, que se cobró con la necesaria energía. Fernando VI cortó el río de oro que desembocaba en los Estados Pontificios, como participación en las rentas de los beneficios eclesiásticos. Y Car los III, en 1867, llevó a cabo la expulsión de todos los miembros de la intrigante Compañía de Jesús. El Santo Oficio, en riesgo de ser suprimido, hubo de proceder con más cautela y el número de herejes condenados a la hoguera descendió a 16 en el reinado de Felipe V y a sólo 4 en el de Carlos III. A este respecto, escribió Menéndez Pelayo: "Cuando hombres como Aranda y Roda podían con sus decretos deportar órdenes religiosas, llamar a juicio obispos, anular fundaciones pías, ¿qué podía ser la Inquisición sino un nombre, una sombra?".

Dejada a cada ciudadano la preocupación de salvar su propia alma, dedicáronse aquellos hombres de Estado a la tarea de elevar el nivel material del país. Rehízose la Marina, creáronse arsenales, abriéronse canales y caminos, organizáronse los pósitos para permitir la siembra a los labradores modestos, estableciéronse contra la usura los Montes de Pie-

dad y fomentóse de mil modos la agricultura y la industria. La tarea fue culminada por Carlos III, quien derogó las leyes que trababan la industria, suprimió la tasa de los granos y permitió su libre circulación, estableció comunicaciones regulares con América, y por la célebre ordenanza de 1778 declaró libre el comercio de España con el Nuevo Continente. Ello produjo tal prosperidad económica que pudo acometer grandes obras públicas de utilidad y de ornato, sin aumentar para nada los impuestos, antes al contrario reduciendo los que pesaban sobre las clases humildes. Son innumerables las fundaciones científicas y culturales (Reales Academias, Museos, Bibliotecas, Observatorio y Jardines botánicos) que atestiguan el espíritu progresista de aquellos tres reinados. Carlos III llegó a excluir del servicio de las armas a cuantos tuvieron oficios relacionados con la imprenta.

Por primera vez en la historia de España, se había roto la simbiosis teocrática; y durante un largo período, una serie de estadistas capaces, honrados y enérgicos se había aplicado con la mejor voluntad y sin desmayo a frenar la codicia de la Iglesia y reducir su poder, a combatir la superstición, a propagar la cultura, y a fomentar los intereses materiales.

* * *

La reacción de la Iglesia no podía hacerse esperar y encontró su oportunidad cuando, ganada la

Guerra de Independencia contra las tropas napoleónicas, regresó a España Fernando VII, el rey felón; el que, siendo príncipe, conspiró contra su padre, Carlos IV, y se humilló a Godoy, el amante de su madre; y el que, prisionero de Napoleón en Bayona, le felicitaba por sus triunfos contra los españoles y disputaba con sus padres, inspirando al corso, árbitro de tales discordias familiares, el siguiente comentario: "A los reproches del rey vino a unirse la reina, que estalló en amenazas e invectivas contra su hijo, acabando por pedirme que le hiciera subir al patíbulo. ¡Qué mujer! ¡Qué madre! Verdad es que estoy seguro de que su hijo no vale más que ella".

En Cádiz, Cuna de la Libertad de España, bajo el fuego de las baterías francesas, los más ilustres españoles, inflamados de esperanzas en el retorno de Fernando VII, de odio al invasor y de entusiasmo por las nuevas ideas de libertad, habían elaborado la primera Constitución del país, expresión de la buena fe, el patriotismo, la altura intelectual y el espíritu de tolerancia de aquellos preclaros varones.

Destruir las esperanzas de pacífico progreso que la gloriosa obra legislativa hacía concebir, fue tarea fácil para los elementos clericales y absolutistas, contando con un monarca de tan baja catadura moral. La Constitución, por cuya senda había prometido marchar, quedó abolida. Las Cortes fueron disueltas y todos los diputados procesados. Los hombres de ideas liberales no tuvieron otro camino que huir al extranjero para librarse del presidio o de la muer-

te. Fue restablecida la Inquisición y autorizada de nuevo la Compañía de Jesús. La literatura se vio censurada por frailes de ridículo criterio, y la ciencia fue objeto de sañuda persecución, coronada por el cierre de las Universidades y la creación de una Escuela de Tauromaquia. El populacho, identificado con su clero y con la plebeyez de su rey, alentaba toda esta reacción al famoso grito: "Vivan las cadenas!".

Pero eran ya muchos los hombres en cuyo espíritu había germinado la semilla de la Libertad que los vientos de Europa habían lanzado sobre la Península. La unánime identificación del país con el régimen teocrático había quedado definitivamente rota. Por ello, a partir de entonces, la historia de España fue el relato de la trágica lucha entre esos españoles, acusados de extranjerismo, y los que, bajo la inspiración del clero, pretenden mediante la violencia retornar al que ellos consideran "auténtico espíritu nacional". A lo largo de ese reinado y el de Isabel II; en el fugacísimo de Amadeo de Saboya y durante el primer ensayo de República, los episodios de la disputa, los motines, las conspiraciones, los pronunciamientos militares, las guerras civiles llamadas "carlistas", han transformado en afección crónica del organismo nacional la violencia entre los dos bandos opuestos.

El cansancio y la dura experiencia de tan estériles luchas y, más adelante, la reacción de recogimiento y autocrítica provocada por la pérdida de la guerra con los Estados Unidos, explican el período

de relativa normalidad constitucional, de paz y de consiguiente progreso, iniciado con la Restauración de la dinastía borbónica y continuado bajo el último monarca, Alfonso XIII.

La Dictadura del general Miguel Primo de Rivera (1923-1930) rompió aquella normalidad constitucional y manteniendo una constante propaganda contra los anteriores políticos de la Monarquía, arrastró al trono en su caída. Porque a los elementos revolucionarios y republicanos, vinieron a sumarse inesperadamente los políticos ex-monárquicos no dispuestos a perdonar al Rey el apoyo prestado al general; y, también, cuantos ciudadanos, por efecto de aquella propaganda, preferían un cambio de régimen antes que el retorno a la vieja y desacreditada política. Dos grupos de gentes muy poco extremistas que, partiendo de opiniones opuestas respecto a la desaparecida dictadura, coincidieron en negar su voto a la monarquía.

Nacida así, por sorpresa y pacíficamente, en abril de 1931, la Segunda República mostró desde el primer momento una singular aptitud para irritar a sus enemigos y exaltar a sus partidarios; y al mismo tiempo, una absoluta incapacidad para atacar eficazmente los seculares privilegios de aquellos y para frenar los excesos, impaciencias y exigencias de las fuerzas obreras y catalanistas, en las cuales buscaba su apoyo.

Impotente para contener la belicosidad de sus partidarios y de sus enemigos, no supo siquiera prevenir la sublevación militar del 18 de julio de 1936,

que, a través de la cruelísima guerra civil concluida en abril de 1939, restableció en España la odiosa simbiosis teocrática, bajo la espada del "Caudillo" Franco.

CAPÍTULO II

LA CRUZ Y LA ESPADA

El contenido ideológico de la España "auténtica".—El deslizamiento del gobierno republicano hacia la influencia rusa.—Los elementos de la sublevación militar.—La elección del Caudillo.—El valido.—Los progresos del Caudillo en el camino del confesionalismo.—El apoyo de la Iglesia.—La factura, al cobro.—La Falange, chivo expiatorio.

COEXISTEN, pues, en la Península dos Españas: una, de mentalidad europea, y otra, la de la Cruz y la Espada, que se considera depositaria exclusiva de las esencias de España.

Un típico ejemplar de la segunda, Ramiro de Maeztu, le señaló definición y rumbo en su obra *Defensa de la Hispanidad:* "La esencia de la Hispanidad es nuestra creencia en la posibilidad de salvación eterna de todos los hombres, creencia que fue elevada a dogma en el Concilio de Trento y cuya difusión inspiró la colonización de América y constituye la misión histórica de los pueblos hispánicos." En la portada del libro, una espada proyecta su som-

bra, en forma de cruz, sobre la Península. En el texto, la defensa de la Hispanidad se hace en términos dogmáticos y apasionados. La obra de España, nos dice, es una sinfonía que se interrumpió en 1690 al morir Carlos II el Hechizado, pues entonces "al régimen de la casa de Austria, abandonado en lo económico, escrupuloso en lo espiritual, sucedió bruscamente un ideal nuevo de ilustración, de negocios, de compañías por acciones, de carreteras, de explotación de los recursos naturales." Juicio histórico que señala la oposición entre las dos Españas y que resulta tan curioso por lo que tiene de repulsa como por lo que tiene de añoranza. Es una oposición que el autor ponía de relieve aprovechando cualquier detalle. Nos cuenta el prologuista de esa obra que, con ocasión de un paseo por los reales jardines de La Granja, Ramiro de Maeztu protestó: "No está aquí El Escorial; éste es el siglo XVIII francés: Versalles. Ninfas. Pastores. Frutos. Naturalismo. Pero aquí nada habla de Dios. Esta ornamentación revela la mentalidad que se refleja en Rousseau y concluye en las matanzas de la Convención y el Terror."

El mismo espíritu estrecho y reaccionario han manifestado siempre sin disimulo todos los portavoces de la España "auténtica". Ya uno de los más ilustres y autorizados, D. Marcelino Menéndez Pelayo, el autor de la *Historia de los Heterodoxos Españoles,* había declarado: "comprendo y aplaudo y hasta bendigo a la Inquisición, como fórmula del pensamiento de unidad que rige y gobierna la vida nacional a través de los siglos: como hija del espí-

ritu genuino del pueblo español y no opresora de él."

* * *

Pero aunque la lucha civil de 1936-39 empezó como una guerra entre las dos Españas, la liberal, sangrientamente perseguida en la zona insurrecta, fue pronto desplazada de la escena en la zona republicana, donde las organizaciones obreras, dedicadas a hacer la revoución y a combatirse mutuamente, desencadenaron un verdadero caos que, extendido desde el gobierno a los frentes de batalla, explica la derrota; tan sobradamente que aún cabe extrañarse de que tardara en sobrevenir tres años.

Durante este tiempo, otra influencia, la soviética, contribuyó al desplazamiento de la España liberal. El proceso de la suplantación se inicia al formarse, en septiembre de 1936, el gobierno presidido por Largo Caballero, líder socialista representante de la tendencia extremista dentro del partido, quien entrega la cartera de Estado a Alvarez del Vayo y la de Hacienda al doctor Negrín, dos políticos pro-comunistas que a partir de ese momento tratan inútilmente de dominar aquél. Al mes siguiente, Negrín envía a Rusia siete mil ochocientas cajas conteniendo 510 toneladas de oro amonedado y en pasta, equivalentes a 1581 millones de pesetas oro o 63 millones de libras esterlinas, las dos terceras partes

de las reservas del Banco de España. Más adelante, en mayo de 1937, vista la resistencia de Largo Caballero a someterse a las órdenes de Moscú, es sustituido por Negrín. Finalmente, en abril de 1938, el jefe socialista Indalecio Prieto, opuesto al monopolio del poder por el comunismo, es expulsado del gobierno, que es reconstituido, y los puestos claves van siendo ocupados por comunistas, decididos, en obediencia a Rusia, a prolongar la guerra, ya evidentemente perdida.

El que entonces fue ministro de Educación, el comunista Jesús Hernández, con el fin de probar que la conducta de Stalin respecto al proletariado español y la causa antifranquista fue un conjunto de traiciones y villanías inspiradas sólo en el interés de su política imperialista, nos ha descubierto en su obra *Yo fui un Ministro de Stalin* muchas de aquellas tortuosas maniobras dirigidas por el Kremlin, confesando su propia participación en ellas, y dejando bien probada la eficacia de la audaz técnica de amenazas, exigencias y deslealtades con que unos pocos elementos comunistas introducidos en el poder acaban apoderándose de él.

Sin embargo, sólo con mala fe puede asentarse sobre esos hechos la oportunista afirmación de que la guerra civil fue una cruzada contra el comunismo. Antes de la guerra, los comunistas españoles carecían de fuerza y no habían podido conseguir en las últimas elecciones más que quince de los cuatrocientos setenta escaños del Parlamento. Luego, duran-

te la guerra, la influencia soviética tuvo que ser soportada ante la necesidad de la ayuda rusa, como consecuencia del hecho de que mientras el Acuerdo de No Intervención impedía recibir auxilio de Inglaterra y de Francia, estos países toleraban la decisiva ayuda del Eje a los sublevados. Y al final de la guerra, no obstante la desorganización general, el clima de extremismos políticos y los avances logrados por los comunistas en su conquista del poder, el Comunismo seguía sin encontrar eco en las masas y no había logrado hacer la menor mella ni en la Unión General de Trabajadores (U.G.T.) ni en la Confederación Nacional del Trabajo (C.N.T.), las dos grandes organizaciones sindicales obreras. ¡Difícilmente otro país, en análogas circunstancias, podría demostrar mayor inmunidad frente al virus soviético!

En medio de aquel desastre, Azaña, símbolo de la España liberal, purgaba sus errores políticos y nos dejaba en *La Velada de Benicarló*, junto a la confesión de su impotencia y bajo la aparente frialdad intelectual de unas limpias disertaciones literarias, escritas con imparcialidad que parece impropia del Jefe de la República, la expresión de su dolor por el cuadro que le ofrecía la Patria.

* * *

Si el desarrollo de la influencia rusa en la zona republicana fue gradual y relativo, como correspondía a la escasa importancia de los comunistas en

España cuando ocurrió la sublevación militar, en cambio en la zona sublevada fue rapidísimo el establecimiento de la fórmula teocrática; lo que se comprende fácilmente al analizar las fuerzas que, junto con los monárquicos, prepararon la insurrección: la Iglesia, el Ejército, la Falange y el Tradicionalismo.

Al hablar de la Iglesia, conviene advertir al lector católico de otros países que no atribuya las cualidades humanas de sus propios sacerdotes, allí donde éstos han de competir con los pastores protestantes, al clero español, abusivo, intransigente y rapaz. Ese lector se extrañaría si hojease el libro en que, hace muchos años, un jurisconsulto español, Eduardo Barriobero, tuvo la paciencia de reunir los procesos que los tribunales de España habían seguido contra sacerdotes, por toda clase de delitos comunes, desde la corrupción de menores hasta el forzamiento de la voluntad testamentaria de sus penitentes o la venta subrepticia de obras de arte confiadas a su custodia en los templos. Bajo la acción corruptora del monopolio confesional, el clero español y más particularmente los deshumanizados miembros de la Compañía de Jesús, habían concitado contra sí el odio del pueblo, por su voracidad, por su significación política y por su sistemática adscripción al bando de los poderosos. El retorno a los tiempos de los Austrias era el sueño dorado de ese clero, enemigo irreconciliable de todo movimiento obrero y de todo pensamiento liberal. Y nada digamos del "cura trabucaire", ese pintoresco tipo montaraz que abando-

na su parroquia y su barragana para coger las armas y participar en las guerras civiles.

En cuanto al Ejército, dada su formación ideológica, no podía constituir el más leve obstáculo a las ambiciones políticas de la Iglesia. En gran proporción, los militares españoles, profundamente patriotas y con especialísimo sentido del honor, pero poseídos de un complejo de inferioridad frente a los elementos civiles por su escasa preparación cultural, por su inutilidad y por su exigua paga, vegetaban en sus casinos, cuando no estaban ocupados en la crónica guerra de Marruecos, origen de ascensos y distinciones, añorando la antigua fórmula teocrático-militar, gracias a la cual en el Imperio "no se ponía el sol".

La Falange había sido fundada, tres años antes de la sublevación, por un grupo de señoritos, deslumbrados ante los regímenes de Mussolini y de Hitler, y tan empeñados en copiarlos hasta en sus menores detalles como en demostrar que iniciaban un movimiento de gran originalidad. En opinión de ellos, lo característico del fascismo es la supresión de las luchas sociales y electorales, es decir, la "unidad", cuya consecución justifica la violencia y cuya conservación requiere un ideal nacional, una tarea común, que en el caso de España viene determinada por "su destino histórico".

La fe de iluminados en esa doctrina, las aspiraciones indefinidas a la justicia social, las invocaciones al espíritu de servicio y de sacrificio, el hastío experimentado ante los conflictos sociales y políti-

cos, la amargura de "incomprendidos" y los desplantes de bravuconería, caracterizan la oratoria y los escritos de aquellos irresponsables fundadores.

Tomo al azar un libro de Sancho Dávila, quien por encargo del Jefe, José Antonio Primo de Rivera, extendió la Falange a la región andaluza y que fue luego Ministro de Franco. Se titula *Hacia la Historia de la Falange. Primera contribución de Sevilla* y es un buen testimonio de las primeras actividades de este partido durante la República. Ahí leemos la captación de afiliados, que en Sevilla, población de 300,000 habitantes, no llegaron a 500 entre señoritos terratenientes, obrerillos, estudiantes y pistoleros; las primeras escenas callejeras con bofetadas y estacazos en las que, como en las películas norteamericanas, "siempre los nuestros llevaban la mejor parte a pesar de ser, cuando más, uno contra diez"; el envío de una "escuadra" para lanzar rítmicamente huevos podridos sobre los socios de un círculo de gente acomodada "que se habían permitido censuras repetidas a nuestro proceder"; y otras "acciones punitivas" más serias: enviar obreros fascistas a disparar a mansalva contra otros, comunistas. "El primer servicio de esta índole recayó sobre los militantes Juan Orellana, dependiente de bebidas, y Juan Romero, obrero agrícola de Dos Hermanas, los cuales tuvieron conocimiento de una reunión concertada a los pocos días en una taberna de la calle Torneo, por un grupo de dirigentes rojos del gremio de dependientes de bebidas. Un rato antes de la lógica terminación de aquella, Orellana y Romero se

situaron en las proximidades de la taberna, y cuando los comunistas estuvieron en la calle frente a ellos, después de un ¡Arriba España! nuestros camaradas dispararon sendas pistolas. Tres contrarios quedaron heridos, y los nuestros se retiraron incólumes".

Tales eran la doctrina, la retórica y los actos con que hizo su aparición en España ese partido que, una vez declarada la guerra civil, implantaría el terror y el asesinato en gran escala y, luego, una corrupción administrativa que haría escuchar con asco e indignación aquellas reiteradas invocaciones al servicio y al sacrificio.

De las fuerzas en que se apoyó la sublevación parecía la Falange la menos propicia a una supeditación del Estado a la Iglesia. Pronto, sin embargo, el punto de su Programa que se refería a esta cuestión sería suprimido. Y aquel "común destino histórico", fórmula hueca, pero insuperable, dada la historia de España, para albergar un contenido teocrático, se concretaría en esta otra: "Por el Imperio, hacia Dios".

Finalmente, la cuarta fuerza participante en la insurrección, el llamado Tradicionalismo o Carlismo, es algo difícil de comprender fuera de España. Tiene su feudo en el país Vasco-Navarro, que vio nacer a Ignacio de Loyola, el fundador de la Compañía de Jesús. En ese rincón montañoso, poblado por un grupo racial que ha permanecido ajeno a las sucesivas invasiones de romanos, bárbaros y árabes, puede observarse en su máxima pureza aquel imposicionismo intolerante que fue señalado en el ante-

rior capítulo como característica negativa de los españoles. El naturalista Humboldt opinaba que los vascos eran los actuales representantes del primitivo pueblo ibero; y Unamuno ha dicho que son el alcaloide de España. Pero, ¿Qué es el tradicionalismo? Un vasco, de los de Franco, José María de Areilza, profesor de la fascista Facultad de Ciencias Políticas y Económicas, en su obra *Embajadores sobre España,* lo ha definido, breve y exactamente, como "la pura esencia de la españolidad contra las deformaciones extranjeras; el catolicismo militante de nuestro pueblo; la alianza del Trono y el Altar."

* * *

No es, pues, de extrañar la rapidez con que el sello de la teocracia marcó el movimiento insurreccional. Este nació bajo el signo de la República, enarbolando la bandera tricolor, y el himno republicano se oía en las primeras emisiones radiofónicas de los sublevados. Pero la España de Felipe II había encontrado su oportunidad y no habría de desaprovecharla.

En tales circunstancias, el general Franco, cuya preparación, exclusivamente militar, y cuya vanidad facilitaban el tutelaje de la Iglesia y su identificación con una misión sobrenatural, fue elegido Caudillo. Ya la simple comparación entre los dos primeros discursos del nuevo Dalai-Lama nos muestra el éxito de sus consejeros religiosos: en el primero declara que el naciente régimen español será acon-

fesional; en el segundo nos señala la España imperial y religiosa de los Reyes Católicos como el modelo que inspirará sus actos. Desde ese momento quedó confirmada la dirección en que habrían de acabar lanzadas cuantas energías participaban en el Movimiento; del mismo modo que un leve impulso dado intencionalmente al agua de un recipiente que empieza a vaciarse por su fondo, determina el sentido en que toda la masa acabará girando vertiginosamente.

Claro es que esta unanimidad requiere tiempo. La sublevación, que había buscado su justificación en los desórdenes públicos, en la desunión de los españoles, en los atentados personales realizados por grupitos comunistas y fascistas, en algunos incendios de iglesias y en un pretendido peligro comunista, había degenerado en tremenda guerra civil en la que los odios, los crímenes por ambas partes y toda clase de males se habían multiplicado prodigiosamente. Un simple retorno a la normalidad no justificaba ya la locura cometida. Había que señalar a la empresa objetivos más altos. Y había que disponer de tiempo para que la deseada orientación ideológica estuviese bien asegurada, aunque ello representase la prolongación de la tragedia. Así se comprende el fracaso del ataque a Madrid en los primeros días del mes de noviembre de 1936. Ni siquiera puede decirse que estuviesen desmoralizadas las fuerzas que defendían la plaza, pues la realidad es que no existían tales fuerzas. Pese al famoso "No pasarán", toda la población estaba convencida de que la

entrada de las tropas era inmediata. El Gobierno republicano, por indicación de los técnicos militares, que juzgaron la plaza indefendible, huyó a Valencia. En el suroeste de la capital, por donde se esperaba la llegada de los insurrectos, y única zona que por su topografía permitía alguna resistencia, no había otros parapetos que las mesas de mármol sacadas de los restaurantes próximos. Y, en fin, un simple rodeo a la población por el surdeste, cortando la comunicación con Valencia, habría completado la desmoralización y habría transformado la entrada en un paseo a lo largo de las calles del aristocrático barrio de Salamanca. Pero las tropas "liberadoras", que en Toledo habían perdido innecesariamente un tiempo muy valioso, llegaron a Madrid y se estacionaron frente a aquellas mesas de mármol. Cuatro días después llegaban a defender la plaza las primeras fuerzas internacionales.

No podía faltarles a Franco y a la Iglesia, como no faltó en tiempos de los últimos y degenerados Austrias, un valido. Este fue Ramón Serrano Súñer, cuñado del Caudillo y abogado ultra-católico, quién en su libro polémico *Entre Hendaya y Gibraltar*, escrito años después, en 1947, para justificar su actuación, y que lo acredita de rencoroso, frío, ambicioso y jesuítico, nos explica, cómo, muertos casi todos los fundadores de la Falange y luchando con las "envidias" y "vilezas" de los "incolocados", fue escalando, sin proponérselo, el poder político.

A su llegada a Salamanca, escapado de la zona republicana, Franco le cedió para él y su familia

una habitación "pobre y destartalada", en los altos del Palacio Episcopal, en el que había establecido su Cuartel General. Rápidamente comprobó que el Caudillo, absorbido por los problemas puramente militares, no había perfilado suficientemente los dogmas políticos del Movimiento. A los pocos días, paseando con él, después del almuerzo, por el jardín del Palacio Episcopal, "surgió la inevitable conversación", en la que Serrano Súñer le expuso "la ocasión excepcional ¡única! que se nos presentaba de crear un Estado sin antecedentes, sin compromisos, sin cargas; un Estado verdaderamente nuevo; el único que en mucho tiempo hubiese podido el Mundo ver surgir de ese modo".

A partir de entonces, el favorito, sobre el que recayó "una leyenda sombría de eminencia gris", se aplicó a la consecución de ese Estado con mando único, partido único y dogmas fijos, que en el caso de España vienen señalados "por nuestra tradición y por nuestra confesión religiosa". En posesión de tan originales y profundos pensamientos, Serrano Suñer mereció la Secretaría del partido único Falange Española Tradicionalista y de las Juntas Ofensivas Nacionales Sindicalistas), el Ministerio de Relaciones Exteriores y el Ministerio de la Gobernación, del cual dependían la Prensa y el Orden Público, dos servicios que le permitieron mantener vivos durante años, con inconcebible saña, el odio a los vencidos y la persecución policíaca.

* * *

Los progresos del Caudillo en el camino del confesionalismo fueron brillantes. Bastarían para probarlos las numerosas referencias que a diario podían espigarse en la prensa nacional. Pronto se ofreció como brazo armado de la Iglesia y señaló a España la alta empresa de imponer al mundo el sentido católico español. Una visita al Museo del Prado le sirvió para remarcar su actitud, deteniéndose muy especialmente, según se cuidaron de señalar los reporteros, ante el cuadro del Tiziano "El Emperador Carlos V, en Mühlberg", lienzo en el que, sobre un fondo de negros, oros y carmesíes, el emperador de Alemania y rey de España, a caballo, con armadura, yelmo y lanza, y con faz pálida y enérgica, aparece como un Genio de la Guerra, en vísperas de su victoria sobre los protestantes. Los lugares comunes sobre los conceptos simbolizados por la cruz y la espada, y sobre el auténtico español, "mitad monje y mitad soldado", se repiten con una machaconería inaguantable, en las declaraciones públicas, en la prensa, en la radio. Surge entonces en el Caudillo, y es puesto inmediatamente en marcha, el faraónico proyecto de levantar en el Valle de los Caídos, 60 Kms. al norte de Madrid, no lejos del Monasterio de El Escorial, otro convento y frente a él un pétreo monumento funerario de proporciones colosales, que le sirva de sepulcro, coronado por una gigantesca cruz de piedra.

La adulación le estimula en el camino hacia la santidad. Una revista nos lo presenta arrodillado de-

votamente ante la Virgen de Fátima. Al pie de la foto, esta leyenda: "No hay cuadro más hermoso que el del Caudillo después que ha comulgado. Sus fieles servidores de El Pardo aseguran que algún día será elevado a los altares, como sus antecesores Fernando y Hermenegildo".

En sus diarias audiencias oficiales, jamás faltan obispos y frailes, a los que concede atención preferente. Tengo ante mí una publicación piadosa (*El Santo Escapulario*, mayo 1949), en la cual quedó relatada con todo detalle una de estas estupendas entrevistas, con unos frailes carmelitas: El Caudillo les mostró y les dio a besar un relicario con el brazo incorrupto de Santa Teresa ("tenía los ojos enternecidos, al ver disfrutar a los carmelitas con la mano de su Santa Hermana y Madre"), y les explicó que los rojos se lo habían arrebatado a las monjitas de Ronda y que él se había negado a devolverlo a ellas "por no haberlo sabido defender". La macabra reliquia acompaña al Caudillo en todos sus viajes y es fama que, si se le olvida, hace volver los coches por ella; pero él rechazó con energía tal especie: "No se ha olvidado nunca; lo que sí sucedió una vez es que íbamos a arrancar ya y no la habían bajado aún y mandé que la bajaran".

La inclinación hacia las reliquias anatómicas parece ser una especial debilidad de Franco. Años después habría de disponer que varias unidades de la marina de guerra se encargasen, en especialísima misión, de traer de Italia a España la lengua y el co-

razón incorruptos de San José de Calasanz. Y todavía en octubre de 1955 dio un decreto ordenando se sindiesen los máximos honores militares al cráneo de San Ignacio de Loyola, con ocasión de su cuarto centenario.

Si lo que precede es buena prueba de la piedad de Franco, lo que sigue mostrará al lector sus cualidades como estadista y le explicará el hambre crónica que bajo su caudillaje viene sufriendo el pueblo español. Hablando con aquellos mismos visitantes de las dificultades que encuentran los misioneros españoles para contrarrestar la labor del protestantismo en los ricos países de América, donde hay tanta veneración al dinero, les dice: "es más fácil que vengan al camino de la verdad y de la virtud aquellos que viven en la necesidad y en la miseria, como Rusia, que no aquellos otros donde, con la abundancia y la riqueza, están sumidos en todos los vicios. Donde no hay dinero no hay vicios". El buen fraile agrega: "y terminó con esa frase lapidaria su sabroso párrafo... Dejó nuestro espíritu embriagado de perfumes sobrenaturales y nuestros labios invadidos de exclamaciones de admiración y asombro que podían resumirse en una: ¡Oh Providencia de Dios, que nos ha dado un Caudillo que es un santo!"

Nada debe extrañarnos, por consiguiente, el inmenso cúmulo de documentos gráficos que muestran al generalísimo beatíficamente rodeado de elementos eclesiásticos o penetrando al templo solemnemente bajo palio.

Con semejante fanatismo, ni la demagógica Falange ni el monárquico Tradicionalismo, ambos semianulados mediante su fusión por decreto, ni los elementos del Ejército, ni la "claque" denominada Cortes, han podido alcanzar en el ánimo de este extraño sujeto la influencia de sus consejeros eclesiásticos.

Asegurada así la preponderancia del clero en la gobernación del país, perseguida implacablemente la disidencia religiosa, entregado prácticamente a las órdenes eclesiásticas el monopolio de la enseñanza pública, perfectamente definido el contenido dogmático del Estado y, en fin, restablecida y sostenida con las técnicas de los modernos regímenes totalitarios la vieja simbiosis entre la Cruz y la Espada, parece innecesario afirmar que Franco ha contado con el apoyo de la Iglesia. Este apoyo, que consta desde los tiempos de la guerra civil en varias significativas Pastorales y en la Carta Colectiva de los Metropolitanos Españoles, del 10 de julio de 1937, ha sido ni más ni menos que "todo el que cabía esperar". La Iglesia ha prestado su colaboración tanto en las altas esferas del Poder como en los púlpitos y en los confesonarios; y aún más allá de las fronteras ha movido con gran éxito sus redes internacionales a favor de este régimen, al principio con disimulo y luego abiertamente.

Tan valiosos y decisivos servicios no han sido desinteresados, no han sido gratuitos. Se han ido cobrando en aumento de influencia y... en bienes materiales. Y como si los cobros ya efectuados no fuesen aún suficientes, más ventajas económicas y más

privilegios fueron concedidos definitivamente por el Estado a la Iglesia en el nuevo Concordato firmado entre la Santa Sede y España el 27 de agosto de 1953 que declara la Religión Católica Apostólica Romana no ya religión oficial sino "única religión" de la nación española.

En él se reconoce a las instituciones y asociaciones religiosas la plena capacidad para adquirir, poseer y administrar toda clase de bienes y para recabar de los fieles las prestaciones autorizadas por el Derecho Canónico y recibir sumas y bienes muebles o inmuebles, donaciones, legados y herencias, sin que el Estado pueda ejercer inspección alguna sobre la gestión de esos bienes, que estarán en la mayor parte de los casos exentos de impuestos y contribuciones. El Estado se compromete a crear un "patrimonio eclesiástico" que asegure una congrua dotación del culto y del clero. Asignará una "dotación anual" para los arzobispos, obispos, coadjutores, auxiliares, vicarios generales, cabildos catedralicios y de las colegiaturas, clero parroquial, seminarios, Universidades eclesiásticas y ejército del culto. Concederá "subvenciones anuales" para la construcción y conservación de templos parroquiales y rectorales y seminarios, y para fomentar las órdenes y congregaciones religiosas. Con "subvenciones extraordinarias" atenderá a la creación de nuevas diócesis y a la construcción de catedrales y edificios destinados a residencia del Prelado, oficinas de la Curia y Seminarios diocesanos. Aún se determinan auxilios especiales para las casas de formación de las Ordenes y Con-

gregaciones religiosas. No sólo los sacerdotes, sino también los novicios, quedan exentos del servicio militar. Los obispos no podrán ser emplazados ante tribunales laicos, sin previa licencia de la Santa Sede. Y en cuanto a los clérigos y religiosos, la Santa Sede "consiente" que las causas criminales sean tramitadas por los tribunales del Estado; pero requerirán el consentimiento del obispo, que puede negarlo; y el proceso se hurtará a la opinión pública, rodeándolo "de las necesarias cautelas para evitar su publicidad". Las penas de privación de libertad habrán de ser cumplidas en una casa eclesiástica o religiosa. Los sacerdotes no podrán ser citados como testigos en causa criminales, sin licencia del obispo. Se reconocen plenos efectos civiles al matrimonio católico. El Estado se compromete a cuidar de que en las instituciones y servicios de formación de la opinión pública, en particular en los programas de radio y televisión, "se de el conveniente puesto a la exposición y defensa de la verdad religiosa, por medio de sacerdotes y religiosos designados de acuerdo con el respectivo Ordinario". En fin, las estipulaciones del Concordato respecto a la Enseñanza estatal o privada son verdaderamente extraordinarias; podrá comprobarlo el lector del presente libro en el capítulo V. Frente a tantas concesiones unilaterales, la Iglesia aceptaba una sola obligación: los sacerdotes, a diario, elevarían oraciones por el Jefe del Estado.

El Mundo quedó sorprendido por este documento, que vino a confirmar una indignante realidad:

Las mentes civilizadas desean la más completa libertad religiosa en todos los países; y en aquellos en que predomina el protestantismo, los más celosos defensores de la libertad religiosa son los católicos romanos. Pero estos mismos, cuando llegan a dominar políticamente un país, exigen la exclusiva para su religión.

Esa realidad es sobradamente conocida y no es a ella a la que quiero llevar la atención del lector. Lo que ahora me interesa señalar es que la firma de este Concordato privó de una valiosa arma a ciertos tozudos defensores de la Iglesia, que veían en los sucesivos aplazamientos del acuerdo la prueba de una divergencia profunda y trascendente entre las autoridades eclesiásticas y el régimen franquista. Igual interpretación se ha dado frecuentemente a los rozamientos manifestados en el curso de estos años entre el Gobierno y la Iglesia. Tuvieron especial resonancia la pugna de Franco con el Vaticano respecto al Patronato Real (privilegio concedido a los reyes de España de presentar al Pontífice sujetos idóneos para ocupar los obispados y prelacías); y el conflicto entre el cardenal Segura y la Falange, por pretender ésta inscribir en los muros de la catedral de Sevilla los nombres de los fascistas caídos en la guerra civil.

Los elementos de la Iglesia, decididos a transformar la Falange, cuando llegue el momento oportuno, en "chivo expiatorio", han abultado la importancia de esa y otras pugnas jurisdiccionales o de influencia, para dar la impresión de que su identi-

ficación con el régimen "no es tan grande como parece". Semejante maniobra invita a la sonrisa. Pues ¿desde cuándo los implicados en actos criminales pueden invocar como atenuante las disputas originadas entre ellos por el reparto del botín y por las apetencias de mando?

Quizá comprendiéndolo así, se viene desarrollando últimamente otra táctica, con sus adecuados "slogans", orientados a presentar como culpable sólo a una parte de la Iglesia, constituida por "sus más viejos elementos, poco inteligentes y demasiado dogmáticos", frente a los cuales se señalan otros, "jóvenes, progresistas y tolerantes", evidentemente destinados a participar en el futuro cambio político y a procurar la impunidad y, en lo posible, la conservación de las ventajas adquiridas. ¿En cual de esos dos grupos habría que situar al Pontífice que logró aquel concordato y que entre otros apoyos, bendiciones y distinciones otorgó al Caudillo la Suprema Orden de Jesucristo, la más alta de las cinco Ordenes de Caballeros que confiere la Santa Sede?

Pese a todas las habilidades y marrullerías que puedan ser puestas en juego, para el desgraciado pueblo español aparece diáfana e insoslayable la tremenda responsabilidad que en la tragedia del país ha contraído la Iglesia. Y no por omisión, no por permanecer en actitud pasiva frente a todo lo que podía y debía impedir; sino por haber sido inspiradora, cómplice, elemento fundamental, principal actor y máximo beneficiario en ese contubernio de la Cruz y la Espada, en ese régimen oprobioso que, como vamos a ver

en los próximos capítulos, se ha caracterizado por la orgía de sangre, la persecución de la inteligencia, el aherrojamiento de la conciencia y la corrupción administrativa.

CAPÍTULO III

LOS CRÍMENES DE LOS NO ROJOS

El terror rojo y el terror franquista.—Testimonios fehacientes sobre la represión en la media España ocupada por los sublevados.—Las víctimas.—Los victimarios.—Una diferencia esencial.—Detenciones, cárceles y ejecuciones.—Duración de la represión franquista.—Lo que opinan los estudiantes de Valladolid sobre la dialéctica de las pistolas.—La actitud de la Iglesia.—Los calvinistas y Miguel Servet.—Del P. Garau, S. J. al P. Uriarte, S. J.—Una pastoral del Obispo de Málaga.

El hecho de que la guerra civil española terminase con la derrota de los llamados leales a la República, ha permitido (¡vae victis!) dar tal publicidad a sus fechorías que muchas gentes no saben de otros crímenes que los ejecutados en la zona republicana, o al menos, dan por seguro que los cometidos por los sublevados fueron muy inferiores en número y en circunstancias agravantes y más bien pueden ser considerados como comprensibles excesos en el obligado castigo a los "criminales rojos".

Me propongo mostrar al lector cuán equivocados

están los que así piensan. Pero dada la extensión de esos juicios, podría ser tachado de parcialidad si entrase directamente en el tema de este capítulo sin referirme primeramente a los crímenes realizados por los vencidos.

El terror rojo quedó desatado desde el primer momento de la guerra civil, cuando el Gobierno de la República, no viendo otro modo de oponerse a la sublevación militar, armó al pueblo. Elementos indeseables de los bajos fondos, delincuentes comunes sacados de las cárceles por la plebe, individuos de malos instintos incrustados en algunas organizaciones izquierdistas y jovenzuelos irresponsables que se vieron de pronto dueños de la calle, encontraron tan deportivo como ir a los frentes de batalla, donde por ambas partes se derrochaba el heroismo, y mucho menos arriesgado, dedicarse a la caza de ciudadanos en la retaguardia. Las víctimas de esta cacería eran ejecutadas, muchas veces, sin otra razón que la de haber sido detenidas; y habían sido detenidas, en algunos casos, por ser personas de notoria significación derechista, pero con mas frecuencia para satisfacer venganzas personales y aun sin otro motivo aparente que el capricho de los aprehensores. En cualquier momento del día, o de la noche, unos "milicianos" llegaban a una casa, la registraban, apropiándose de paso de los objetos de valor que encontraban, y se llevaban consigo alguna víctima, sin que nadie se atreviese a salir en su socorro. Algunos detenidos eran matados en las "chekas" o en las cárceles; pero los mas sufrían lo que con macabra burla

se denominaba "el paseo", es decir, eran directamente conducidos en automóviles a las afueras, y allí liquidados.

Contribuyeron a dar aparente justificación a tales excesos las intensas actividades de sabotaje a que se entregó en la zona republicana una "quinta columna" constituida no sólo por elementos derechistas sino también por no pocos hombres liberales que, frente a la subversión social y los estúpidos asesinatos, pusieron en un rápido triunfo de los sublevados sus esperanzas de retorno al orden.

Para quienes vivían aquellos trágicos momentos, era un rayo de luz la confianza en la justicia de Franco. Pero los que así confiaban, ignoraban "un pequeño detalle" que, al parecer, es ignorado igualmente por los que sólo cargan a la cuenta de los sublevados algún exceso en el castigo a los criminales rojos. El detalle en cuestión es que en la zona sublevada, y también desde el primer momento, había sido establecido, en una escala mucho mas amplia, otro terror más espantoso, más frío y sistemático. Y por consiguiente, cuando las sucesivas victorias de los ejércitos rebeldes, auxiliados por nazis, moros e italianos, iba sustituyendo en cada población "liberada" un terror por otro, la nueva ola de ejecuciones no era la expresión de una justicia implacable sino la continuación de una espeluznante historia de asesinatos, que se inició en la alegría falangista del 18 de julio de 1936. . . y se ha prolongado años y años después de la victoria.

En Burgos, la ciudad castellana elevada provi-

sionalmente por los sublevados a capital de la España Nacional, población siempre pacífica, de asfixiante ambiente clerical y reaccionario, donde no había ocurrido el menor hecho de violencia política desde muchos años antes; en Navarra, feudo del Tradicionalismo donde el clero reclutó en los primeros días cuarenta mil voluntarios y donde no hubo la menor resistencia a la rebelión; en Sevilla, donde los pequeños focos de resistencia fueron vencidos en pocos días; en Mallorca; en las Islas Canarias; en Galicia; en todas las regiones y en todas las ciudades y pueblos de la media España que desde el primer momento quedó en poder de los insurgentes, y en la cual faltaba cualquier precedente que pudiera servir de justificación o de atenuante, la depuración preventiva y la sistemática extirpación de simples sospechosos revistieron desde el primer momento características monstruosas.

No faltan los testimonios más elocuentes. En primer lugar constan en los archivos de las cárceles, juzgados y cementerios; y la represión de los tribunales, en las publicaciones oficiales y, fragmentariamente, en las colecciones de *El Ideal Gallego*, *El Faro de Vigo*, el *Ideal* de Granada, el *F. E.* de Sevilla, el *Proa* de León, y todos los diarios de la zona. Por otra parte, no faltaron figuras dignas de crédito que en plena guerra civil abandonaran la zona facciosa para denunciar al mundo tales atrocidades. Especial resonancia tuvo el libro *Les grandes cimetieres sous la Lune*, en el cual el conocidísimo escritor francés George Bernanos, expuso los crímenes co-

metidos en Mallorca por el Ejército y la Falange. Es también un testimonio valiosísimo el aportado por Antonio Ruiz Vilaplana, quien después de colaborar como Secretario del Juzgado de Instrucción de Burgos en los ininterrumpidos sumarios por hallazgo de cadáveres "desconocidos", huyó a Francia para denunciar la verdad en su libro *Doy fe...*". Por último, los crímenes del franquismo son en España del dominio público, como realizados que han sido sin el más leve disimulo. En todas las poblaciones, desde las grandes ciudades hasta el último pueblecito, quien desee conocer la verdad puede recoger, cuando el miedo no sella los labios de su interlocutor, testimonios escalofriantes de asesinatos tan increíbles por su naturaleza como por su número y su impunidad.

* * *

El grueso de las víctimas del régimen franquista lo constituyeron los obreros sindicados y la clase media liberal.

No se piense que la persecución quedó limitada a los hombres de destacada significación política, a los que ocupaban cargos oficiales bajo el último gobierno de la República y a los inscritos en organizaciones extremistas. Por el contrario, se extendió a quienes no pudieron ocultar que habían pertenecido a cualquier partido de ideología opuesta a la del Movimiento o le habían dado su voto en las últimas elecciones; en muchos casos, a sus familias; y,

por supuesto a quienes, no pudiendo mostrar antecedentes reaccionarios, eran denunciados por algún enemigo personal. Cayeron así personas de todas las condiciones, sin distinguir edad ni sexo, y de todas las profesiones: industriales, obreros, campesinos, comerciantes, catedráticos, profesionales universitarios, artistas, escritores, empleados, estudiantes...

La persecución de los masones y de los intelectuales ha sido implacable. Los médicos, que tienen en España cierta fama de "descreídos", de librepensadores, pagaron un gran tributo a la muerte. Y también los humildes maestros de escuela, que compiten con los colegios particulares católicos.

En cuanto a los masones, es proverbial la saña con que siempre los ha distinguido la España "tradicional". Recuerdo que en el catecismo que se nos hacía aprender de memoria cuando pequeños (*Catecismo de la Doctrina Cristiana por el P. Ripalda, con un Apéndice sobre los Errores Modernos*) figuraban estas preguntas y respuestas: "¿Qué es la Masonería?" "Una sociedad secreta que, con aparentes fines humanitarios, maquina en sus antros tenebrosos la ruina de la sociedad y de la Iglesia." "¿Qué medios emplea para estos fines?" "El crimen, la hipocresía y el misterio".

Entonces se nos explicaba que todo buen español debía odiarla, porque la desmenbración de nuestro imperio había sido obra suya, inspirada en su aborrecimiento a la España católica. Pero es el caso que en México el grito de Independencia lo lanzó, portando la imagen de la Virgen de Guadalupe, el

cura Hidalgo, párroco de Dolores, y la lucha fue continuada por Morelos, cura de Necupétaro. Y un cura, José Matías Delgado, fue el iniciador de la independencia de El Salvador. Y cuando en 1816 el Congreso de Tucumán proclamó la independencia de la Argentina, había 15 curas y frailes entre los 29 votantes. Ante tales hechos, que tan elocuentemente contradicen aquella afirmación, los de la Hispanidad han pergeñado otra versión diametralmente opuesta, pero felizmente también antimasónica: que las colonias se independizaron de la Madre Patria, al verla invadida por las ideas masónicas y liberales.

De acuerdo con ese particular odio de la Iglesia, la persecución desatada contra los miembros de las logias revistió desde el primer momento caracteres de refinado jesuitismo, que culminó en el establecimiento del llamado Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y del Comunismo. Un tribunal ante el cual el reo ha de presentarse sin testigos y sin defensor y que no le absuelve aunque muestre, como es de rigor, un certificado que expide el cura de la Parroquia de San Ginés, cuando el masón, arrodillado frente a él y cinco sacerdotes más, ha dado lectura a una enrevesada fórmula de abjuración que parece redactada en el siglo XVII.

Es muy sabida, y ha sido aireada con mucho éxito por la propaganda franquista, la persecución de que fueron víctimas los eclesiásticos en la zona republicana; pero conviene hacer notar que en la matanza de curas, los "rojos" no conservaron la exclu-

siva, pues en el País Vasco se dio la paradoja de correr a cargo de las fuerzas "libertadoras".

El carácter clerical del separatismo vasco explica ese hecho. Desde su origen en el siglo pasado, los movimientos vasco y catalán estuvieron fomentados por la alta burguesía, animada de cálculos económicos, y el clero de una y otra región. Baste recordar las pugnas de la Lliga Catalana, del potentado Cambó, con las fuerzas obreras y españolistas que acaudillaba en sus buenos tiempos el republicano Lerroux; o las pretensiones de primacía del Arzobispo de Tarragona frente al Primado de Toledo. La inspiración reaccionaria fue siempre más manifiesta en el movimiento nacionalista de las Provincias Vascongadas, en las cuales, la sustitución del castellano por el vascuence, ese extraño y antiquísimo idioma aglutinante, inadecuado vehículo para los actuales conocimientos humanos, conferiría al clero y a las clases privilegiadas de aquella región la aduana del pensamiento. A este respecto, el profesor Royo Villanova, dirigiéndose en el Parlamento republicano a los hombres de izquierda que apoyaban la concesión de los Estatutos regionales, les recordaba lo que ocurría en el siglo pasado en las Filipinas, donde los gobernadores de más avanzadas ideas enviados de Madrid habían de someterse a la inspiración de las órdenes religiosas residentes allá, porque el conocimiento del idioma tagalo hacía a los frailes imprescindibles intermediarios con los nativos. Iniciada la guerra civil, los nacionalistas vascos permanecieron leales a la República, esperando de ella la concesión de su au-

tonomía. Esta conducta fue premiada por las Cortes con la aprobación del Estatuto Vasco y, más tarde, fue castigada por los vencedores con una persecución durante la cual fueron rápidamente deportados, encarcelados o fusilados muchos sacerdotes a quienes los "rojos" en aquella región habían dejado en paz.

Ni siquiera las mujeres fueron respetadas por el conglomerado eclesiástico-militar-falangista. Lo mismo ancianas que muchachas fueron fusiladas en gran número. Por el contrario, en la zona republicana, donde la represión fue llevada adelante por los elementos más irresponsables de la población, las ejecuciones de mujeres constituyeron hechos aislados y excepcionales.

Así, pues, los comentaristas que han tratado de atenuar los crímenes del franquismo asegurando que sus víctimas fueron casi exclusivamente "obreros" y, por añadidura "rojos", han dado pruebas de poseer una información muy deficiente. ¡Y claro es que, además, una moral muy prostituida!

* * *

Los incondicionales del régimen franquista han pretendido señalar la legalidad como hecho diferencial entre las dos represiones.

Parece un rasgo demasiado fuerte del humorismo hablar de "legalidad" en ninguno de los dos casos, y menos aún refiriéndose a quienes se habían alzado contra un gobierno legítimo.

A lo que aluden con aquella distinción es al hecho de que en la zona republicana los victimarios eran gentes desmandadas, mientras que en la zona rebelde las ejecuciones eran controladas por las autoridades.

En efecto, en la zona republicana las pandillas de asesinos se aprovecharon de la impotencia del gobierno que, privado de medios coercitivos y en forzosa dependencia de los sindicatos obreros, no pudo poner coto a los desmanes hasta pasados los primeros meses de la guerra civil. En todos los países, en las revueltas populares en que la autoridad desaparece, ocurren desafueros de este tipo, y era inevitable que ocurrieran también en España, donde, sin embargo, (conviene recordarlo) es bajo el índice de criminalidad en circunstancias normales.

Pero en la zona rebelde las detenciones y los "paseos" eran practicados por fascistas, por policías de plantilla y por fuerzas de la Guardia Civil, todos ellos en disciplinada dependencia de los Delegados de Orden Público y de los Gobernadores Civiles y Militares; lo que entraña, indudablemente, una circunstancia agravante de primer orden.

Los sublevados crearon, además, infinidad de Tribunales Militares y, haciendo burla de la justicia, los Consejos de Guerra sumarísimos dictaban ininterrumpidamente, contra aquellos elementos civiles, sentencias de muerte ¡basadas en las leyes que sancionan el auxilio a la rebelión!

El respaldo oficial con que actuaron los victimarios en la zona sublevada estableció otra diferencia,

muy digna de ser tenida en cuenta, entre el terror "rojo" y el terror franquista: En la zona republicana, la forma anárquica e inconsciente en que tuvo lugar la represión permitía aguzar el ingenio para salvar la vida. Cabía buscar la protección de personajes influyentes, ya que en las alturas no se apoyaban aquellos excesos. Era posible cambiar de domicilio, camouflarse, refugiarse en casa de algún amigo de izquierda, buscar el cobijo de una "quinta columna" que estaba infiltrada en todas partes. De allí era posible escapar, no obstante constarle a las autoridades que, apenas puestos los pies en Francia, la gente volaba a la otra zona. Muchas Embajadas (entre las cuales no figuraron la de Inglaterra ni la de Estados Unidos, a cuyas puertas era inútil llamar), daban asilo, respetado por el Gobierno, a miles de refugiados, muchos de notoria significación, y se encargaban de ponerlos en la frontera con igual destino. ¿Quién puede comparar esas circunstancias con el horror del exterminio frío, implacable y sistemático, que en la otra zona realizaban lo mismo el ignorante obrero fascista que elementos de la mejor posición social, con el apoyo público de las autoridades y bajo el estímulo y la justificación de los sagrados intereses de la Religión y de la Patria?

Todos estos elementos de la zona sublevada rivalizaban en celo; y en cada localidad algunos conseguían destacar y adquirir macabro renombre. En Sevilla, bajo el general Queipo de Llano, el Delegado Gubernativo de Orden Público, capitán Díaz

Criado, en permanente estado de embriaguez. En Córdoba, el famoso D. Bruno, Jefe de Policía. En Granada se hicieron famosos varios tipos: "El Marranero", alcalde de Pinos Puente, uno de los ejecutores del poeta García Lorca; el obrero Alonso, diputado del partido clerical de Gil Robles; el profesor Fenech, que, desde poco tiempo después, desempeña en la Universidad de Barcelona ¡la cátedra de Derecho Procesal!. Etc.

* * *

En muchísimos casos, las víctimas, arrancadas del hogar ante el espanto de sus familias, eran inmoladas sin pérdida de tiempo y sus cadáveres aparecían todos los días en las cunetas de las carreteras, delante de cualquier tapia o en fosas que se les obligaba a abrir en el campo o en el cementerio.

Otras veces eran recluidas en prisión. En las grandes poblaciones las cárceles resultaban insuficientes y los presos se hacinaban como ganado en los sótanos de los Gobiernos Civiles y de las comisarías, en las plazas de toros o en vetustos e inmensos caserones como la tétrica Colegiata de San Marcos, de León, o la Prisión de la calle de Jesús del Gran Poder, de Sevilla.

Como si no fuese suficiente suplicio para los presos verse sometidos a toda clase de privaciones, destrozados física y moralmente, bajo la pesadilla de su trágica y absurda situación, torturados por el recuerdo de los seres queridos, y consumidos por la an-

gustia y la zozobra ante la proximidad de una muerte injusta y alevosa, aún habían de soportar el sarcasmo de las misas y comuniones colectivas, el aprendizaje de himnos piadosos cantados a coro y el apostolado ejercido por damas catequistas que les exhortaban a morir con resignación cristiana.

Listas fatídicas determinaban cada día los grupos que habrían de ser conducidos en camiones para ser ejecutados en el cementerio o en lugares públicos de la población, en los que se ofrecían para escarmiento de todos escenas como la del fusilamiento en el paseo de la Alameda, de Tuy (Pontevedra), del contratista de obras Serafín Fernández y su hijo, "abrazados estrechamente, mientras que el muchacho lloraba desconsoladamente y se resistía a creer que estaba viviendo sus últimos momentos, y el padre, con noble entereza, trataba de calmarlo."

* * *

Su larga duración ha sido una de las características que han hecho más abominable la inicua persecución mantenida por el régimen de Franco.

En la España llamada roja, los asesinatos quedaron casi suprimidos desde que el gobierno republicano, a principios del 1937, pudo controlar la situación; mientras que el terror franquista, aún después de terminada la guerra, continuó con igual violencia durante mucho tiempo. Sólo se atenuó cuando en el transcurso de los años, los individuos que participaban en él, cansados de la monotonía del "de-

porte", fueron dándose cuenta de que era ocupación más práctica la de luchar por la conquista del botín que la nueva Economía Dirigida les brindaba.

Todavía en el año 1945 seguía habiendo en las cárceles "sacas" de presos encerrados en las celdas de los condenados a muerte desde seis u ocho años antes. Y aún después, los monstruos más destacados en la represión, han mantenido el terror en todos los pueblos de España, practicando el escándalo y la bravuconería, preparando listas "para cuando llegase la segunda vuelta" y haciendo imposible la vida a los vencidos.

Aún hace poco tiempo que al posesionarse de la Secretaría de Falange el "camarada" José Luis Arrese, lanzó en Valladolid una arenga a los estudiantes abogando por el retorno a la "dialéctica de las pistolas". Ensancha el ánimo leer la vibrante respuesta de sus jóvenes oyentes, expresada en un manifiesto clandestino del que copio estos párrafos: "Nosotros no nos prestamos a continuar la ruta de nuestras intolerancias civiles que tanta sangre ha costado... Es la Universidad la que nos hermanó en haz de fraternidad cordialísima a muchos de los hijos de las víctimas que cayeron ayer en una acera y en la otra; y esta hermandad, lograda por la mutua comprensión y la miseria y el dolor comunes, está de tal modo anudada que creemos el más sagrado deber nuestro mantenerla inquebrantable por ser ella la única piedra cimental para la creación de un mundo mejor en nuestra patria del mañana... La ruta que ustedes nos señalaron ha costado demasia-

das orfandades, devastaciones, pobrezas, desengaños, desilusiones y sobre todo demasiado odio para que pueda seducir como programa a un alma bien nacida".

* * *

¿Cuál fue la actitud de la Iglesia frente a los crímenes del franquismo?

Antes de responder esta pregunta conviene dejar bien sentado un hecho: La Iglesia podía haberlos impedido. Y ello, sin correr ninguna clase de riesgos, que en último caso tenía el deber de afrontar, y sin el más leve menoscabo de su posición preeminente dentro del régimen. Su autoridad indiscutible se extendía desde el Caudillo hasta las masas de asesinos que frecuentemente ejecutaban sus hazañas cargados de medallas y escapularios y no solían descuidar la presencia de algún sacerdote que prestase los auxilios espirituales a quienes iban a morir. El papel excepcionalmente preponderante de la Iglesia española dentro del régimen, hace sobradamente ridícula cualquier hipótesis de impotencia.

Pues bien, la Iglesia española lejos de impedir la inaudita massacre, la estimuló y participó en ella, en una complicidad pública y entusiasta. Esta conducta fue lo que más profunda impresión hizo al escritor católico francés Bernanos, estupefacto ante la colaboración del obispo de Mallorca con las fuerzas sublevadas y ante el espectáculo de los sacerdotes que en el cementerio saltaban entre los cadáve-

res repartiendo bendiciones entre unas y otras descargas.

Resultó habitual ver a los cardenales y obispos, exhibiéndose en los más solemnes actos públicos junto a los jerarcas fascistas y los ejecutores directos de la represión, lanzar arengas inflamadas excitando su celo. En las iglesias, que ahora el miedo colmaba de fieles, los curas cambiaron su oratoria por otra llena de desplantes, altanería, injurias y amenazas. No fueron pocos los que participaron directamente en las matanzas, como el P. Fermín de Yzurdiaga, jefe de la pandilla denominada "Escuadra del Aguila", una de las más temidas en Navarra; o el cura de Zafra (Badajoz) que transformado en capellán del Tercio, con su crucifijo y su pistola, se vanagloriaba de sus sanguinarias hazañas. Como explica Ruiz Vilaplana en su citada obra, en Burgos se había concedido a la Compañía de Jesús el privilegio "en exclusiva" de asistir a los reos en sus últimos momentos, distinguiéndose en esta labor hasta hacerse tristemente célebre el P. Leturio, alma y motor de la represión en su aspecto clerical. Tipos como éste, brotados por toda la España rebelde, estimulaban el ardor represivo desde los púlpitos, vejaban con prácticas religiosas colectivas a los desgraciados que en las cárceles atestadas esperaban su muerte y, acosándolos en sus últimos momentos, se daban el gusto de obtener súbitas "conversiones" y aún torpes confidencias y delaciones, inspiradas a los reos por su miedo insuperable y sus vanas esperanzas de salvar la vida.

Para los españoles testigos de tanta barbarie, muchos de ellos creyentes, constituyó un motivo de desconcierto moral no oir de las autoridades eclesiásticas una sola palabra de condenación y verlas, por el contrario, prestando su más decidida colaboración, apoyo y aplauso al sanguinario régimen.

Pero hubiera sido demasiado ingenuo esperar que aquellas matanzas, dado el criterio con que se realizaban, pudiesen desagradar al clero español. En pleno siglo XX eran la única versión posible de la Inquisición, el Tribunal de cuyas iniquidades jamás se ha mostrado arrepentida la Iglesia Católica. Porque de ella no cabe esperar nada semejante al monumento levantado por los calvinistas en el barrio de Champel, de Ginebra, y en cuya lápida se leen estas palabras: "El 27 de octubre de 1553 murió sobre la hoguera de Champel, Miguel Servet, de Villanueva de Aragón, nacido el 29 de septiembre de 1511. Hijos respetuosos y agradecidos de Calvino, nuestro gran reformador, pero condenando un error que fue el de su siglo, y firmes partidarios de la Libertad de Conciencia según los verdaderos principios de la Reforma y del Evangelio, hemos levantado este monumento expiatorio el 27 de octubre de 1903". Nobles expresiones que contrastan con las que empleó el jesuíta P. Garau en su opúsculo *La Fe Triunfante,* al describir la muerte de la última víctima del Santo Tribunal de la Inquisición en Mallorca, el judío Rafael Valls: "Estaba gordo como un lechón de cría y aunque las llamas apenas le alcanzaban, encendióse por dentro como un tizón, de modo que reventan-

do por el vientre se le salieron las entrañas como a Judas".

Un hecho que para terminar voy a ofrecer ahora al lector, y que le dejará seguramente sorprendido, le permitirá vislumbrar hasta qué punto la Iglesia española ha confirmado en estos aciagos años su carencia de espíritu cristiano.

Ocurrió en Málaga. Hacía tiempo que la estruendosa alegría por la entrada de las tropas franquistas había sido sustituida por un silencio de muerte. En la cárcel no cabían los presos. El espanto de su situación y la alimentación exclusiva con nabos cocidos, los transformaba en espectros. La muerte por inanición, tras las conocidas manifestaciones del "edema de hambre", ponía fin al suplicio de muchos desdichados. Cada noche, una lista con docenas de nombres determinaba los presos que habían de ser conducidos al sacrificio. Su lectura, sádicamente lenta y con intencionados errores y titubeos, añadía la diaria tortura de participar en una lotería de la muerte. Y cada mañana, el jesuíta P. Uriarte se informaba, ante los presos, del número de los fusilados y con gesto cómico, frotándose las manos, comentaba: "¡Poquitos, poquitos!" En aquellas circunstancias, el Obispo de la Diócesis, D. Balbino Santos Olivera, lanzó una Pastoral. Su título: *La Muerte.*

Si el lector, dejándose llevar de su buen sentido y del título de la Pastoral, cree que ésta se refería a lo que en la diócesis de Málaga y en toda España estaba ocurriendo, se equivoca. La Pastoral estaba dirigida a los médicos, y en ella Su Ilustrísima les re-

cordaba la obligación impuesta por Pío V (Bula Supra Gregem. Anno 1566) de dejar abandonados a sus enfermos si en el plazo de tres días no se confesaban; obligación a cuyo cumplimiento debieran comprometerse con juramento los médicos, antes de recibir el doctorado. Acto seguido, el santo varón aclaraba que "tan sapientísimas y maternales prescripciones de la Iglesia" no se refieren, naturalmente, a cualquier enfermedad ligera sino "a sólo aquellas que prudentemente puede creerse lleguen a ser mortales".

Esta joya fue impresa.

Y pocos años después, Su Eminencia Rerevendísima alcanzó el Arzobispado de Granada.

CAPÍTULO IV

LA ECONOMÍA DIRIGIDA

El pretexto, la finalidad y los resultados de la Economía Dirigida.—El desquiciamiento de la producción y del comercio.—El funcionarismo.—La corrupción administrativa.—El despilfarro oficial.—El actual standard de vida.—La Previsión Social.—El "Inri" de la burla.—Carácter progresivo del intervencionismo económico.—España, a la venta.

A lo largo de los diecinueve años transcurridos desde que terminó la guerra civil, el régimen franquista ha reiterado machaconamente las declaraciones oficiales atribuyendo a causas ajenas a su gestión los problemas económicos y financieros que le agobian y que, al fin, le obligaron a humillar su orgullo imperial, a mendigar de puerta en puerta préstamos de las "corrompidas plutocracias" y aún a contratar impúdicamente hipotecas sobre el suelo patrio, como único arbitrio para evitar la bancarrota.

Una y otra vez se han atribuido esos problemas a la destrucción de riqueza durante la guerra civil,

daño no suficiente para tan prolongadas consecuencias y, en todo caso, imputable a quienes sublevándose lo provocaron. Se ha inculpado también a la sequía, exagerando su importancia y olvidando que ha habido años seguidos de lluvias normales, durante los cuales el proceso de ruina económica siguió impertérrito su curso. También se han señalado como causas las anormales circunstancias derivadas de la segunda guerra mundial, siendo así que la primera representó para el país un motivo de prosperidad. Al crecimiento de la población, fenómeno continuo desde antes del "Glorioso Movimiento", se han hecho frecuentes inculpaciones, inexplicables en un régimen tan empeñado en el incremento demográfico. Y tambien se han indicado como factores causales del desastre económico los que realmente son elementos constitutivos y sintomáticos del mismo: la escasez de exportaciones, de divisas, de abonos, de rendimiento en la mano de obra, de demanda en el mercado interior, etc.

Preténdese ocultar con todo ello la verdadera causa de la situación, la cual no es otra que la dirección estatal de la Economía, como fórmula para conseguir el orden y la justicia, de acuerdo con las doctrinas de la Falange que, como las de todos los regímenes totalitarios, colocan a los ciudadanos en una absoluta dependencia del Estado.

Porque en apoyo de toda economía dirigida concurren un pretexto aparente y una finalidad real. El pretexto es el bien de las clases débiles; la necesidad, ya no desatendible, de la justicia social; la ur-

gencia de oponerse al proselitismo comunista. La finalidad es el fortalecimiento del Estado; el control económico y político de los ciudadanos; el reparto de privilegios a una masa de partidarios incondicionales, que lo son en virtud de estos privilegios o los reciben como premio a su previa adhesión; el establecimiento entre gobernantes y gobernados de una relación de dependencia tan estrecha e irreversible como la existente entre la marrana de cría y sus lechoncillos.

Frente a aquel pretexto aparente y esta finalidad real de la Economía Dirigida, hay que señalar sus resultados ineludibles: el desquiciamiento de la producción y el comercio; el funcionarismo inútil y entorpecedor; la corrupción administrativa; el despilfarro oficial y el crecimiento contínuo de los presupuestos del Estado; el agotamiento de la capacidad de financiación; y el hambre y la miseria de las masas. Vamos a examinar tales efectos, en ese mismo orden.

* * *

Antes de la guerra civil, el aumento regular de la producción agrícola había conseguido asegurar a España una relativa autosuficiencia alimenticia; y en los dos últimos años de la República no hubo ya necesidad de importar ninguna cantidad de trigo. Pero bajo el caudillaje de Franco, y en cumplimiento de su famosa promesa de "pan y lumbre para todos los españoles", la producción y el comercio

de los principales artículos del campo quedaron ahogados por múltiples organismos en los que se encaramaron los miembros de la Falange; y a los diez años de haber concluído la guerra, la producción de esos artículos era, según datos oficiales, poco más de la mitad de la alcanzada antes de ella. El servicio Nacional del Trigo, por ejemplo, obligando a entregarle la producción a un precio bajísimo, hizo que los agricultores redujeran el área dedicada a su cultivo, viéndose obligado el Gobierno para estimular el ensanche de esas áreas a dictar disposiciones con las cuales se abrían pequeñas oportunidades al mercado libre. En momentos en que la escasez de medios de transporte era más aguda, los productos de una región eran enviados a otra, de donde se devolvían a la primera las cantidades que le correspondían para su consumo. Esperando órdenes burocráticas para ser entregadas a la Comisaría de Abastecimientos y Transportes, toneladas de alubias llegaban a fermentar en los almacenes; y en la tierra, cultivada por braceros hambrientos, se pudrían e inutilizaban los tubérculos, en espera de autorización superior para ser arrancados.

En todos los artículos fundamentales, el racionamiento mediante cartillas fue siempre no ya insuficiente sino ridículo; porque buena parte de la producción manipulada por los organismos oficiales se dedicaba a los más desvergonzados negocios. La fijación de precios, el racionamiento de los artículos de primera necesidad y demás recursos intervencionistas dieron todos los resultados previsibles, desde

la escasez, y la aparición del mercado negro, hasta la obligada extensión de la intervención en círculos cada vez más amplios. Es así como en la España Nacional-Sindicalista ha recibido una vez más su exigible comprobación experimental la afirmación de que, como la sombra al cuerpo, el destrozo de la economía acompaña al olvido de la ley de la oferta y la demanda. Cuando en 1952, trece años después de haber terminado la guerra civil, fue disuelta por fin la Comisaría de Abastecimientos y Transportes, (pasando sus servicios al Ministerio de Industria y Comercio y sus nutridísimos ficheros a la Policía) y el Gobierno se enfrentó a la tarea de dar nuevo cobijo a los miles de burócratas que albergaba, falangistas cargados de "méritos" y excombatientes de la División Azul, el divorcio entre la actuación oficial y las realidades económicas había llegado a manifestarse en el hecho paradójico de ser más altos los precios marcados oficialmente a muchos artículos que los que alcanzaban en el mercado negro.

Un ciego empeño en alcanzar la autarquía industrial ha inducido a derrochar los millones del Tesoro Público en las empresas patrocinadas por el Instituto Nacional de Industria (I.N.I.), ejemplo del absorbente intervencionismo estatal y de desleal competencia con la iniciativa privada, en múltiples industrias químicas, navales, automovilísticas, metalúrgicas, etc. iniciadas algunas sin garantía de supervivencia en régimen normal, y llevadas adelante todas sin que el pueblo tenga información sobre sus cuentas. Recientemente, una magnífica Exposición Flotan-

te, montada en el barco "Ciudad de Toledo", que ha visitado algunos puertos de América, ha permitido comprobar junto a la buenísima calidad de los trabajos de artesanía popular y artículos propios del país, la desfavorable proporción entre las calidades y los precios, en la producción debida al favor oficial; pero, evidentemente, tenía más que un fin comercial el ingénuo fin político de mostrar a los visitantes que en España hoy día "se produce de todo". Y en efecto, como el Estado dispone del bolsillo de los ciudadanos, ha podido lanzarse a la aventura de toda clase de empresas industriales, sin temor a las consecuencias de sus errores y de su mala administración.

Por el contrario, el éxito de cualquier empresa privada aparece bajo el actual régimen como algo fortuito, ajeno a los cálculos de la previsión técnica y sólo dependiente de la mayor o menor influencia que se tenga en el Ministerio de Industria y Comercio, árbitro de la situación, por corresponderle extender los indispensables permisos para exportar o para importar. El control oficial de los negocios, así como la legislación laboral, obligan a dedicar una gran proporción de tiempo y de trabajo a la improductiva tarea de rellenar documentos oficiales, tratar de desenvolverse en la espesa manigua legislativa y escapar a la voracidad del Estado. La Bolsa ha reflejado esa situación con permanentes descensos en los valores de renta variable y parálisis de las operaciones. El comercio ha visto de año en año reducidas sus ventas y recargados los impuestos más agobian-

tes, además de sufrir arbitrarias e ineludibles multas periódicas. Y las quiebras, las suspensiones de pagos, los cierres, los protestos de letras han estado a la orden del día. De 1940 a 1950 el número de efectos protestados se multiplicó por 10, pasando el promedio mensual de 4,000 al de 40,000; y su importe se multiplicó por 20, pasando de 17 a 340 millones mensuales.

* * *

El crecimiento tumoral de una burocracia absorbente y parasitaria, como lacra inherente a cualquier economía dirigida, ha recibido del mismo modo plena confirmación. Tendría que ser el dirigismo económico un sistema teóricamente defendible desde un punto de vista estrictamente científico, y habría que tener en cuenta para rechazarlo este hecho de no ser aplicable más que desviando a tareas improductivas una masa tan grande de la población. Pero ya hemos dicho que no son sólo miras económicas sino también políticas las que mueven a los gobiernos hacia el intervencionismo. Hombres jóvenes, capacitados para la lucha por la vida, vegetan en las oficinas públicas lamentándose, si no consiguen ingresos ilícitos, de la insuficiencia de sus sueldos; pero cuando comparan su situación con la de los ciudadanos que tratan de desenvolverse fuera del mecanismo burocrático, se sienten fervorosos partidarios de un régimen cuya caída se les representa como la pérdida de una situación de privilegio.

Siendo inseparable de la frondosidad burocrática la corrupción administrativa, este lamentable proceso ha venido a añadir a los males de España dos males nuevos, uno de índole económica y otro de índole moral. Ello ha ocurrido en un país donde siempre se ha perdonado al hombre público todas sus faltas, menos la corrupción. Y la venalidad se ha extendido desde los más altos cargos ministeriales hasta los últimos oficinistas. Por otra parte, la necesidad de completar en el mercado negro la adquisición de los artículos racionados; la tentación de enriquecerse en este comercio ilegal por donde las transacciones buscan la vuelta a la ley de la oferta y la demanda, y el ejemplo de las normas imperantes en las alturas, transformaron en acto habitual, y admitido en todas las capas sociales, el tráfico en el mercado negro, el "estraperlo".

En la ineficaz represión de éste ha correspondido naturalmente la peor parte a los pobres. Todos los españoles han sido testigos infinidad de veces del deprimente espectáculo ofrecido por policías uniformados atropellando y deteniendo a escuálidas mujeres portadoras de pequeñas cantidades de pan, aceite o lentejas; pero pocas veces las autoridades se molestaron en efectuar investigaciones para sancionar a los grandes traficantes que las surtían. Y en las alturas del régimen, la sanción al enriquecimiento ilegal, aún siendo públicamente conocidos los casos más escandalosos, han constituido sólo episodios aislados en las sordas luchas alrededor del poder características de estos sistemas. A los generales, ya sin

su proverbial sentido del honor, se les ha dejado participar abundantemente en el botín. El Caudillo ha seguido el consejo del emperador Septimio Severo a sus hijos: "Tened contenta a la cohorte y no os preocupéis de nada más".

* * *

El despilfarro de la administración pública se pone de relieve con el progresivo aumento de los presupuestos oficiales. Para el detalle de los datos numéricos remito al lector a la documentada obra de Gordón Ordás *Economía y Finanzas de España, 1939-1950*, en la que se reunen y contrastan cifras y comentarios procedentes de fuentes oficiales y de publicaciones profesionales de España. El primer Presupuesto de Gastos del régimen franquista, el confeccionado para 1940, pasaba de cinco mil millones de pesetas. A los cuatro años, se había duplicado; a los nueve, se había triplicado; a los trece, se había cuadruplicado. Agréguense a esos Presupuestos Ordinarios los Extraordinarios de los años 1943 a 1946. Para colmo, múltiples organismos manejan Cajas Especiales, ocultando al país sus entradas y salidas.

Las fuerzas represivas, policíacas y militares, consumen la mitad del presupuesto nacional; lo que si bien no impide la evidente inutilidad e insuficiencia del ejército, pone a Franco y a sus cómplices a cubierto de un "cuartelazo" que acabe políticamente con ellos.

Para financiar tales gastos, ha habido que recu-

rrir a todo: A crear impuestos nuevos. A incrementar despiadadamente los pre-existentes "para no tener que hacer nuevas emisiones de Deuda Pública". A reiterar éstas. A los créditos extraordinarios. A los suplementos de crédito. A tomar voluminosos anticipos del Banco de España. A crear dinero artificial, emitiendo billetes y haciendo alcanzar la circulación fiduciaria cifras astronómicas.

* * *

¿Quién puede imaginarse el grado de miseria a que son conducidas las masas con este régimen económico que buscó su justificación en la tarea de redimirlas? Todavía hace catorce o quince años, podía parecer que eran simples consecuencias directas de la guerra civil los cuadros de miseria que por ejemplo recogió Hamilton en su obra *La España de Franco*, cuando la compasión extranjera enviaba víveres cuya distribución había que vigilar para salvarlos de los manejos falangistas. Pero el corresponsal del *New York Times*, sabedor de que el hambre sigue a cualquier guerra civil, no erraba al señalar las concausas de tanta pobreza: la deshonestidad y el despilfarro de la administración franquista. Y como, desaparecidos en el correr de los años los efectos económicos directos de la guerra civil, esas concausas han persistido, el pueblo español sigue experimentando hoy día la escasez y la miseria que, en opinión del Caudillo, "llevan al camino de la verdad y de la virtud".

Desde el último año de la República (1936), el precio promedio de los artículos alimenticios, a los cuales se aplica en España la mayor parte de cualquier presupuesto familiar, se ha hecho unas quince veces mayor. Mientras tanto, el importe promedio de los salarios (incluyendo el salario base, los pluses por carestía de vida, las gratificaciones extraordinarias obligatorias, las participaciones en los beneficios y los subsidios sociales) se han multiplicado por ocho o diez; y menos aún que los ingresos de los trabajadores manuales han aumentado los de la clase media.

Esta desproporción entre la subida de los precios y la de los salarios significa un descenso en el nivel de vida, que es unánimemente reconocido. Según la revista oficial *Textil*, el consumo de tejidos de algodón por habitante había bajado de 3.7 durante la República a 1.6 en el año 1954. Y según cálculos efectuados por el Instituto Católico Social León XIII, el "salario real" del obrero agrícola en ese mismo año 1954 había bajado al 60% en relación al del año 1936.

En resumidas cuentas, hoy día, en 1958, a los veinte y dos años de la sublevación militar, el poder adquisitivo de los obreros industriales (salvo ingresos suplementarios logrados con penoso esfuerzo en horas extraordinarias arrebatadas al descanso) no alcanza al que tenía antes de la guerra civil; la pobreza de los obreros agrícolas, especialmente en los riquísimos campos de Andalucía, es indignante; y la sufrida clase media, que forma el grueso de la población española y que desde antiguo se ha visto

constreñida a presupuestos hechos de sacrificios y de renunciaciones para poder mantener el mínimo obligado de decoro, tiene hoy día un poder adquisitivo que es aproximadamente los dos tercios del que tenía cuando vinieron a engrandecer el país el Caudillo Franco y aquellos soñadores señoritos fascistas que con tanto apetito se despertaron de su sueño.

Al lado de las elocuentes cifras que pueden ofrecerse, ¿qué mejora representa, por ejemplo, el inmenso cúmulo de la legislación laboral falangista? ¿Y qué significan, al lado de estas realidades los cacareados Servicios de Previsión Social, costeados al fin y al cabo por sus propios beneficiarios? Siendo estos servicios, en principio, un recurso para atenuar la inseguridad social, claro está que el ideal del Estado no debe ser tanto el extenderlos como el promover una prosperidad que los haga innecesarios; pero tales servicios, y en la forma en que están montados, permiten una fantástica danza de empleos y de millones, y ofrecen además un buen motivo de autopropaganda.

* * *

Sobre este panorama de España el espectáculo de los nuevos ricos, surgidos no como resultado de una selección espontánea en la libre lucha de iniciativas industriales y comerciales, sino por mérito de las malas artes de la clásica picaresca, subleva cualquier conciencia honrada. Y en los oídos del pueblo suenan como una cruel burla las expresiones de solíci-

to interés por su bienestar que tienen el cinismo de dirigirle los culpables y beneficiarios de esta situación.

He aquí un párrafo de un discurso que el "camarada" José Antonio Girón, Ministro de Trabajo, encargado de conservar la demagogia falangista, dirigió a los obreros mineros de Mieres, Asturias: "¿Sabéis cuál es vuestro enemigo? Vuestro enemigo es el capitalista, que encierra en una caja fuerte el dinero sacado a vuestro sudor y lo emplea en adquirir este carbón con el que enciende su chimenea para que su gato se caliente el lomo."

Menos chabacanas, pero no menos teatrales, son las expresiones con que los sacerdotes apostrofan desde el púlpito a los ricos, señalándolos como culpables. En 1946, cuando el régimen parecía tambalearse, el obispo canario Monseñor Pildain, en una famosa Pastoral, señaló no a los ricos sino al verdadero culpable, el Gobierno, acusándolo de ser el verdugo de sus súbditos, por monopolizar los artículos de primera necesidad y permitir que sus empleados los traficasen en el mercado negro. Mucho se ha comentado la "valentía" de este obispo y nada lo tardío de su actitud, imitada posteriormente por otros dignatarios de la Iglesia. ¿No ha sido ésta la principal y nada desinteresada sostenedora del régimen franquista? Pues vedla ahora, después de haber sacado su tajada, dispuesta a adoptar el papel de providencial salvadora, atacando la podredumbre oficial y la demagogia fascista, para transformar a la

Falange, como se dijo en el capítulo II, en "chivo expiatorio".

En la antes citada obra de Gordón Ordás abundan las críticas sólidas, aunque veladas, que los técnicos economistas han dirigido al régimen a lo largo de estos años. Destaca, en cambio, por su violencia la contenida en una carta escrita en 1951 por el profesor Paris Eguilaz, ex-Secretario del Consejo de Economía Nacional, en la cual se lee lo que sigue: "Lo que pudiera considerarse como pasos normales contra el abuso del Poder, no actúa en el sistema actual. La censura de prensa que se ejerce por el Ministerio de Educación Nacional no tolera la menor crítica ni siquiera la exposición de hechos que sería suficientemente elocuente; no se pueden dar conferencias señalando los defectos del sistema; no se pueden constituir asociaciones de ninguna clase, ni siquiera para fines culturales; las Cortes no tienen eficacia alguna para señalar los defectos del sistema económico y proponer las medidas que puedan corregirlo; y ni siquiera hay, como en la Alemania nazi, oficinas de quejas y terribles sanciones contra los burócratas inmorales, que en España quedan en completa impunidad o con sanciones insignificantes. Si los que sufren las injusticias de las medidas se dirigen a los ministros o no son recibidos o se les considera "rojos" o desafectos al régimen y el resultado es que la población ha adoptado defenderse por su cuenta: los propietarios ocultan sus productos, vendiéndolos en el mercado negro, los obreros disminuyendo su rendimiento y los comerciantes falseando

las cantidades y calidades y participando todos los que pueden en el mercado negro, todo lo cual va transformando a cada español en un ser inmoral, sin dignidad y en camino de degradación. La ley ha perdido su sentido y hay una lucha sistemática entre la burocracia estatal y todos los sectores de la población en general".

* * *

Pero el intervencionismo económico no es fácil de detener con razonamientos. Su marcha es espontáneamente progresiva. La intervención en cada aspecto de las actividades económicas obliga a más y más intervenciones. A todas se encuentra dispuesto el Estado, que así acrece sus secuaces, por verse obligados a acogerse a su servicio todos los ciudadanos que van comprendiendo la inseguridad de las tareas productivas. Ramiro de Maeztu había dicho que el resultado final de este proceso es para el Estado el mismo que para los cánceres: morir cuando matan. Pero la crítica hecha por ese autor ha sido, naturalmente, condenada al olvido por sus admiradores. El intervencionismo económico es un monstruo cuya marcha está asegurada con dos buenas patas; su aparente necesidad social, fácilmente aceptada por las personas de buena fe; y los sucios intereses que mueve a su favor. Toda obra humana, aún las más cargadas de crímenes y de errores, tiene asegurado el éxito si cuenta en su apoyo con la inocencia de unos y los intereses particulares de otros; en cuya asocia-

ción, aquellos se nos aparecen como dañosos por partida doble; pues ¿qué sería de los pillos si no fuera por los tontos?

No sabemos adónde habrían llegado el desbarajuste, la corrupción y la miseria provocados por el intervencionismo económico, si no hubieran obligado a frenarlo la inseguridad política, la inminencia de la bancarrota, la mirada hostil y vigilante del extranjero a cuya benevolencia se confía la propia salvación, y hasta la intransigente exigencia de los presuntos prestamistas.

El alquiler a los Estados Unidos de bases aéreas y navales en la Península, fue la única forma de salvar del hundimiento económico al régimen teocrático-militar-falangista de la España "Una, Grande y Libre". Antes que abandonar el Poder, el Caudillo de España prefirió emular a esos generales de opereta por intermedio de los cuales los EE. UU. ejercen su tutela sobre algunas repúblicas latino-americanas.

Vienen a mi recuerdo las palabras de un patriota en plena "sinfonía" de los últimos Austrias: "Esta España tan querida está ahora en almoneda, vergüenza me da decirlo, como un predio, como una alquería".

CAPÍTULO V

LA CIENCIA Y EL DOGMA

El factor racial y el histórico, en la escasa producción científica de los españoles.—Las dos fases de la Cruzada contra la Ciencia.—"Absurda, falsa y del todo opuesta a las Sagradas y Divinas Escrituras".—"¡Muera la inteligencia!".—El Consejo Superior de Investigaciones Científicas.—El "Opus Dei".—El Marquesado de Ramón y Cajal.—Las estipulaciones del nuevo Concordato, respecto a la enseñanza.—Unas palabras en la Universidad de Oxford.

Son relativamente muy pocos los nombres españoles vinculados al progreso científico, especialmente al de las Ciencias Naturales y Aplicadas; y este hecho ha sido objeto de múltiples comentarios, dentro y fuera de España. Un falso patriotismo ha pretendido presentarlo como discutible; pero hubo de ser reconocido hace muchos años por una personalidad de tan enorme erudición y de tanta autoridad como Menéndez Pelayo, en el curso de famosa discusión pública mantenida en la prensa.

La permanencia de los españoles al margen del

movimiento científico ha sido considerada a veces como expresión de una incapacidad permanente, pudiéramos decir racial, para ese género de actividades. Parece, en efecto, que las características espirituales del ibero no son las más apropiadas para una labor que requiere objetivismo y capacidad de atención prolongada. Pero es el caso que en la constitución del pueblo español han participado también en no escasa proporción esas razas nórdicas predominantes en los países que marchan a la cabeza del progreso técnico; y el pueblo judío, de una fuerza intelectual que no pueden negar sus enemigos; y los árabes, que en plena Edad Media, cuando Europa estaba aún sumida en tinieblas, creaban la Alquimia, de la que había de nacer la Química, introducían la numeración actual y el cero, base del sistema decimal, inventaban el Algebra, cultivaban la Medicina, y atraían a Córdoba multitud de estudiosos de toda Europa, que luego habían de ser maestros en sus respectivos países. En fin, la viveza y la capacidad intuitiva de los latinos propician el vuelo de la imaginación científica que tan extraordinario papel ha jugado en el avance de la Ciencia. No bastan, por consiguiente, las consideraciones puramente étnicas para explicar la escasa producción científica de los españoles. Hay que señalar factores ambientales, históricos.

Durante toda la Edad Media, el pensamiento europeo estuvo aherrojado por el dogmatismo y por la autoridad de la Iglesia. El Renacimiento devolvió al mundo el espíritu helénico de crítica y de libre in-

vestigación de la Naturaleza y de la esencia y origen de las cosas. Los silogismos escolásticos cedieron el paso a la observación directa de los hechos y a la experimentación. Lanzados entonces todos los países civilizados a la tarea de arrancarle a la Naturaleza sus secretos y ponerlos al servicio de la Humanidad, miriadas de gloriosos nombres jalonan el camino del progreso científico y testifican las aportaciones de cada país, a cual más valiosa, a la Física, a la Química, a la Biología, a la Medicina, a las diversas y cada vez más frondosas ramas de la Técnica.

Pero en España le fue fácil a la teocracia imperante evitar la siembra de la nueva semilla. Producido así el aislamiento espiritual de la Península, el intelecto español, encerrado en el Dogma como en un capullo tejido con sutilezas escolásticas, y privado de esa duda interrogante que constituye el motor de la investigación, siguió juzgando ésta como una impiedad, y la Ciencia como algo inútil y despreciable.

En la segunda mitad del siglo pasado, penetran en España las ideas krausistas. Entonces, y por iniciativa de un hombre extraordinario, Francisco Giner de los Ríos, se funda la Institución Libre de Enseñanza, escuela privada que había de tener una influencia decisiva en los métodos pedagógicos y, más tarde, la Junta para Ampliación de Estudios, que se encargó de enviar al extranjero y de orientar allá y a su regreso a la Península a crecidísimo número de estudiosos. Ambas obras renovaron rápidamente los

sistemas y el espíritu de la enseñanza y estimularon el prometedor inicio de un período de actividad intelectual e investigación científica, bajo el signo de una tolerancia desconocida hasta entonces en el país.

El decidido propósito de volver a encerrar en el Dogma el pensamiento de los españoles, ha deshecho ambas obras, consideradas como fruto de la Anti-España masónica y extranjerizante; y ha desatado en la España de Franco, una verdadera campaña contra la Ciencia. Campaña declarada, violenta, destructiva, como corresponde a los heroicos tiempos de una cruzada, durante la guerra civil; suave, disimulada, como corresponde a un período de estabilización, durante la paz.

* * *

La historia de los conocimientos astronómicos ofrece un curioso antecedente de este viraje.

Corresponde a la primera etapa el silencio impuesto a Galileo. Este, provisto de su telescopio, ha descubierto que no es el sistema de Ptolomeo sino el de Copérnico el que corresponde a la realidad del Universo; es decir, que no es el Sol el que gira alrededor de la Tierra, sino ésta la que da vueltas alrededor de su propio eje y alrededor del Sol. El Santo Oficio declara estas proposiciones "absurdas, falsas y contrarias a las Sagradas Escrituras". Galileo, que se resiste a abjurar, tiene que renunciar a defender o enseñar su doctrina, ni verbalmente, ni por escrito. Pero flaquea en el cumplimiento de su com-

promiso, y años después recurre al subterfugio de publicar en forma de diálogo los argumentos a favor de los dos sistemas, ptolemáico y copernicano. Viejo y enfermo, es conminado a ir a Roma, bajo amenaza de ser conducido cargado de cadenas. La sentencia del pleno de la Inquisición, reunido en el Palacio del Quirinal el 16 de junio de 1633 y presidido por Urbano VIII, reitera que es absurda, falsa, y "del todo contraria a las Sagradas y Divinas Escrituras" la proposición de ser el Sol y no la Tierra el centro del Mundo; y, para que "sirva de ejemplo", ya que va ganando terreno diariamente tan perniciosa doctrina, condena a Galileo. Este se ve obligado a firmar una humillante fórmula de retractación y queda preso del Santo Oficio; su libro es prohibido por un edicto público y la "Sagrada Congregación del Indice" veda los que traten de esta doctrina.

Pero la verdad se abre paso y el Hombre se entera de que su morada no es el centro del Universo; del mismo modo que más adelante, la doctrina evolucionista le hará saber su humilde ascendencia zoológica, y el Determinismo le descubrirá que no es siquiera dueño absoluto de sus actos voluntarios. No ha sido posible detener el avance de los descubrimientos astronómicos; pero es posible y muy aconsejable participar en él. Sería imprudente dejar abandonadas a los investigadores laicos la adquisición, la enseñanza y la vulgarización de unos conocimientos que de tan mágico prestigio rodean a quien los cultiva y tanto se prestan a una labor demoledora. Y conviene borrar el mal efecto del caso Galileo,

desafortunado episodio de la lucha contra el pensamiento libre. Empieza así una nueva política. Pío VI funda en 1776 el Observatorio del Colegio Romano; León XII, en 1827, el Observatorio del Capitolio, y León XIII la "Specola Vaticana", establecida primero en la Torre Gregoriana y luego en el Palacio Pontificio de Castelgandolfo. Una placa recuerda en el Observatorio Astronómico del Vaticano la lectura dada por Vidmenstadt sobre la teoría del movimiento de la Tierra ante Clemente VII. Y en todo el mundo, van ocupando puestos directivos en los observatorios los miembros de la Compañía de Jesús, en cuyas publicaciones se armonizan bien la Ciencia y la Teología y se prueba el interés de la Iglesia por el progreso astronómico, según expresó León XIII en el Motu Proprio "Ut Mysticam", al confirmar la fundación de la Specola: "La finalidad del nuevo instituto será no solamente contribuir al progreso de aquella noble ciencia... sino en primer lugar demostrar que la Iglesia y su Sumo Pastor, lejos de odiar la ciencia verdadera y sólida, la aman de todo corazón y la promueven con todo su poder".

* * *

La violencia con que se acometió en la España franquista la persecución del pensamiento científico, quedó revelada en la famosa frase que el general Millán Astray gritó en la Universidad de Salamanca contra D. Miguel de Unamuno: "¡Muera la inteligencia!" Frase que parece un eco de la que,

bajo el despotismo de Fernando VII, escribió el Rector de la Universidad de Cervera: "Lejos de nosotros la funesta manía de pensar...".

El mismo espíritu movió durante muchos meses la pluma de numerosos escritores, empeñados en convencer al país de que el abandono de la investigación científica a las naciones "dominadas por el materialismo", prueba la superioridad de los españoles, sólo interesados en la más alta ciencia, la de la salvación del alma. Como paradigma de tantos artículos coincidentes, merece mencionarse el publicado por Giménez Caballero, uno de los más destacados intelectuales del régimen: el escritor celebraba que la Providencia hubiese permitido la destrucción de la Ciudad Universitaria de Madrid, símbolo de la soberbia pretensión de adquirir conocimientos extraños al carácter español.

De acuerdo con ese criterio de barbarie, la quema de libros estuvo a la orden del día. Las autoridades confiaron esta misión a individuos del clero y de la Acción Católica. Las bibliotecas públicas, los establecimientos de librería, muchas bibliotecas particulares, fueron expurgadas una y otra vez; y por supuesto, las de quienes pagaron con la vida su ideología, fueron saqueadas. ¡Cuánto ejemplar raro y cuánto documento "inconveniente" habrán desaparecido en estos años de las bibliotecas y de los olvidados archivos históricos confiados a la custodia de las Ordenes religiosas!

Hasta obras elementales, de una inocencia paradisíaca, referentes a los más diversos temas, desde la

Geología hasta la vida de las plantas o de los curiosos pobladores del mar, fueron incluidas en listas negras de libros que habían de ser retirados de las escuelas, listas que se publicaban impúdicamente en la prensa diaria.

* * *

La segunda fase, inteligente y disimulada, orientada ya al sometimiento de lo que evidentemente es imposible destruir, no dirigida a matar la fiera sino a enjaularla, amaestrarla y poderla mostrar con orgullo a propios y extraños, está representada fundamentalmente por la creación del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y por el rápido auge de una organización ambiciosa, la Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y del Opus Dei.

El Consejo Superior de Investigaciones Científicas fue creado en 1940, siendo ministro de Educación el señor Ibáñez Martín. Sus estatutos, y los discursos del Caudillo cuando lo preside, y los de sus miembros más destacados, no tienen desperdicio, pues rebosan entusiasmo por los trabajos en todas las ramas del saber, siempre que estén orientados "Ad Majorem Dei Gloriam". Todas las actividades científicas del país quedaron centralizadas en la nueva institución, y su emblema es reproducido en todas sus publicaciones: sobre un fondo formado por una cruz resplandeciente, extiende sus ramas el Arbol de la Ciencia, en cuyo tronco se lee esta palabra: Teología.

Este organismo oficial, destinado al encajamiento de la ciencia dentro del dogma católico, no es ya hoy día más que un instrumento de la otra organización a la que ahora voy a referirme, el Opus Dei.

La Sociedad Sacerdotal de la Santa Cruz y del Opus Dei, que había sido iniciada en 1928 por el que sigue siendo su director, monseñor José María Escrivá de Balaguer, y que fue definitivamente aprobada por el Papa en 1950, es tan notable por el sigilo y misterio en que procura envolverse como por lo ambicioso de sus metas y por la rapidez con que las va alcanzando.

El "Opus Dei" recluta sus miembros entre universitarios: catedráticos, estudiantes y profesionales. Los miembros numerarios de la rama seglar, aunque hacen los clásicos votos de pobreza, castidad y obediencia, no usan hábito ni distintivo alguno, se dedican a sus actividades profesionales como arquitectos, industriales, etc., manteniendo celosamente su elevada categoría social, y entregan el grueso de sus ingresos al "Opus". Los miembros supernumerarios, que se conocen entre sí mediante contraseñas, hacen también su vida habitual en el mundo, y pueden casarse. Aparte de las "casas de formación", disponen de residencias universitarias; aunque es frecuente que en pequeños grupos, y ocultando el vínculo que los une, se establezcan en casas de pensión, en las cuales hacen a los otros huéspedes objeto de observación y, si hay caso, de proselitismo; labor fácil, dadas las eficaces influencias que la organización brinda, tanto en la etapa estudiantil como en

el futuro desenvolvimiento profesional. Para los que, ya iniciados, experimentan vocación sacerdotal, se ha creado la Sociedad de la Santa Cruz, que dirige las actividades de las dos ramas, religiosa y seglar.

El objeto del Opus Dei, puesto de relieve por todas sus actividades y declarado también como un "secreto a voces" por sus más conspicuos miembros, es ni más ni menos que irse apoderando, por infiltración, de todos los puestos directivos del país y, por supuesto, de toda actividad científica o docente. Los brillantes éxitos ya logrados han multiplicado sus "influencias" que son su arma característica, utilizada sin el menor escrúpulo.

En el terreno social y económico, el ascenso del "Opus" ha quedado asegurado mediante la captación de poderosos industriales, hombres de negocios y banqueros, que simpatizan con la obra, comprenden las inmensas ventajas derivadas de prestarle ayuda y colaboración o incluso pertenecen a ella.

En el terreno político, el éxito de esta organización no ha podido ser más rápido y espectacular, pues la reestructuración del gobierno en febrero de 1957, no consistió en otra cosa que en la entrada de un equipo del "Opus Dei" en el poder, con el consiguiente desplazamiento de la Falange. Y a quien quiera saber qué espíritu y qué ideales pueden aportar tales hombres a la política, le sugiero que lea los reaccionarios escritos de su más destacados portavoces, como Calvo Serer, opositor del régimen actual, al que considera demasiado complaciente con los liberales.

Finalmente, en el terreno que ahora nos interesa concretamente, en el de la enseñanza y la investigación, el éxito del "Opus" no ha sido menor. Con el consiguiente escándalo de la opinión pública, las cátedras universitarias, unas tras otras, han ido cayendo en manos de los miembros de la organización, que por una parte facilita o dificulta la preparación de los candidatos mediante el absoluto control del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y por otra parte influye en la designación de los jueces para los Tribunales de Oposición.

Esta es la organización que ahora prevalece en España y que cautelosamente se va infiltrando en otros países, en los que cuenta ya con más de un centenar de residencias.

* * *

En la bien planeada tarea de someter la Ciencia al Dogma y servirse de aquella para escalar el poder, el "Opus Dei" tiene como consigna fundamental cerrar el paso a los heterodoxos y silenciar sus valores científicos. Reconocérselos sería, según expresiones del fundador, "idiotez soberana" y "gran pecado".

A este cerco de silencio habrían estado sometidos nuestros más reconocidos valores intelectuales, empezando por D. Santiago Ramón y Cajal, si les hubiese tocado vivir en la España del "Opus".

Sin embargo, el año 1952, con motivo del centenario del nacimiento de este venerable Maestro, en-

contró ocasión el Caudillo para probar una vez más su amor a la ciencia, creando el Marquesado de Ramón y Cajal.

¡Qué sarcasmo!

El sabio histólogo, que dio a España la honra de un Premio Nobel y al mundo el detallado conocimiento de las más inextricables estructuras microscópicas del sistema nervioso, el genial intérprete de la individualidad de las células nerviosas, autor de la inmortal *Textura del sistema nervioso del hombre y de los vertebrados*, espíritu de extrema modestia y trabajador infatigable, profundamente liberal y patriota, puso todo su empeño en la creación de una escuela española de colaboradores y continuadores de su obra. Esta escuela ha sido esparcida por el franquismo. El profesor Tello, colaborador inmediato de don Santiago y sucesor suyo en la Cátedra y en la Dirección de su Instituto, fue destituido de ambos puestos. El profesor Castro tuvo que dedicarse a otras actividades para poder vivir. Murieron en el exilio el profesor Pío del Río Hortega, descubridor de la microglía y de valiosas técnicas histológicas, en Buenos Aires; Vázquez López, en Londres. Y otros colaboradores del Instituto Cajal, entre ellos el sabio histopatólogo Isaac Costero, continúan su labor científica lejos de la patria.

Uno de ellos, Dionisio Nieto, ha comentado estos hechos y la creación del Marquesado de Ramón y Cajal en un bello artículo, pleno de amarga ironía, que termina así: "Como puede verse, difícilmente se pueden cumplir con más fidelidad los propósitos de

don Santiago; creación de un marquesado y disolución de su escuela. A cien años de su nacimiento, si contemplase lo que se ha hecho para continuar su esfuerzo, no tendría más remedio que llorar."

* * *

Del Ministro de Educación Nacional don Pedro Sáinz Rodríguez, dijo su compañero de gobierno, Serrano Súñer, que fue "el más vaticanista de los legisladores que ha tenido España". Pues bien, este fue el hombre que emprendió la reforma del Bachillerato. La sustitución de los exámenes oficiales a lo largo de los siete años de estudios por unas pruebas finales en la Universidad, redujo la función y la categoría de los Catedráticos de Instituto, y de hecho, entregó la juventud a los establecimientos religiosos que, de esta forma, preparan ideológicamente a los hombres del mañana, monopolizan el pingüe negocio de la enseñanza secundaria y fomentan con mucho éxito las vocaciones eclesiásticas.

Contribuyó grandemente a la absorción de la enseñanza por las órdenes religiosas la extraordinaria extensión que en el nuevo plan de estudios se concedió al Latín, a la Religión y a la Filosofía; pues, como si se hubiese vuelto a los tiempos medioevales, esas disciplinas, junto con las matemáticas, consumen la casi totalidad del esfuerzo, excesivo hasta el surmenage, exigido a los muchachos. Los argumentos, algunos muy curiosos, expuestos a favor de la preponderancia del Latín, van desde la conveniencia de

leer a los clásicos romanos "directamente", como si los chicos pudiesen alcanzar el suficiente dominio de la lengua latina para gozar de esa ventaja, hasta el carácter "formativo" de esta disciplina. Otras no menos formativas son, además informativas, instructivas. Posiblemente tal cualidad sea lo que las haga merecedoras de un puesto secundario.

Sobre la probidad con que en estos piadosos establecimientos son trasmitidos los conocimientos científicos, conservo algunos recuerdos de mi época escolar. Aquel texto del P. Gabino Márquez, S. J. en el que siguiendo el riguroso método escolástico, con tesis, argumentos, objeciones y refutación de ellas, se probaba que los sentimientos no residen en el cerebro, como pretenden los fisiólogos, sino en el corazón, según lo expresa la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. De la misma altura científica era aquélla obra del abate Gaume, en el que chicos que cursaban ya Física, Química y Fisiología, recibían las siguientes profundísimas enseñanzas: "¿Qué admirais en los peces?" "Que puedan vivir en el agua del mar, que es salada" "¿Para qué hizo Dios que la luz se propagase con tanta velocidad y en todas direcciones?" "Para que pueda ser visto al mismo tiempo y por gran número de personas muchos objetos y para que desaparezca rápidamente la noche".

De la tergiversación de la Historia en los libros de texto, no vale la pena hablar porque puede imaginársela el lector, Aprovechando que hace un momento he refrescado su memoria sobre el caso de Galileo, voy a ofrecerle la versión que de él propor-

ciona el Reverendo Padre Ramón Ruiz Amado, S. J. en su *Compendio de Historia Universal:* "Galileo, natural de Pisa, inventó la ley del péndulo y un telescopio y halló otras muchas verdades pertenecientes a la Física y Astronomía (satélites de Júpiter, anillos de Saturno, montes de la Luna, manchas del Sol, etc.); pero tuvo la petulancia de sostener que el sistema de Copérnico contradecía a la Biblia; por lo cual fue primero amonestado, en 1616, y luego castigado por su desobediencia a tres días de prisión y posterior confinamiento en una finca suya donde prosiguió sus estudios. Los enemigos de la Iglesia han tejido una fábula sobre este sencillo incidente. El Papa nada definió contra el sistema de Copérnico que enseñaba Galileo."

A la reforma del Bachillerato sucedió la de los estudios superiores. Y en las Universidades, de las que habían sido barridos los hombres liberales, se introdujo con carácter obligatorio la enseñanza de las más elevadas materias religiosas, impartida por personalidades del clero cuya preeminencia dentro del claustro de profesores garantiza la más estricta ortodoxia en todas las cátedras.

* * *

Parecía lógico suponer que, habiendo alcanzado tan insoñadas metas, la Iglesia española estaría plenamente satisfecha y confiadamente descuidada. Dos hechos probarán al lector que no fue así: La pretensión del obispo de Astorga referente a la creación

de universidades eclesiásticas "con los mismos derechos que las del Estado y subvencionadas por éste". Y la airada protesta del cardenal Segura, publicada en los periódicos hace siete años, en vísperas de una reunión de rectores de universidades de toda España, dispuestos a revisar la situación, protesta acompañada de sinuosas amenazas a los que, prescindiendo en su voto de los intereses de la Religión y de la Iglesia, se delatasen como portadores de una ideología incompatible con su cargo.

Es de suponer que la Iglesia habrá quedado ya satisfecha con las estipulaciones en materia de Enseñanza contenidas en el nuevo Concordato.

He aquí el texto de su artículo XXVI: "En todos los centros docentes de cualquier orden y grado, sean estatales o no estatales, la enseñanza se ajustará a los principios del Dogma y de la Moral de la Iglesia Católica. Los ordinarios (obispos) ejercerán libremente su misión de vigilancia sobre dichos centros docentes en lo que concierne a la pureza de la Fe, las buenas costumbres y la educación religiosa. Los ordinarios podrán exigir que no sean permitidos o que sean retirados los libros, publicaciones y material de enseñanza contrarios al Dogma y a la Moral católica."

Huelgan los comentarios a este artículo.

El siguiente, el XXVII, establece la obligatoriedad de la enseñanza de la Religión, en estos términos: "El Estado español garantiza la enseñanza de la Religión Católica como materia ordinaria y obligatoria, en todos los centros docentes, sean estata-

les o no estatales, de cualquier orden y grado. Serán dispensados de tales enseñanzas los hijos de no católicos cuando lo soliciten sus padres o quienes hagan sus veces." ¿Quién se atreverá a acogerse a esta excepción? El mismo artículo precisa a continuación quiénes se encargarán de dichas enseñanzas: En las escuelas primarias del Estado, los propios maestros "salvo caso de reparo por parte del ordinario contra alguno de ellos". En los centros estatales de enseñanza media, sacerdotes o religiosos, o seglares "a propuesta del ordinario" y previo examen ante un tribunal de cinco miembros, "tres de ellos eclesiásticos, uno de los cuales ocupará la presidencia". En las universidades, eclesiásticos en posesión del grado académico de doctor, conferido por una universidad eclesiástica. En los centros no estatales, profesores que posean un certificado de idoneidad expedido por el obispo, y cuya revocación por éste "les priva, sin más, de la capacidad para la enseñanza religiosa". Finalmente, el mismo artículo establece que los profesores de Religión en los centros del Estado "gozarán de los mismos derechos que los otros profesores y formarán parte del claustro del centro de que se trate".

Aún siguen otros artículos sobre el tema de la enseñanza. Refiérense a la organización en las universidades, de cursos sobre Filosofía Escolástica y Sagrada Teología, a la absoluta independencia de los centros de estudios patrocinados por la Iglesia, a su subvención por el Estado y al reconocimiento oficial de los títulos que confieran.

* * *

Bien puede el Dogma cantar su victoria sobre la Ciencia y bien pueden los intelectuales españoles sobrecogerse ante el panorama científico de su patria: Los profesores desafectos al régimen, liquidados, exilados o, al menos privados de sus cátedras. Los restantes, fiscalizados por los eclesiásticos en sus palabras y en sus actos, en sus enseñanzas y en sus opiniones. Manejando la provisión de las cátedras un absorbente clan religioso. Expurgadas las materias de cuanto pueda rozar "la pureza de la Fe". Retirados de las facultades "los libros, las publicaciones y el material de enseñanza" contrarios al Dogma católico. Dependiendo la obtención de los títulos académicos, no exclusivamente de la suficiencia en las materias científicas que la vocación ha escogido, sino también del dominio de las más abstrusas cuestiones teológicas y de la práctica de la piedad. Luego, terminados los estudios, si aún queda ese mínimun de curiosidad científica necesario para consagrarse a la investigación, un cerco de silencio, una total carencia de auxilios, una absoluta impotencia y, frente a eso, un cómodo y único camino para el "éxito": el hipócrita sometimiento de la inteligencia a la ideología imperante.

¡Qué extrañas sonarían en las universidades españolas palabras como las que en junio de 1948 pronunció la Princesa Isabel en la Universidad de Oxford! Dijo así: "El elíxir de la Juventud que con-

serva a Oxford eternamente joven no es una complicada receta. Es simplemente tener fe en las antiguas virtudes de la libertad civil y religiosa... El estandarte de la libertad que los hombres de las universidades inglesas mantuvieron siempre enhiesto frente a los tiranos de casa y de fuera, constituye hoy día un desafío a las fuerzas más tenebrosas aún que en muchos países han convertido las universidades en meros órganos de propaganda política".

CAPÍTULO VI

LA OPINIÓN Y LA CONCIENCIA DIRIGIDAS

La Prensa, la Radio, el Cine, y el Teatro.—La situación de los escritores y la del público.—Los "valores morales y religiosos".—Una enseñanza que se desprende de la Rebelión de las Germanías.—La Moral natural y la Moral sexual católica.—¿Religión, o superstición?.—Una pluma de oro a la Virgen del Pilar, y telegramas a la Virgen de las Angustias.—"Vencidos pero no convencidos".—El "practicismo" de Carlton Hayes.

La censura de prensa y la suspensión de periódicos son, junto con la suspensión de las garantías constitucionales, "medidas de orden", constantemente aplicadas por los gobiernos ilegítimos. La benévola dictadura del general Primo de Rivera no hizo excepción a la regla. Los españoles no han olvidado aún los regocijantes recursos de ingenio con que los escritores trataban de burlar la censura; ni las pintorescas e ingenuas "notas de inserción obligatoria" con las que el dictador daba rienda suelta a su facundia. El entonces jefe de las censores, Celedonio de la Iglesia, hizo después, en el libro que titu-

ló *La Censura por Dentro* una crítica del sistema, señalando la imposibilidad de mantener un criterio racional y uniforme y su inevitable extensión a un grado abusivo e injustificable.

Pero Franco no se ha contentado con aplicar una previa censura más o menos rigurosa. En una primera etapa, los periódicos venían obligados a publicar, como debidos a la libre iniciativa de sus redactores, comentarios cuyo tema, tono y extensión eran concretamente especificados en órdenes tajantes enviadas desde Madrid y finiquitadas con el consabido lema: "Por Dios, por España, y por su Revolución Nacional Sindicalista". Posteriormente, los periodistas quedaron descargados del trabajo de escribir: casi la totalidad de las informaciones y comentarios son distribuidos desde Madrid en la forma exacta en que han de ser servidos al público.

Para poder entrar a formar parte del personal de los periódicos, es indispensable un diploma que concede el Director General de Prensa. Y una escuela Oficial de Periodismo se encarga de proveer profesionales bien catequizados, así como de cerrar el paso a los aspirantes poco moldeables. Huelga decir que en España no existe periodismo, como servicio de información independiente y como tribuna donde se expresa la opinión pública y se enjuicia la labor de los gobernantes.

En la prensa diaria, las informaciones tendenciosas y las noticias amañadas llegan al grado de representar una burla para el público. Y con absoluto desdén hacia los derechos del lector, constituye

una práctica habitual la intencionada ocultación de hechos de general interés. Así por ejemplo, una epidemia de fiebre tifoidea desatada en Málaga a principios de 1951, que tuvo sobrecogida a la población durante varios meses y obligó a guardar turno para el entierro de las víctimas y a seguirlo efectuando fuera de las horas reglamentarias, fue silenciado por toda la prensa, incluso la local, para no comprometer, según se decía, la afluencia de forasteros a las famosas procesiones de Semana Santa. Algunos turistas que ignorando la situación acudieron a las Fiestas de Invierno, dejaron sus huesos en la bella ciudad mediterránea; pero las procesiones se celebrabron con su habitual esplendor.

El público, como es lógico, ha perdido su interés en la lectura de la prensa. Las tiradas de los diarios han descendido a cifras bajísimas y ninguno de los de Madrid alcanza las de cualquiera de los principales diarios que se publicaban durante la República.

Es supérfluo decir que la Radiodifusión ha pasado a ser también un instrumento al servicio del régimen y que, en consecuencia, los aparatos radiorreceptores martillean el oído de los españoles con las consabidas consignas propagandísticas.

El control del Cine se ejerce por múltiples vías: la ayuda económica oficial; el doblaje de las cintas extranjeras, con el que se llega a alteraciones esenciales de los argumentos; la crítica cinematográfica "dirigida"; las calificaciones de las Juntas Diocesanas; la aplicación de las tijeras, con el criterio de

considerar a los españoles como menores de edad; y la vigilancia de la Junta Superior de Orientación Cinematográfica. Merecería haberse recogido para la posteridad la discusión que originó en el seno de esta Junta, presidida por un coronel de caballería y con la cooperación de tres frailes, la revisión de la película "Cristina de Suecia", sobre un punto que juzgaban decisivo: precisar si al ocurrir la romántica escena de amor entre el embajador y la reina, había habido o no posesión. Esto hace recordar a aquel famoso P. Carrillo, fraile victorio encargado de la censura en tiempos de Fernando VII, el cual tachaba de los dramas las expresiones amorosas ¡Angel mío! o ¡Te adoro!, por juzgarlas aplicables exclusivamente a los pobladores del Cielo.

Víctima de tan cerriles criterios, la producción teatral languidece, y el público sólo de vez en cuando puede vislumbrar verdadero teatro gracias a alguna tolerada adaptación extranjera. El gran dramaturgo Jacinto Benavente citó a este respecto los siguientes versos:

Tal en la cárcel sombría
Mete una luz el sayón,
Con la inhumana intención
De que un punto el preso vea
El horror que le rodea
En la espantosa prisión.

* * *

En ese asfixiante ambiente tienen que desenvolverse los escritores y artistas, privados de la libertad de expresión, e incensados o ignorados por la crítica según cual sea su significación ideológica.

Antes que soportarlo, muchos intelectuales, como el poeta Juan Ramón Jiménez, laureado en 1957 con el Premio Nobel, el genial músico Casals y tantos otros que honran la emigración, prefirieron vivir y morir en el exilio. Algunos han regresado a España. Es muy fuerte la llamada de la Patria, y más a cierta edad y cuando la esperanza de un cambio político se ha perdido. Y se desea íntimamente dejarse convencer por el amigo oficioso que trasmite seguridades de especial aprecio por parte de algún prohombre de la situación y pruebas de que las cosas "han ido cambiando". Luego, a la llegada, surgen las declaraciones de adhesión, inspiradas en la acogida que no se esperaba, en la emoción del momento, quizás en el deseo de neutralizar algunos antecedentes. Después, las visitas de los amigos: "¿Cómo se te ha ocurrido volver? ¡Si nosotros pudiéramos emigrar. . .!". Al fin, el ostracismo.

Controlado así, en todos los terrenos, lo que no se puede decir aunque sea verdad y lo que hay que decir aunque sea mentira, los súbditos del Caudillo, si no tan privados como él desearía de los elementos de juicio necesarios para formar sus opiniones, carecen de medios para expresarlas.

Claro es que conviene dejar algún asunto de interés general, a la libre y pública discusión. En tal sentido, la preferencia y la extensión con que son

tratados los temas deportivos, especialmente el futbol, expresan el deseo de desviar hacia esos espectáculos la tornadiza y apasionada atención pública. Y efectivamente, ese inocente juego de pelota entre dos equipos mantiene, incluso entre gente seria y madura, inacabables y acaloradas controversias, válvula de escape por donde los españoles se desahogan.

* * *

Si pasamos ahora a estudiar las finalidades a que ha sido aplicado ese monopolio de la información pública, observaremos inmediatamente que la defensa y la propaganda de la Moral y de la Religión católicas han ocupado lugar preferente, de acuerdo con aquel cacareado "contenido ideológico unificador de los españoles", en el cual el régimen había encontrado la razón de su existencia y la justificación de la violencia con que se impuso al país.

A los ojos de muchas personas sencillas, la exaltación de los valores morales y religiosos en el pueblo, aparece como una necesidad ineludible, demostrada por los horrores de la guerra civil. Sin embargo, la historia de la humanidad ha probado abundantemente que tales horrores no son impedidos por las creencias religiosas; que las luchas civiles son fruto de la intolerancia, más manifiesta en los bandos fanatizados por dogmas; y que cuando revisten (como ocurrió dentro de la zona republicana de España) los caracteres de una subversión del orden

social, el factor determinante es, unas veces, el eclipse de la autoridad que mantiene ese orden; y otras, la desesperación de las masas, impulsadas por la esperanza de poner fin a condiciones de vida insufribles.

A ese respecto, hay en la historia de España un episodio muy elocuente, por su curiosísima semejanza con la última guerra civil. Me refiero al movimiento de las Germanías de Valencia, que tuvo lugar de 1520 a 1522, al iniciar su reinado Carlos I.

En aquel movimiento, los modernos sindicatos obreros estuvieron representados por los numerosos gremios de panaderos, carpinteros, zapateros, tejedores, terciopeleros, etc.; y las grandes centrales sindicales por las Germanías, en las que los diferentes gremios quedaron "hermanados". La desaparición de la autoridad, que ahora se debió a la insurrección militar, debióse entonces a una mortífera peste que hizo huir de Valencia a todas las personas de relieve. Si el gobierno de la República se vio obligado a armar a los sindicatos, entonces también la amenaza de una invasión de la costa por los moros había movido a las autoridades valencianas a consentir que cada gremio se armase y se militarizase. La doctrina revolucionaria, que no podía entonces ser el marxismo, la encarnaba el líder del gremio de "pelaires" (cardadores de lana) Juan Lorenzo, quien propugnaba para Valencia un régimen comunal análogo al de Venecia. Y en fin, de acuerdo con el principio de causalidad, según el cual a causas iguales corresponden los mismos efectos, los desórdenes des-

atados en ambas ocasiones revistieron análogas características: saqueo, pillaje, luchas intestinas, asesinatos de caballeros y de aristócratas, incendios y destrucción de riqueza. Para colmo de semejanza, en la liquidación de las últimas alteraciones derivadas del movimiento de las Germanías, intervinieron sobre el suelo español tropas alemanas.

Pues bien, todo aquello acaeció en plena época imperial de exaltación religiosa. Y de esta religiosidad participaban los amotinados, que contaban con eclesiásticos en sus filas, y entre cuyos excesos figuraba imponerles el bautismo a los moriscos y degollarlos seguidamente.

Más no es necesario perder el tiempo exhumando recuerdos históricos, pues la verdad queda implícita en una sola pregunta: La exaltación religiosa en la España franquista ¿no ha servido de estímulo, en vez de freno, a toda su barbarie?

Se equivoca también quien crea que la España de Franco entiende por Moral y por Religión lo que por tales entiende cualquier cerebro bien constituido. La Iglesia católica ha conseguido que la religión se identifique con el clericalismo y con la más bajas formas de la superstición y de la idolatría. Y la moral católica (ya lo hemos visto en los capítulos III y IV) no guarda en España el menor nexo con aquella moral natural, anterior a la religión cristiana e impresa por Dios en el espíritu humano, que veda robar o matar. Se reduce, prácticamente, a la observancia de normas sexuales; normas antinaturales, que en vano buscaríamos en los libros sagrados.

* * *

De normas sexuales sufre empacho crónico todo el pueblo español. Un buen humorista, Wenceslao Fernández Flórez, recogió hace muchos años este aspecto de la vida nacional en su novela *Relato Inmoral.* Las desconcertantes situaciones en que colocan al protagonista los estrechos conceptos de las autoridades, de los ciudadanos, de su misma enamorada amiga, le hacen abandonar el país; y a punto de embarcar, presencia un tumulto de gente poseída de maligna alegría y de santa indignación, provocado por dos perros, aflictivamente unidos, que son apedreados y finalmente arrojados al agua. Cuando médicos y moralistas de todo el mundo van coincidiendo en la conveniencia de dar a la juventud una racional educación sexual, los jóvenes españoles siguen oprimidos por los clásicos conceptos, basados en la hipocresía y en la ignorancia, que tan malos resultados han dado siempre. En cuanto a la vida de relación de cualquier muchacha provinciana, limitada por una tupida red de prejuicios que ha de seguir tejiendo si no quiere merecer el desprecio público, es algo injusto y triste, frecuentemente impreso en su rostro, y maravillosamente captado por el pincel cordobés de Romero de Torres.

A una juventud ni más ni menos ardorosa que cualquier otra, pero así peligrosamente oprimida en sus más vitales instintos, no ofrece la moral católica más que este dilema: matrimonio indisoluble o continencia absoluta.

En un intento ridículo por facilitar ésta, la campaña contra el desnudo alcanza caracteres grotescos. El español no puede contemplar ni en las páginas de las revistas, ni en los calendarios, ni en el teatro, ni en los centros nocturnos, ni en las playas, tanta carne femenina como los extranjeros. Disposiciones gubernativas, menos rigurosamente observadas en las playas donde los turistas concurren, obligan a las mujeres a llevar unas falditas sobre el traje de baño; a los hombres, a utilizar trajes de baño que tapen espalda y pecho; y a todos, a cubrirse con albornoz mientras permanecen fuera del agua.

San Luis Gonzaga se ofrece como modelo a esa juventud torturada por la castidad. Es aquel miembro de la Compañía de Jesús que, cuando muchacho, según nos cuentan sus biógrafos, sacaba de las sábanas poco a poco los pies, para no dar lugar a deseos pecaminosos en los criados que se los calzaban; y rehuía mirar la cara de su madre... para evitarse malos pensamientos.

* * *

Dejando el tema de la moral y pasando al de la propaganda de la religión, llama la atención de cualquier observador la persistencia con que las informaciones piadosas, las manifestaciones del culto externo, las actividades y las declaraciones del clero se ofrecen en la prensa, en la radio, en los noticieros cinematográficos.

La lectura de la prensa diaria permite coleccio-

nar miles de recortes por demás pintorescos. Unos periódicos solicitan gestiones oficiales para que sea canonizado Cristóbal Colón. Otros toman parte en la campaña orientada a conseguir del Pontífice la definición como artículo de fe del dogma de la Mediación Universal de la Virgen, según el cual constituiría pecado mortal creer que pueda Dios concedernos ninguna gracia, sin la súplica de su madre. Comienzan las apariciones celestiales. En agosto de 1947, nos informa la prensa de que la Virgen María se aparece a una niña en el pueblo de Oria (Almería), y unos meses después otras apariciones en Cuevas de Vinromá (Castellón) provocan el peregrinaje de multitudes, con desórdenes y accidentes. El órgano de la Falange en Murcia, el diario *Línea*, con motivo de las procesiones de Semana Santa, añora las antiguas épocas de fervor, cuando los penitentes iban descalzos, arrastrando cadenas, y hasta había quien desfilase llevando a cuestas un cadáver. Otros "plumíferos" lanzan a todos sus colegas la iniciativa de regalar a la Virgen del Pilar, Patrona de España, una pluma estilográfica de oro. El Ayuntamiento de Zaragoza solicita para ella la laureada de San Fernando, que es la más preciada condecoración militar, etc.

Pero no nos extrañemos de nada de ésto; porque ya al final de la guerra civil, el párroco de la iglesia de Nuestra Señora de las Angustias, Patrona de Granada, en una declaración que ocupó una plama del diario *Ideal*, nos había hecho saber que los soldados de Franco, inflamados de ardor religioso, en-

viaban desde el frente telegramas a la Virgen pidiéndole su protección; y que él los recibía y los colocaba bajo la peana de la imagen. No hubiera podido suponer Marconi que su invento llegaría a recibir tal aplicación. ¡Estupendo papel reservado a los españoles de Franco en el mundial concierto de las inteligencias!

En la deformación de la verdad, al servicio de la piedad, ni siquiera la muerte merece el menor respeto a esas gentes; pues, apenas fallecido Ortega y Gasset, ¿no se atrevieron a lanzar en la prensa, seguras de no poder ser desmentidas, la noticia de que a última hora el ilustre filósofo se había reconciliado con la Iglesia?

Por si todos los modernos medios de información fuesen insuficientes, los españoles han sido obsequiados con espectáculos inefables. La portuguesa Virgen de Fátima, puesta al servicio de la política del Bloque Peninsular, fue paseada por toda España; y en algunas poblaciones, Valencia entre ellas, las Vírgenes patronas de los pueblos fueron sacadas de las iglesias y concentradas en la capital en prueba de pleitesía. Con ese motivo, las curaciones milagrosas se multiplicaron. Por cierto que yo tuve ocasión de conocer directamente un caso, referente a "una enferma de cáncer, desahuciada tras una intervención abdominal exploratoria, y curada al paso de la bendita imagen". La interesada gritaba su gratitud y la prensa publicaba fotografías de ella y declaraciones de sus médicos que confirmaban el prodigio. Uno de ellos me aclaró que se trataba de una

afección tuberculosa (la cual suele beneficiarse con el simple acto de la laparotomía) y que, por otra parte, la enferma, pese a sus afirmaciones, seguía sufriendo vómitos y molestias; pero que él no se atrevía a contradecir las declaraciones del periodista.

En fin, entre los burdos medios puestos en práctica para fomentar en el pueblo la religiosidad, merecen mención especial las llamadas "Misiones".

Llévanlas a cabo nubes formadas por cientos de sacerdotes y frailes predicadores que recorren el país, permaneciendo ocho o diez días en cada una de las poblaciones sobre las cuales caen. Una propaganda desaforada prepara al público para el extraordinario acontecimiento, patrocinado por las autoridades. Son días que escapan a cualquier comentario. En las primeras horas de la madrugada, los ciudadanos son despertados por las campanas de las iglesias y por los rezos callejeros de los monótonos e impresionantes "Rosarios de la Aurora". A lo largo del día, atronadores altavoces distribuidos por todos los rumbos de la ciudad, en las calles céntricas, en los arrabales, en los cafés, en las tabernas, recuerdan, sin consideración a los enfermos o a los aprensivos, la frecuencia de las muertes repentinas; describen la descomposición cadavérica y los eternos horrores del Infierno; se hacen eco de mentiras piadosas y de patrañas milagreras; adulan a los pobres, y repiten, en fin, los lugares comunes que en el afectado estilo de la oratoria sagrada lanzan los predicadores en la catedral, en las parroquias, en las

iglesias, y en docenas de recintos improvisados, en los cuales los señoritos de Acción Católica hacen entrar, mediante variadas formas de coacción, a los transeúntes indiferentes. Grandes tribunas, para ser ocupadas por el clero local y el visitante, son levantadas, y ante ellas tienen lugar procesiones y otros actos piadosos. La Misión es el tema de toda la ciudad. El entusiasmo es impulsado por noticias surgidas no se sabe cómo y abultadas por la imaginación popular: corren historias edificantes sobre tal o cual fraile o se "descubre" que uno de ellos es el famoso ex-artista de cine Mojica de incógnito. En las calles y en los establecimientos públicos se escuchan las conversaciones más peregrinas. Algún pobre hombre trata de hacerse un corro de admiradores explicando que acaba de ser testigo o incluso protagonista de un hecho milagroso. Entre sus oyentes no faltan los que permanecen callados, con gesto hosco que delata su impotente repulsa al Trágala oficial.

Pese a tantos y tan prolongados esfuerzos, la política de "confesión dirigida" ha fracasado totalmente; porque la conducta de la Iglesia española, durante la guerra civil y después de ella, ha sido la más adecuada para que la gente acabe de desengañarse. La investigación efectuada por el arzobispo de Valencia monseñor Olaechea, le permitió afirmar que el 74% de los obreros son hostiles a la Religión y a la Iglesia. Una revista, *Fomento Social*, en otra investigación entre empleados de oficinas de Barcelona, redujo al 10% los católicos practicantes. A la vista de tales datos, es forzoso preguntar:

¿Con qué derecho ejerce la Iglesia Católica el monopolio religioso en España?

Quizás algunos espíritus desorientados hubieran hallado la anhelada paz en el seno de Iglesias no obedientes a Roma. Pero en este punto, como era de esperar, el régimen se ha mostrado inflexible. Recuérdense, entre otras manifestaciones de la Iglesia, la Instrucción hecha pública el 16 de junio de 1948 por la Confederación de Metropolitanos Españoles, insistiendo en que el punto sexto del Fuero no autoriza la libertad de cultos, y las frecuentes y airadas protestas del cardenal Segura. El nuevo Concordato con la Santa Sede ha dado un golpe de muerte al Protestantismo en España. Y en opinión de las autoridades eclesiásticas, servirá de modelo para todas las naciones católicas, especialmente las hispanoamericanas, en sus futuros acuerdos con el Vaticano.

* * *

Sería perogrullesco afirmar que el control de la Información y de la Propaganda se ha aplicado también a la finalidad que con él persiguen todos los regímenes que lo implantan: la movilización de la opinión pública a favor del Gobierno. A esta finalidad corresponden los estereotipados elogios a los personajes de la situación; las consignas sobre la obra del régimen; los recuerdos que puedan mantener vivo el odio a los españoles vencidos; los ditirambos aplicados a los sistemas nazi e italiano, cuan-

do ello no representaba una actitud suicida; los desplantes, ya también suprimidos, contra las democracias; el slogan del peligro comunista.

Y también esta política de opinión dirigida ha sido coronada por el fracaso; porque total fracaso es que hoy día los partidarios del régimen sean solamente quienes, aunque no hubiera propaganda, habrían de seguirlo apoyando como directos beneficiarios de él. La masa del país, el campesinado, la clase media liberal, la clase obrera, han resultado ideológicamente inconquistables. Ya lo dijo Unamuno: "Vencidos pero no convencidos".

El extranjero que visita España capta fácilmente sus bellezas naturales, la variedad de sus paisajes, su enorme interés turístico. Observa la cortesía y la sincera cordialidad que son comunes a casi todos sus habitantes, y más destacadas aún en las clases humildes. Goza recorriendo Madrid, que ha sido siempre una ciudad muy atractiva y que ahora, bajo una política tan centralizada, ha crecido rápidamente. Comprueba el orden público y la normalidad del ambiente, que el silencio de la prensa hace parecer aún mayor. Recibe toda suerte de facilidades por parte de las autoridades, no sólo interesadas en la afluencia de divisas mediante el turismo, sino aún más en la utilización de éste como medio de propaganda política internacional. Y finalmente, gracias al ventajoso cambio de moneda, disfruta de buenos hoteles y magníficas comidas a precios de "ganga". Es lógico que de ahí en adelante sus comentarios sobre España representen, aún sin proponér-

selo, un elogio al régimen franquista. Pero cuando se toma el trabajo de sondear la opinión de los españoles respecto a sus gobernantes, observa la extensión y la intensidad que alcanza la repulsa. Y descubre que lo único que mantiene la pasividad de los ciudadanos es la conciencia de responsabilidad ante el temor de que vuelvan a repetirse los horrores de la guerra civil.

Porque el español no puede aplicar a las cosas el criterio del turista. El sabe cuántas son sus privaciones, no obstante la baratura de que se hacen lenguas los extranjeros. El, antes que ellos, sabía de las bulliciosas ciudades de la Península tanto como de aquellas otras en las que el tiempo ha hecho un alto. El sabe que el orden público es fácil de asegurar en los regímenes policíacos y que en ellos los gobernantes y sus allegados se reservan para sí el monopolio de la delincuencia. Y él, por supuesto, no consideraría razonable atribuir al Caudillo las bellezas del país ni su interés turístico.

Lo que pesa en el ánimo del pueblo español es la siniestra carga de crímenes que arrastran Franco y sus colaboradores; la impudicia con que tratan de justificar su permanencia en el poder, avivando los recuerdos de la guerra civil y repitiendo el estribillo del peligro comunista; la infame actuación de la Iglesia, en su torpe concubinato con el Estado; la pública rapiña, a costa del país; la estrechez de horizontes económicos y espirituales en que tiene que desenvolverse; el empacho de la propaganda oficial; la opresión policíaca; la insufrible obligación de per-

manecer en silencio; la humillación de saberse contemplado por el mundo, bajo la ignominia de un sistema que lo tiene privado de libertades y derechos...

No es una situación envidiable. Se comprende perfectamente que el historiador católico y ex-embajador norteamericano en Madrid Carlton Hayes, que tanto daño infirió a la causa de la Libertad silenciando la verdad sobre el régimen de Franco y oponiendo consideraciones de cínico practicismo a una política tendente a derribarlo, escribiera esta declaración: "Como americano y como demócrata no quisiera que un sistema como el suyo se instalara o fuera imitado en mi país."

¡Ay, Mr. Hayes, no quieras para otros lo que no quieras para ti!

CAPÍTULO VII

LA SUPERVIVENCIA DEL RÉGIMEN

Fundamentos de una esperanza.—La posición de España durante la Segunda Guerra Mundial.—La "No intervención" y la "No beligerancia".—La política de apaciguamiento.—El viraje de la propaganda, y los equilibrios del Caudillo y de su cuñado.—El peligro ruso y los acuerdos internacionales contra Franco.—El pacto con los EE. UU.—D. Juan y D. Carlos.—De frente al futuro.

La segunda Guerra Mundial abrió a la esperanza el pecho de cuantos españoles coincidían en el anhelo de verle fin al aprobioso régimen. Los aliados, en el fragor del combate, habían ofrecido al mundo arrancar de él la semilla del totalitarismo fascista. Y el origen y la naturaleza, totalitarios y fascistas, del régimen imperante en España, no sólo eran hechos evidentes para cualquier espectador sino también declarados a los cuatro vientos por todas sus figuras, incluyendo al fundador de la Falange, José Antonio Primo de Rivera, quien en su revista *El Fascio*, aparecida en marzo de 1933, había declarado: "Somos fascistas y somos nazis, porque en los

principios mussolinianos y en las doctrinas nacional-socialistas hallamos nuestros orígenes y nuestra doctrina; pero somos por encima de todo españoles." Oigamos ahora a Sancho Dávila, en su obra ya citada: "Abracé a José Antonio y le dije: Creo que te has decidido a intervenir en la política; vengo a preguntarte si a la hora de los golpes me dejarás seguir a tu lado. José Antonio me contestó que, efectivamente, después de larga meditación y estudio se creía en el deber de cooperar en la creación de un movimiento totalitario de tipo fascista pero irreprochablemente fiel a las invariantes históricas de nuestra patria."

Incuestionablemente, el régimen nacional-sindicalista tuvo su origen en los sistemas facista y nazi de Italia y Alemania; se impuso al país, gracias a la ayuda militar de estas naciones; y pese a aquellos pujos de autóctona originalidad, su identificación con ambos regímenes totalitarios fue llevada a extremos de servil copia: los uniformes; el saludo con el brazo extendido; el título de Caudillo, traducción de los de Duce y Führer; los ridículos gritos "¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!", eco de los que tanto resonaron en la Piazza Venezia: "¡Duce! ¡Duce! ¡Duce!"...

La actitud de la España franquista respecto a los países en guerra pareció dar un apoyo aún más sólido a aquella esperanza. La posición oficial quedó expuesta en el libro *Reivindicaciones de España*, publicado en 1941 por el "Instituto de Estudios Políticos". En él se desarrolla la tesis de que la victo-

ria de Franco fue una derrota de las carcomidas democracias y abría las puertas al Eje y a España para imponerles su voluntad y alcanzar sus reivindicaciones territoriales. En el discurso del 17 de julio del mismo año, el Caudillo abunda en los mismos conceptos, ataca enérgicamente a las "plutocracias", se solidariza con el ejército alemán y asegura que los aliados han perdido la guerra. Un decreto, promulgado el 19 de diciembre, declara a España "no beligerante". La propaganda acentúa su servilismo al Eje, y la prensa prodiga enardecida el verbo "coventryzar". Admitir la posibilidad de un triunfo aliado es suficiente imprudencia para ir a dar a la cárcel. Las manifestaciones "espontáneas" pro Tánger y pro Gibraltar se suceden. En una de ellas es atacada la Embajada Inglesa. El Estatuto Internacional de Tánger es atropellado. En varias ocasiones parece inminente la entrada de España en la guerra. En octubre de 1940, en la entrevista del Caudillo con el Führer en Hendaya, se fija una fecha para tal acontecimiento, inicio de la operación "Félix", el ataque a Gibraltar, a través de la Península, que no llegó a tener lugar. A fines de 1941 es enviada a Rusia la División Azul y la unidad aérea Salvador...

Aparentemente, sólo una hábil política de apaciguamiento por parte de Inglaterra y los EE. UU., llevada adelante por sus respectivos embajadores en Madrid, sir Samuel Hoare y Carlton Hayes, pudo conjurar el peligro y mantener a España al margen de la guerra.

* * *

Ciertamente, la aproximación al Eje, expresada en el cambio de la estricta neutralidad por la "no beligerancia", correspondía tanto a la afinidad entre los tres regímenes totalitarios como al secular odio de la España tradicional hacia los pueblos anglosajones. Todos los representantes de esa España han suspirado por reconstruir un imperio capaz de oponerse al mundo de habla inglesa; y obsesivamente han atribuido los males del país a la perfidia de la Inglaterra protestante y masónica. El caso de Gibraltar ha sido siempre un buen pretexto para justificar este odio y ocultar su verdadera raíz, ideológica, reaccionaria.

Pero había razones poderosas y elementales para que cualquier observador perspicaz comprendiese que la fórmula de no beligerancia había de resultar estable; que era muy improbable su sustitución por la de beligerancia. Porque si en el ánimo de Franco y de sus consejeros pesaba el odio al enemigo político, Inglaterra, no podía dejar de pesar también el temor al amigo, Alemania. Ningún gobernante en su caso, por limitadas que supongamos sus facultades mentales (y él es un gallego cazurro), podía desear sinceramente el establecimiento de tan absorbente hegemonía teutónica. Menos aún sus consejeros eclesiásticos, habiendo entre los dos regímenes amigos la diferencia ideológica que media entre la teocracia y el paganismo. La conservación de la no beligerancia, obligada también por razones de orden in-

terior, permitía además jugar dos buenas cartas: respecto a Alemania, la sustitución de la ayuda militar por el empleo de lo que Hoare llamó "mendrugos verbales"; frente a los aliados, un permanente chantage, correspondido con la política de apaciguamiento.

Al fin y al cabo, la "no beligerancia" fue la réplica, la imagen especular, de la "no intervención" que en la guerra civil de España habían aplicado los países democráticos. En aquella ocasión, las simpatías políticas de Francia y de Inglaterra no estaban ni podían estar del lado de los elementos fascistas y reaccionarios que se habían alzado contra el gobierno republicano. Sin embargo, el conservadurismo inglés y el francés, atentos únicamente a sus intereses de clase (interpretados entonces con muy cortos alcances) mantuvieron el vergonzoso engaño del Comité de No Intervención, gracias al cual Franco pudo contar con la descarada y decisiva ayuda de Alemania e Italia, mientras los republicanos sólo recibieron de las grandes potencias democráticas "mendrugos verbales".

Hitler creyó en la buena fe de Franco expresada en la fórmula de la no beligerancia; como creía en la sinceridad de Mussolini, aún después de que el Anschluss había llevado la frontera alemana cerca del Adriático. Pero en sus entrevistas con Franco en Hendaya y con Serrano Súñer en Berchtesgaden, su proyecto de invadir la Península tropezó con una razonada resistencia basada en las especiales circunstancias en que se encontraba España a conse-

cuencia de la guerra civil, en el hambre, en la necesidad de los "navicerts" británicos, en la conveniencia de esperar una oportunidad mejor y seguir disfrutando mientras tanto una ayuda, en mano de obra y en exportaciones, llevada tan lejos cuanto permitiese el enemigo. Fracasada la "mediación" del Duce, el Führer desistió de su empeño. Más adelante, los jefes militares alemanes se lamentarían de haber sido engañados.

Para los países aliados, la errónea interpretación de la actitud española, suministrada por sus embajadores en Madrid, se tradujo en aplicar con excesivo celo la política de apaciguamiento. Para la vanidad de ambos señores era muy halagador convencerse a sí mismos, y convencer a todo el mundo, de que el objetivo de mantener a España fuera del conflicto era sumamente arduo y de que si fue coronado por el éxito se debió a sus inteligentes gestiones, que en el libro de Hoare, *Ambassador on Special Mission*, se revisten de heroicidad, y en el de Hayes, *Wartime Mission in Spain*, denuncian una puerilidad de mentecato.

La política de apaciguamiento, que empezó a poco de concluida la guerra civil con la oferta de un crédito a cambio de la futura neutralidad, oferta que Franco rechazó, la concesión de un crédito de 13,350,000 dólares para algodón y la firma de dos empréstitos ingleses, por dos y por dos y medio millones de libras esterlinas en marzo de 1940 y abril de 1941, fue culminada en las últimas etapas de la guerra mundial con la carta enviada por el Presi-

dente Roosevelt a Franco, anunciándole el simultáneo desembarco en el norte de Africa, el 8 de noviembre de 1942, y con el discurso de Winston Churchill en la Cámara de los Comunes el 24 de mayo de 1944. La carta de Roosevelt terminaba así: "Espero que usted confíe plenamente en la seguridad que le doy de que en forma alguna va dirigido este movimiento contra el Gobierno o pueblo de España... España no tiene nada que temer de las Naciones Unidas. Quedo mi querido general, de usted buen amigo, Franklin D. Roosevelt." El discurso de Churchill señalaba la trascendencia de la benevolente actitud mantenida por Franco con ocasión de dicho desembarco y, seguramente para alentar el mantenimiento de igual conducta durante lo que restase de guerra, contenía afirmaciones como las siguientes: "No tengo, por tanto, ninguna simpatía por quienes consideran inteligente o gracioso insultar o injuriar al Gobierno de España." "En cuanto a los problemas políticos internos de España, eso es cosa de los propios españoles. A nosotros, como Gobierno, no nos compete intervenir en tales asuntos." Y como un diputado laborista aludiera a Italia, Mr. Churchill se apresuró a señalar "la clara diferencia que existe entre las naciones contra las cuales luchamos y las naciones que nos dejan en paz".

En aras de una victoria ya segura, los dos estadistas hipotecaban innecesariamente el cumplimiento de los objetivos universales marcados a la gran empresa.

* * *

Terminada la guerra mundial con la derrota de los países amigos, el viraje impuesto a los comentarios de prensa sobrepasó los límites del decoro. Resultaba bochornoso leer en los mismos diarios que hasta última hora proclamaban su entusiasmo por el Eje, la predicción de que algún día todas las naciones irían en peregrinación a Londres llevando piedras sagradas para reconstruir la ciudad que con su heroismo había salvado al mundo ("ABC" de Madrid); o el relato horripilante de las crueldades nazis, incluyendo aquella patraña de un burgomaestre que, transformado mediante injertos, era el perro-guardián del campo de Düsseldorf y ladraba a los visitante ("Ideal" de Granada); o la excitación a los jueces de Nüremberg para que el castigo aplicado a los culpables resultase ejemplar (id); etc.

Ninguna de esas bajezas podía ocultar el verdadero carácter del régimen franquista, tan repetida y campanudamente proclamado por sus fundadores y por sus componentes. Ahora era preciso volverse a definir, ejecutando equilibrios verbales en la cuerda floja. A esta tarea se lanzaron Franco, con un discurso a las Cortes, y Serrano Súñer, con su libro *Entre Hendaya y Gibraltar.*

En este libro, el panegirista de la intolerancia no tiene empacho en reconocer que los sistemas totalitarios "pretendieron con demasiado orgullo ser la fórmula definitiva para la política de este siglo"; que la claridad de juicio y la buena voluntad son "incompatibles con cualquier doctrinarismo político demasiado hermético"; que fue un modo desorbita-

do de ver las cosas, al que él también pagó su tributo, atribuir a la democracia liberal "toda clase de errores y de infaustas consecuencias"; que los regímenes totalitarios crean una burocracia paralizadora de toda iniciativa y, por la ausencia de crítica, sufren fácilmente una desviación a la corrupción, al despotismo y a la tiranía, resultando el último funcionario tan intangible como los sagrados dogmas del Estado; y que la opción cerrada entre fascismo y comunismo era falsa "porque frente al comunismo había seguramente la posibilidad de otras soluciones distintas del fascismo." El odioso y jesuítico exministro tiene buen cuidado de puntualizar que tan tardías confesiones son fruto de su mayor experiencia y no, ¡quién iba a pensarlo!, efecto de la victoria aliada. Además, ahora resultaba que el régimen español no era ni totalitario ni fascista. Cierto que el sistema de mando único, partido único y dogmas fijos eran características comunes a los estados totalitarios; pero a su juicio eran características puramente externas, pues el contenido dogmático, que en el caso de España venía impuesto por "nuestra tradición y nuestra confesión religiosa", establecía una diferencia esencial entre el régimen español y los regímenes fascista y nazi.

El discurso pronunciado por Franco ante las llamadas Cortes el 14 de mayo de 1946 no tiene desperdicio. Con todo el desparpajo que es necesario, pero sin más argumentación que la consabida del "contenido confesional", niega también que su régimen sea totalitario. Hay en aquel discurso un deta-

lle de genial originalidad: ¿Existe en España libertad de conciencia? El Caudillo afirma rotundamente que sí. ¿Por qué? He aquí la respuesta que dio él mismo: "Porque existe libertad para escoger la religión verdadera, que es la católica".

* * *

La red internacional de la propaganda papista se movilizó a favor del tirano, en tan precaria situación. Desde *The Tablet* hasta la última hojita parroquial, todas las publicaciones católicas del mundo multiplicaron sus comentarios a favor del "vencedor de los rojos".

Buena fuente de argumentación les fue proporcionada por muchas burdas acusaciones que apenas terminada la guerra mundial se inventaron contra la España franquista y que más bien parecían urdìdas por el propio régimen para poderse presentar como víctima de inacabables calumnias: disturbios en las grandes poblaciones españolas, con ametrallamiento del multitudes famélicas; trabajos de técnicos alemanes para la fabricación de la bomba atómica; acogida y ocultamiento de personalidades nazis.

Una ininterumpida fila de políticos, escritores, eclesiásticos, profesores, hombres destacados en cualquier actividad, que visitaban España, espontáneamente o invitados por organismos oficiales activamente consagrados a esa tarea, eran objeto de mil atenciones, comprobaban la calma pública, recibían

sobre el terreno explicaciones referentes a la pasada guerra civil, con pruebas del salvajismo rojo y del heroismo de las tropas franquistas, escuchaban amargas quejas contra la leyenda negra que envuelve a España, y regresaban a sus países dispuestos a realizar lo que su agradecimiento personal y su confesión religiosa les hacía juzgar como un deber: la defensa de la causa de Franco, víctima de una conjura roja internacional.

Católicos estadounidenses que, gracias al sistema democrático de su país, pueden confesar allá su religión sin ser molestados por ello ni tildados de antipatriotas, tomaron sobre sí la tarea de defender el régimen español. Con el mismo celo, digno de mejor causa, y frecuentemente bajo inspiración católica, se movían en Washington los consejeros de Truman. No todo este apoyo a la España franquista fue desinteresado; como lo probó escandalosamente el caso de un influyente personaje de la política yanqui que resultó estar abundantemente remunerado por el embajador español, Lequerica.

Mientras los políticos emigrados arrastraban por el extranjero el cadáver de la Segunda República y proporcionaban con sus discordias, sus personalismos y sus mútuas acusaciones una insuperable propaganda a favor de Franco, los partidarios de éste sabían mover sus influencias y relaciones en las alturas internacionales y escudriñar en el coloso norteamericano los puntos débiles inherentes a su ingenuidad y al régimen doméstico de la Casa Blanca.

* * *

La gravísima amenaza, cada día mas evidente, del imperialismo ruso, decidió la opinión internacional a favor de Franco. La lucha civil española ya no había sido la primera batalla ganada por los países totalitarios contra las "corrompidas plutocracias", sino la primera victoria de estas mismas democracias contra el comunismo. Y frente al peligro moscovita, los estrategas norteamericanos irían descubriendo "poderosas razones de orden práctico" para llegar a un entendimiento con el Jefe del Gobierno español.

Quedaron así reducidas a recuerdos molestos e inoportunos todas las solemnes declaraciones internacionales contra el régimen impuesto a los españoles: la aprobada por aclamación en la Conferencia celebrada en San Francisco, en junio de 1945; la que figuraba en el Comunicado de la Conferencia de Potsdam el 2 de agosto de 1945; la que aprobó la Asamblea de las Naciones Unidas el 9 de febrero de 1946; la expresada al mes siguiente en una nota conjunta de los gobiernos de EE. UU., Reino Unido y Francia; y la moción del 12 de diciembre de 1946, que fue el último acuerdo de la O.N.U. contra Franco.

La declaración conjunta de EE. UU., Inglaterra y Francia concluía ofreciendo tener en cuenta para futuras decisiones los esfuerzos del pueblo español para alcanzar su propia libertad. Pero frente a los vigilantes componentes del régimen franquista, reagrupados y excitados por la amenaza internacional, ¿qué podían hacer los españoles oprimidos? Habían

de permanecer en silencio, escuchando sin protesta la ridícula afirmación de que el ataque a la soberanía nacional los había identificado con su tirano.

El último acuerdo de la O.N.U. contra Franco terminaba recomendando al Consejo de Seguridad que considerase las medidas a adoptar para remediar la situación si dentro de un plazo razonable no se establecía en España un gobierno que obtuviese su autoridad del consentimiento de los gobernados y que se comprometiese a respetar la libertad de palabra, de religión y de reunión y a celebrar elecciones, libres de coacción y de intimidación.

¿A dónde fue a parar tan bello propósito? El 4 de noviembre de 1950, cuando, como apuntaba el delegado de Uruguay, doctor Fábregat, parecía oportuno cumplir lo prevenido e intensificar las medidas contra Franco, la Asamblea General de la O.N.U. acordó autorizar el regreso a Madrid de los embajadores democráticos y el ingreso de España en los organismos de carácter técnico de la O.N.U., acuerdo que se tomó con la pudorosa abstención de Francia e Inglaterra y el voto a favor de Norteamérica.

A partir de ese momento se hizo evidente que la España fascista acabaría por ser admitida en la organización de naciones surgida precisamente de la guerra contra el fascismo. Los hombres que en España representan la mentalidad antieuropea podían formar parte del Consejo de Europa. Los representantes del sistema político que tiene a los españoles privados de derechos y de libertad eran invitados a colaborar en organismos cuya finalidad es definir y

garantizar los Derechos del Hombre. La cruzada contra la ciencia, que ha quedado esbozada en el capítulo IV de este libro, no era obstáculo para el ingreso de España en la "Organización Educativa, Científica y Cultural de las Naciones Unidas" (Unesco). Los parlamentarios ingleses organizadores de la Segunda Conferencia Parlamentaria de Londres en pro de un Gobierno Mundial que garantice la paz y la libertad de todos los pueblos, invitaban al general Franco a que enviase algunos Procuradores de sus "Cortes". Y la opinión mundial, participando con los gobiernos en el mismo temor ante el peligro ruso, permanecía indiferente ante tales contrasentidos.

* * *

Finalmente, los EE. UU. llegan a un perfecto entendimiento con el Caudillo. Ya en 1950 el Congreso norteamericano, con la oposición de la Administración, votó un empréstito a España de 62,5 millones. Al año siguiente, poco antes de terminar sus sesiones, destinó un crédito de 100 millones a conceder a España ayuda militar, económica y técnica, como parte del programa de ayuda extranjera. Y el Presidente Truman, cubriéndose con estudiadas manifestaciones de antipatía hacia Franco, inició negociaciones con él, que tras un largo forcejeo condujeron a los pactos firmados en Madrid el 26 de septiembre de 1953. Franco recibía, por lo pronto, 226 millones de dólares, una insoñada ayuda que salvaba a su régimen de la quiebra económica; y cedía

en cambio a los EE. UU. bases aéreas y navales en la Península.

En los tropiezos a lo largo de aquellas negociaciones, indecorosas para ambas partes, quedó revelada una vez más la contextura moral de Franco, que sabe alternar los gestos de implorante sumisión con los desplantes, las dilaciones y las exigencias. Si por una parte, el curso de las negociaciones no le impidió saludar al pueblo filipino expresándole su tristeza por el tutelaje "injusto e innecesario" impuesto durante cincuenta años por los EE. UU. (gesto que trae a la memoria aquel otro telegrama en que el campeón de la Cristiandad y de la Hispanidad felicitó al Quisling filipino, Laurel) por otra parte, supo practicar un servilismo del que es vergonzosa muestra la fotografía que en este momento contemplo, en la cual el Jefe del Estado Español, de uniforme, se dobla materialmente en exagerada reverencia ante el Secretario de Comercio de los Estados Unidos, Charles Sawyer.

¿Podía soñar Franco algo más conveniente? De cara a la inminente quiebra económica, una hipoteca salvadora. Frente a la hostilidad de Europa, la oportunidad de servir la política norteamericana en Europa y en el norte de Africa. Después de tanta humillación internacional, el "visto bueno" del poderoso país, que le permitía prolongar su caudillaje y preparar la impunidad y la continuidad de su régimen para cuando tuviese a bien retirarse.

No es extraño que sobre su mesa de trabajo figuren sendas fotografías de Eisenhower y del Pontí-

fice... montadas en los mismos marcos que antes ocupaban las del Führer y el Duce.

He ahí cómo el pueblo español vio evaporarse la afanosa esperanza que hacía llevadera su agonía.

* * *

Salvado así el régimen, y rodeado el Caudillo de una aureola de habilidad que en justicia corresponde a la Iglesia, ésta sólo tenía que atender ya a asegurar una sucesión que le permitiese conservar las ventajas conseguidas.

El heredero de Alfonso XIII, Príncipe D. Juan, que había servido en la Real Marina Inglesa, no parecía suficientemente propicio a tales fines. Así, pues, para que fuese perfecta la semejanza con el régimen tibetano, donde el futuro Dalai Lama es elegido y educado por los sacerdotes desde su más tierna edad, se consiguió que don Carlos, el hijo de don Juan, desarrollase su infancia y su adolescencia en España, bajo la inmediata vigilancia del Opus Dei.

El proyecto no se ha podido llevar adelante. Porque el régimen franquista, totalmente podrido, se desmorona. Su fracaso es demasiado escandaloso y su prolongación ha resultado excesiva, para que los españoles puedan seguir tolerándolo con calma. Las juventudes universitarias, los muchachos que eran niños cuando la guerra civil y que se han educado bajo las consignas del régimen, las rechazan y empiezan a levantar su voz, clamando por la libertad de pensamiento. Los obreros se atreven a lanzarse a

movimientos huelguísticos organizados. La desmoralización cunde entre los defensores del régimen. Los falangistas se lavan las manos, como Pilatos, asegurando que los principios nacional-sindicalistas no pueden considerarse fracasados, por la sencilla razón de que Franco los traicionó, y nunca fueron aplicados lealmente al país. Lo que por cierto no fue obstáculo para que conservasen sus puestos y participasen del botín. Toda la nación reprocha al régimen la pérdida de Marruecos, gestada en la torpe ayuda que prestó al Ejército de Liberación en su lucha contra los franceses y culminada en el pasado mes de abril con el acuerdo firmado en la ciudad portuguesa de Cintra, que pone punto final a aquellos sueños africanos del Imperio Azul. Los militares se separan de Franco, culpándolo directamente de esa pérdida, que él atribuye al general García Valiño. La Iglesia, aquella parte de la Iglesia a la que aludí en el capítulo II, arrecia en sus críticas contra la corrupción general y contra la Falange. Franco comprende que ha de ser testigo de la liquidación de su obra, y que sus huesos no reposarán bajo la inmensa bóveda subterránea del Valle de los Caídos, claro exponente de su megalomanía, sino en tierra extranjera. En tan desagradable coyuntura, una inoportuna afección prostática le obliga a ponerse en manos de los cirujanos, sin antes haber conseguido del príncipe don Juan que ceda a su hijo los derechos a la corona. Rápidamente se ponen todos de acuerdo para entronizar al príncipe don Juan, confiando en que él les garantice la impunidad y, en

lo posible, la conservación de las ventajas logradas en el transcurso de todos estos años.

Así, pues, parece probable que don Juan ocupe el trono de España. Teniendo en cuenta los errores cometidos por la República en el poder, la pérdida de la guerra civil, la impolítica actuación de los exilados y el efecto de la prolongada, virulenta y unilateral propaganda franquista contra la República, quizá no pueda darse otra salida pacífica a la actual situación que la restauración monárquica. Para las derechas, ofrecería un mínimum de garantía; para las izquierdas, al fin y al cabo, en comparación con lo actual representaría "un mal menor". Después de todo, no es cierto que la forma republicana signifique necesariamente una mayor seguridad de desenvolvimiento democrático. A las monarquías constitucionales del norte de Europa, progresistas e intachablemente democráticas, cabe enfrentar muchas repúblicas que son abominables tiranías. Quizás hoy día los reyes sean los más convencidos de que la monarquía hereditaria "no tiene pies ni cabeza", y eso mismo les lleve a ser comedidos y tolerantes; mientras que el hombre aupado a la presidencia de una república por el voto de una mayoría se siente suficientemente respaldado para atropellar los derechos de las minorías oposicionistas. Debemos reconocer también que ya en muchas repúblicas constituye norma casi generalmente aceptada, el rápido enriquecimiento de los gobernantes en los años que dura su mandato, con las deplorables consecuencias de la general corrupción, entre las cuales no es la menor el des-

arrollo de las pasiones políticas para alcanzar el comedero; mientras que el interés personal de un monarca moderno, aleccionado por las enseñanzas de la Historia, es simplemente que su hijo herede la corona de un país rico y bien gobernado. Hay además en el fondo del espíritu humano una veta favorable al significado de paternalidad y de continuidad de la familia real, a cuya suerte se llega a sentir ligado afectivamente el pueblo. Y en fin, aunque no figura en ninguna constitución, ni podría figurar por indecoroso, el señalamiento de las sanciones a que pudiera hacerse acredor el rey, vemos a diario que mientras los peores presidentes de república apenas son molestados por sus sucesores, son muchos los monarcas que han pagado sus yerros con la pérdida de la corona o de la vida.

Mas dejemos esas reflexiones, pues será el pueblo español el que libremente habrá de decidir si la instauración de don Juan en el trono, caso de que llegue a tener lugar, ha de ser definitiva o provisional. Y en el ánimo del pueblo español pesan menos aquellas reflexiones pro-monárquicas que su convicción, provista de sólidos fundamentos, de que en España el Trono no puede ser ya otra cosa que el baluarte de las mismas fuerzas feudales que lo tienen oprimido bajo el doble yugo del Estado y la Iglesia.

Segunda Parte

EL MUNDO

CAPÍTULO VIII

EL PUNTO DE PARTIDA

¿Hacia dónde cae el Mundo?.—El descrédito de la economía liberal, punto de partida.—Los dos sistemas capitalistas.—El fracaso de la "Ley de Bronce".—La desventaja de Occidente.—Cómo se originan y se desarrollan las crisis cíclicas.—La inversión y las obras públicas; los impuestos sobre la renta y la emisión de moneda.—La crisis con superproducción verdadera.—La política de despilfarro.—Reivindicación del ocio.

AL INICIARSE el presente siglo, nuestro mundo capitalista se enfrentaba a las continuas revueltas del proletariado, encuadrado en diferentes organizaciones de clase y empujado por las infrahumanas condiciones de existencia en que se desenvolvía. Aparte de esto, que nadie juzgará detalle insignificante, todo lo demás eran bienaventuranzas. El progreso científico y técnico seguía la marcha que había iniciado apenas tres siglos antes, una fecha muy próxima en relación a la larga historia de la humanidad. Y junto a las consiguientes conquistas materiales, parecía definitivamente lograda otra conquista, de

muy superior especie, la del reconocimiento de los derechos individuales, según los principios englobados en la llamada doctrina liberal. Los ciudadanos se mostraban celosos de su salvaguardia y los gobernantes, en general, procuraban respetarlos, y solían mostrar en el manejo de los intereses públicos una caballerosa probidad, que era de fácil examen dada la escasa complejidad de la máquina administrativa.

En el medio siglo transcurrido, que ha presenciado dos guerras mundiales, el progreso científico y técnico ha seguido, en forma arrolladora, su marcha. Pero los principios liberales han quedado maltrechos. En Rusia, que apenas empezaba entonces a salir del feudalismo, se está llevando a cabo el más colocal experimento totalitario; y el régimen soviético, que se ha extendido a otros muchos países y ha aprisionado una gran parte de la población humana, amenaza con su infiltración ideológica y con su poderío militar al resto del mundo. Se han visto surgir regímenes oprobiosos que pretenden justificarse con ese peligro. Y en todos los países del llamado mundo libre, en diferentes grados, pero siempre progresivamente, las libertades individuales, que constituyen un derecho natural inseparable de la dignidad humana, van siendo arrebatadas por el Estado. De día en día los gobiernos echan sobre sí, so pretexto del bien general, y frecuentemente con el voto de las mayorías, el cumplimiento de más y más funciones, y crean para realizarlas más y más organismos, hasta que la máquina estatal queda transfor-

mada en un monstruo que, en vez de servir a los ciudadanos, los devora.

Todo ello, por parte de quienes participan en ese proceso y por parte de quienes se resignan a él, no expresa otra cosa que la pérdida de la fe en los principios liberales; el reconocimiento de que el liberalismo ha fracasado. Lo cual, evidentemente, no representa la posición mental más adecuada para encarar la posibilidad de un conflicto bélico en el que, según se dice. son estos principios los que vamos a defender.

El Mundo, bajo la amenaza soviética, y perdida la fe en sus propios principios, ha abandonado las trincheras de la Libertad, y ha emprendido una marcha que es ya vertiginosa caída.

¿Hacia dónde cae el mundo?

Hay suficientes elementos de juicio para prever que cae hacia un tipo de organización en el que los ciudadanos estarán totalmente supeditados al Estado en lo económico y en lo político, según cualquier patrón totalitario; y a su vez, el Estado supeditado a la inspiración clerical, que es lo que caracteriza al régimen español y lo hace doblemente ignominioso.

Ese peligro es el que ha inspirado el presente libro. En la primera parte de él, a modo de cicerone, he mostrado los barrios de mi ciudad a quienes se dirigen a vivir en otra de análogas características. Ahora vamos a ver, sobre el mapa, las rutas por donde marchan; y, sobre el paisaje, las señales de que ya están aproximándose a su destino.

* * *

El descrédito del liberalismo económico es el punto de origen de todo ese movimiento. Incluso muchos de los que claman por la libertad de pensamiento, la de crítica, la de conciencia, etc., están prestos a reconocer que el capitalismo liberal ha fracasado, y que ello justifica su rechazo y el pleno intervencionismo de los gobiernos en las economías nacionales.

En la miseria de la clase obrera han encontrado justificación las doctrinas orientadas a la redención del proletariado por la vía del socialismo, los múltiples esfuerzos, pacíficos o revolucionarios, realizados en el pasado siglo y en el actual para llevarlas a la práctica, y una buena parte del intervencionismo económico practicado hoy por todos los gobiernos. En los oidos de mucha gente la palabra Capitalismo suena ya bastante mal. Se la asocia mentalmente a la explotación del hombre por el hombre, a la desigualdad social, a la lucha de clases. Mientras que la palabra Socialismo evoca agradables ideas de justicia social, de igualdad y de fraternidad verdadera.

Por otra parte, el capitalismo liberal lleva dentro de sí el germen de una maligna enfermedad, que se manifiesta en las periódicas catástrofes denominadas crisis cíclicas, las cuales contribuyen decisivamente al general descrédito del sistema.

Ambas cuestiones ocuparán nuestra atención en el presente capítulo.

* * *

La economía capitalista liberal, basada en la propiedad privada de los medios de producción y en el mercado libre, ha sido siempre considerada por sus defensores como la fórmula de relación económica entre los hombres mas adecuada a su naturaleza individualista. Sobre tal realidad se asentarían sus indiscutibles ventajas: el estímulo del espíritu de empresa y de la libre iniciativa; el auge industrial; la adecuación entre los valores y los precios, en virtud de la ley de la oferta y la demanda; la elevación del consumidor a la categoría de rey del mercado, que decide con sus preferencias la cantidad y la calidad de los bienes que han de ser producidos; y la independencia de los ciudadanos respecto al Estado, obediente al principio del "laissez-faire".

Frente a tales ventajas, el marxismo levanta su acusadora crítica: El capitalista, es decir, el propietario de los medios de producción, se aprovecha de su posesión para explotar a los desposeidos, pagándoles por su trabajo menos que lo que producen, y quedándose con la diferencia, con la plusvalía, que le permite incrementar progresivamente sus instrumentos de trabajo, su capital.

Si alguien posee un taller y busca un empleado, lo hace simplemente porque espera que el consiguiente aumento de sus ingresos compensará con creces lo que ese trabajador le cueste. Pasa así, según la terminología marxista, a ser un explotador que acrecienta sus instrumentos de trabajo arrebatando al prójimo la plusvalía. Que las ganancias industriales representen la justa compensación de las iniciativas y

riesgos del empresario, es una cuestión desdeñada por los marxistas.

La verdad es que todo el progreso industrial se ha basado siempre en esa pretendida explotación; que nadie emplea a otro si con ello no va a obtener alguna ventaja, y que si la norma hubiera sido entregar a cada empleado el equivalente íntegro de su trabajo, el capital no habría podido incrementarse y el progreso industrial no habría sido posible.

Lo grande del caso es que el mismísimo sistema, y no otro como podría ser el cooperativismo, es el que funciona en Rusia.

Allí no puede ser empresario el ciudadano particular; pero lo es el Estado. El pueblo, propietario teórico de todas las instalaciones industriales, trabaja a cambio de un salario, muy inferior al valor real de lo que produce. El Estado, propietario efectivo, recibe la plusvalía. Y la enorme cuantía de ella se manifiesta en el violento contraste existente entre el bajo nivel de vida de la clase obrera y el prodigioso desarrollo de las empresas estatales.

Aquellas grandes realizaciones, aquella estupenda burocracia y aquel amenazante poderío militar con el que esperan que se imponga en todo el mundo la doctrina libertadora, sólo revelan, en su contraste con la estrechez de las masas obreras, el incalculable volumen de la explotación capitalista que en Rusia tiene lugar.

Esto no es nuevo. Todos sabemos que lo que rige en el área soviética en el Capitalismo de Estado.

Lo que no es tan sabido es que la posibilidad de mantener en el máximum la explotación de la clase obrera establece la diferencia práctica mas trascendente entre ambos regímenes económicos y concede una inmensa ventaja al capitalismo de Estado sobre el capitalismo liberal.

* * *

Los clásicos de la economía liberal fueron los primeros en afirmar que, dada la enorme concurrencia obrera, no podría jamás ser envidiable la situación de los asalariados dentro de nuestro sistema. El inglés Ricardo expresó el hecho en su famosa "teoría del salario natural", según la cual la remuneración del obrero no sería nunca superior a la estrictamente suficiente para permitirle subsistir con su familia,en las mas estrechas condiciones compatibles con el rendimiento en su trabajo. La exactitud de la teoría parecía incuestionable. Si los obreros creían mejorar su situación estableciendo comedores colectivos, el ahorro que obtuviesen sólo les serviría para poder aceptar salarios aun más bajos. Si empujaban a la esclavitud de las fábricas a sus mujeres y a sus hijos pequeños, el capitalista acabaría explotando a toda la familia, sin tener que hacer mayor desembolso.

Pero tan triste situación no conmovía a muchos de los economistas liberales del siglo pasado, insensibles al dolor humano, a causa de su dogmatismo, y pródigos en conceptos como el que expresaba el

francés Dunoyer, prefecto y consejero de Estado en la Monarquía de Julio: "Los obreros son responsables de su miseria, la cual además es muy útil".

Otro francés, Lassalle, precursor de Marx, elevó la teoría de Ricardo a la categoría de ley, y la denominó, por su inexorabilidad, "Ley de Bronce". Ella fue buena cantera de argumentaciones contra el capitalismo, de la que extrajeron abundante material los primeros divulgadores de la doctrina marxista.

La clave de esta falla reside en el costo de la instalación industrial, que la hace inaccesible al trabajador manual, afecta al libre juego entre los intereses de las dos partes contratantes y permite al empresario ser el árbitro de la situación. El libre juego de los intereses antagónicos queda sustituido por el alevoso sacrificio de víctimas privadas de toda posibilidad de defensa. Algo análogo ocurre en la contratación de los obreros agrícolas en las regiones carentes de industrias, cuando todas las tierras aprovechables han quedado distribuidas entre un determinado número de propietarios. La explotación del obrero dentro de la economía liberal deriva, pues, precisamente de circunstancias en virtud de las cuales el principio de la libre contratación, piedra angular del régimen, resulta inoperante en el mercado de trabajo.

La realidad, sin embargo, ha venido a probar que a lo largo del desarrollo industrial, a medida que aumenta la productividad por obrero, el nivel de vida del proletariado experimenta un alza continua. Ocurre ello, principalmente, como resultado de la

rebeldía de los obreros organizados en sindicatos, gracias a los cuales se nivelan en el mercado de trabajo las fuerzas de las dos partes contratantes. En esta lucha contra el egoismo de los capitalistas y contra los gobiernos reaccionarios, la clase obrera ha contado y cuenta con el decidido y eficaz apoyo de muchísimos elementos de la sociedad, intelectuales, jueces, periodistas y políticos, burgueses o revolucionarios, movidos los más por sentimientos de justicia e incluso no pocos por meras conveniencias electorales. Y también el beneficioso efecto que en la prevención y solución de las crisis económicas tiene el aumento de la capacidad adquisitiva del mercado por la vía directa de la subida de los salarios, ha pesado sobre el ánimo de los gobernantes y de los empresarios más inteligentes.

Como fruto de esos factores coincidentes, la Ley de Bronce ha quedado desmentida; y el actual nivel de vida de las clases asalariadas, especialmente en los países de mayor desenvolvimiento capitalista, llenaría de asombro y de desconcierto tanto a los clásicos de la economía liberal como a los primeros marxistas.

Y el hecho se da no sólo en las naciones imperialistas sino también en las que no pueden ser tachadas de tales; lo que prueba cuán equivocado anduvo Lenin al hacer su gran aportación a la doctrina marxista, su "teoría del imperialismo", según la cual la mejora de la clase obrera significaba simplemente que participaba del botín sacado de las colonias. Creyó que así remendaba lo roto. Pero la ex-

plotación imperialista no es llevada a cabo por los obreros. Dejó, pues, en pie el "quid" de la cuestión; porque en relación al desconcertante hecho de que el proletariado había empezado a mejorar de condición, era indiferente que el aumento de las ganancias de los empresarios proviniese de mejoras técnicas, de la constitución de monopolios o de la explotación de nuevos mercados coloniales. En todos los casos significaba el fracaso de la Ley de Bronce.

Pero los factores que la han echado abajo en el mundo occidental, no concurren en la Unión Soviética. Allí el empresario es único: ni cabe aspirar a serlo ni cabe dejarlo para ir a buscar otro mejor. La rebeldía se considera una traición a la causa del pueblo. El capitalista reune en sus manos, simultáneamente y en exclusiva, las funciones de empresario, policía, juez, escritor y gobernante. Y para colmo, aquel sistema, como predijo Marx, no está expuesto a las crisis cíclicas.

He ahí por qué sigue teniendo todavía vigencia en Rusia la famosa Ley de Bronce.

Y ahí reside la clave del triunfo comunista en los países atrasados. Dogma fundamental en la doctrina marxista es considerar la revolución liberal o democrático-burguesa como etapa forzosa entre el feudalismo y el comunismo, el cual habría de surgir, con la exactitud de los fenómenos naturales, cuando el capitalismo hubiera cumplido su misión histórica y, al mismo tiempo, hubiese acabado de reducir todo el pueblo a la más completa proletarización. La implantación del régimen soviético en la Rusia feudal

del 1917, su decidido rechazo por el grueso de la población en las naciones de mayor desenvolvimiento industrial y su éxito en las regiones más atrasadas, desmienten a Marx y a sus corifeos. El comunismo triunfa en los pueblos atrasados, indolentes, impreparados e ingobernables. Porque solamente él, tras la revolución y la satisfacción de los odios que previamente aviva, puede y sabe someterlos al esfuerzo y a la esclavitud necesarios para una industrialización rápida. Las grandes naciones de Occidente, con su enorme productividad industrial y con libertades y derechos ciudadanos, representan evidentemente una etapa mas avanzada, aunque todavía no satisfactoria, en la evolución de la sociedad humana. Y a ella han llegado tras un período de explotación irrestricta, apoyada por los gobiernos, que fue el equivalente histórico de la actual explotación comunista.

Desde un punto de vista militar, también ahí reside la deventaja de nuestro mundo occidental encabezado por los Estados Unidos. Porque en éstos, una gran proporción de la capacidad económica se derrocha en satisfacer los gustos y caprichos de los consumidores; en permitir a la mayoría de los ciudadanos vivir bien y hacer gastos superfluos. Mientras que en la U.R.S.S. está canalizada por el gobierno, único árbitro de la producción y del consumo, hacia la consecución de la supremacía militar, al servicio de un objetivo que trae al recuerdo las tremendas críticas lanzadas reiteradamente por Marx y En-

gels contra "el bárbaro y asiático imperialismo de los Zares."

* * *

La desigualdad social es uno de los males que se imputan a nuestro régimen capitalista. Se olvida cual era la verdadera situación en los siglos que precedieron a su advenimiento. La misma que priva aún en los pueblos sin desarrollo industrial. Sólo una pequeñísima minoría aristocrática podía satisfacer sus necesidades y sus lujos, mientras que el resto de la población, en su inmensa mayoría, carecía de medios de existencia normales.

Pero si miramos al otro lado, vemos que la igualdad prometida por los apóstoles marxistas brilla por su ausencia en la Unión Soviética, donde la mal llamada "dictadura del proletariado" ha conducido a montar sobre los hombros de una clase obrera que trabaja a destajo bajo la consigna de la "emulación socialista", nuevas y frondosas castas privilegiadas de políticos, burócratas, policías y militares.

Como a tantos años de la revolución, semejante desigualdad resultaba ya demasiado evidente, escandalosa y desilusionadora para los marxistas sinceros, Stalin creyó oportuno declarar que su régimen no era todavía comunista; que se vivía una etapa provisional de socialismo, la cual era paso obligado para llegar, en un futuro indeterminado, al verdadero comunismo. El comunismo verdadero habría de alcanzarse cuando, a causa de la prosperidad y de la

abundancia, cada ciudadano pudiera ya recibir bienes de consumo, no "según su trabajo", como ahora, sino "según sus necesidades". Entonces, resultando innecesaria la máquina del Estado, sería arrumbada como un arado viejo, según la clásica expresión de Lenin, abriéndose el paso a una perfecta jauja comunista-anarquista.

No vale la pena discutir si la angelical fórmula del reparto equitativo "según las necesidades", y sin una autoridad repartidora, puede ser algo más que una bella utopía; y si, conociendo la psicología humana, es concebible ese voluntario suicidio del Poder. Lo que sí conviene hacer constar es que la desigualdad es inseparable de cualquier organización comunista; porque, según se nos muestra en la Naturaleza, la esencia del comunismo es la organización jerárquica.

La actual estratificación de la sociedad soviética es un burdo remedo de la que se observa en los insectos comunistas, con sus diversas castas infranqueables, especializadas y jerarquizadas. Pero junto a la jerarquización, hay en la colmena, en el hormiguero y en el termitero algo muy esencial que falta en los miembros de las sociedades humanas, tanto en los gobernantes como en los gobernados, por grande que sea su entusiasmo ideológico: el verdadero espíritu comunista: la tendencia instintiva y verdaderamente espontánea al altruismo y al sacrificio por la colectividad.

La necesidad de este espíritu ha sido reconocida siempre por los doctrinarios socialistas, que han se-

ñalado como condición indispensable para el éxito de sus sistemas la sustitución del individualismo y del egoísmo humanos por el espíritu social, la leal cooperación y el altruismo. En sus famosos "Discursos a la Nación Alemana", Fichte preconizó el Estado-pedagogo, dedicado a sofocar las emociones egoistas y sustituirlas por el generoso impulso de sacrificio hacia la colectividad, como medio de alcanzar el "handelgeshlossene Staat", el "Estado comercial cerrado". Y ya los primeros "socialistas utópicos", como Saint Simon, insistían en la misma necesidad.

Es característico de los utopistas cerrar los ojos a los hechos reales que no encajan en sus cuadros preconcebidos. De no ser así, habrían reconocido que sus aspiraciones eran inalcanzables.

Habrían visto que el individualismo humano no es el lamentable fruto de una educación y un medio ambiente torcidos por los conceptos capitalistas, sino que, como propio de la naturaleza humana, se nos muestra pujante en todas las latitudes y en el transcurso de toda la historia, aun a despecho de convicciones religiosas que fuerzan a la renunciación y al altruismo, constantemente invocadas y pocas veces atendidas.

Los iniciadores de los numerosos y variados ensayos cooperativistas de producción llevados a cabo en el pasado siglo, reconocieron que su sistemático fracaso se debió a que los obreros asociados acababan luchando entre sí, explotando con bajos salarios a los compañeros ingresados últimamente y estable-

ciendo una competencia voraz entre unas cooperativas y otras. Pero pasaron sobre este reconocimiento como sobre ascuas, sin deducir las desalentadoras conclusiones que eran evidentes.

Aún hoy día, cuarenta años después del triunfo bolchevique, los campesinos rusos, sometidos por tan largo período a la mas tenaz propaganda y a la presión del terror, siguen prefiriendo, según lo reconoce la casta dirigente, ser propietarios particulares de unas vacas y de un trozo de tierra que copropietarios de una espléndida granja colectiva, de un "koljos". (Lo que no impide a los gobernantes ir sustituyendo estas explotaciones, en las que el campesino si es muy optimista puede considerarse copropietario, por otras mucho más extensas, de veinte mil hectáreas o mas cada una, los "sovjoses", que son ya "propiedad de todo el pueblo ruso", es decir, propiedad exclusiva del Estado).

Los mismos móviles psicológicos, propios de la constitución humana, han establecido en la actual estratificación de la sociedad rusa el hondo desnivel que se observa entre el proletariado y las castas dirigentes, preocupadas de trasmitir a sus propios hijos sus privilegiadas posiciones. Y el mismo conflicto entre cómo es el hombre y cómo se pretende que sea, explica que en tantos otros pueblos la actual tendencia a la socialización conduzca al establecimiento de una burocracia insoportable, a la corrupción general y a los abusos del poder.

Sólo la coacción puede compensar la falta de un ingrediente tan necesario en cualquier fórmula no in-

dividualista. Corresponde, pues, a la esencia de las cosas, y no a circunstancias accidentales, que la violencia y el terror sigan imperando sobre el noble pueblo ruso, a tantos años de la Revolución de Octubre.

* * *

Pasemos a referirnos, finalmente, a las crisis cíclicas de la economía capitalista liberal, que constituyen indudablemente su afección más grave. Porque cada vez que hacen su aparición llegan acompañadas de todo su cortejo: desocupación en masa, estancamiento de mercancías, paralización, cierre de fábricas, quiebras y ruinas. Y en los intervalos, la amenaza de su repetición y las medidas para prevenir la catástrofe entorpecen la marcha regular de la economía libre. Como ha dicho Molinari, los economistas están acechando hora a hora los síntomas que pueden anunciarla, "así como el enfermo crónico, que sabe que su salud es solo aparente, vive en constante intranquilidad ante el menor indicio de que su mal evolucione en sentido desfavorable".

Hay en nuestro ciclo económico dos circulaciones en sentidos opuestos. Una está constituida por las mercancías de toda índole, que del grupo de los empresarios, agrícolas o industriales, pasan al grupo de los comerciantes, se reparten luego por toda la sociedad y terminan por sustraerse al ciclo, consumidas o utilizadas. Otra, de dinero, constituye el ingreso global de los empresarios, como contrapartida de las mercancías que les compran los comercian-

tes, y empleado en el pago de obreros, de maquinarias y materias primas, de intereses, de impuestos, etc., se distribuye luego por todo el organismo social, incluidos cuantos individuos prestan algún servicio, y se utiliza finalmente en la adquisición de aquellos mismos productos, con lo cual revierte de nuevo a los comerciantes, y de éstos a los empresarios, a partir de los cuales puede repetirse el ciclo, una y otra vez, indefinidamente.

Cualquier detención importante en el circuito del dinero, lleva, pues, aparejada necesariamente una detención en el circuito de las mercancías, y pone en marcha el proceso de la crisis, que se manifiesta siempre inicialmente en forma de un estancamiento de bienes de consumo, es decir, en una reducción de las ventas al público.

Tal reducción se debe al doble hecho de que una parte de la población "no puede" adquirir todo lo que quiere, y otra parte "no quiere" adquirir todo lo que puede. El primer grupo está constituido por las personas de escasos ingresos y los desempleados. El segundo grupo está constituido fundamentalmente por los empresarios, en las primeras fases del desarrollo capitalista; pero en los países de gran prosperidad, como los EE. UU., abarca una gran parte de la población, y teóricamente puede llegar a abarcar toda ella. La importancia relativa de ambos grupos permite distinguir dos tipos de crisis, diferenciables causalmente, aunque en la práctica coexistan siempre y se interfieran en sus efectos.

Limitándonos ahora a la crisis del primer tipo,

vemos que se debe fundamentalmente, en su forma extrema, al atesoramiento por parte de los empresarios, es decir, al hecho de que no den aplicación a sus utilidades, lo que ocasiona una reducción del dinero circulante en el organismo social y un estancamiento de su equivalente en mercancías.

Iniciado el estancamiento, el libre juego de la oferta y la demanda entre los comerciantes y los consumidores no puede resolver el conflicto planteado por la desproporción entre el poder adquisitivo del mercado y el valor de las mercancías en venta. Porque habiendo quedado detenida en un punto del circuito económico una parte de la cantidad global pagada por los comerciantes a cambio de bienes de consumo, es evidente que para que toda esta mercancía encontrase salida no bastaría con que los comerciantes redujesen sus ganancias, que es a lo que normalmente podría obligarles la ley de la oferta y la demanda, sino que tendrían que vender a precios inferiores a los de fábrica. Y ésto únicamente lo harán cuando la crisis alcance su última etapa, salpicada de liquidaciones, quiebras y desastres.

Ante la acumulación de tanta mercancía sobrante, los empresarios se deciden a reducir la producción, mediante el despido de un cierto número de obreros. Pierden los desempleados, totalmente, su capacidad de compra; y reducida en el grado correspondiente la capacidad adquisitiva del mercado, mayores estancamientos y nuevos despidos se suceden alternativamente en círculo vicioso; mejor dicho,

en un movimiento espiral que tiende aceleradamente a reducir a cero toda actividad económica.

Es así como en las varias crisis cíclicas que lleva sufridas la economía liberal se van separando unos de otros, tres elementos: el capital inactivo, la masa de desocupados que no pueden consumir y la mercancía almacenada que no tiene compradores. Las crisis cíclicas no son, pues, otra cosa que un proceso de "desintegración" de esos tres factores económicos. Ello nos explica el efecto terepéutico que sobre esta afección ejercen las guerras, las cuales movilizan y vuelven a integrar los tres factores, capital, mercancías y brazos, del mismo modo que un violento batido homogeneiza una emulsión cuyos componentes se han disgregado.

Surgen entonces las más ingénuas y fáciles explicaciones, repetidas por personas que parecen sensatas. Los menos informados lanzan sus imprecaciones contra el lujo de los ricos, que si bien ofrece un espectáculo indignante frente al hambre de las masas, no participa en el proceso de las crisis, sino que retarda su desarrollo en tanto en cuanto represente consumo de productos nacionales. Con frecuencia se culpa a la mecanización industrial, olvidando que si bien el efecto directo de las máquinas es producir un sobrante de brazos, el crecimiento industrial acaba por absorber todos los brazos disponibles, y a la larga son muchísimas más las personas empleadas en cualquier industria que las que se dedicaban a ella antes de ser mecanizada. Se habla también de "superpoblación", como si no hubiese en los almacenes

mucha mercancía invendida y en nuestro planeta abundantes fuentes de riqueza en espera de ser explotadas. Y se habla al mismo tiempo, como si ambos conceptos no fuesen contradictorios, de "superproducción", cuando tantas muchedumbres carecen de todo. Si nosotros presenciásemos la agonía por inanición de un enjambre de ratones frente a un montón de quesos, haríamos bien en suponer la existencia de algún obstáculo que impide a los animalitos caer sobre el deseado alimento; pero ¿quién pretendería explicar el caso afirmando que sobran quesos o que sobran ratones?

* * *

Naturalmente la crisis de este tipo queda resuelta si se eleva el nivel del dinero circulante hasta quedar equilibrado con el valor de las mercancías en venta, lo cual puede acontecer por la libre iniciativa de los empresarios o por vía oficial.

La adecuada iniciativa de los empresarios consiste simplemente en la movilización de sus ahorros. Cuando, por ejemplo, los aplican a levantar edificios para viviendas y comercios, efectúan así un consumo directo de materiales y proporcionan además salarios a un segundo grupo de trabajadores ocupados en esas construcciones, lo cual permite que se consuman todos los bienes producidos por el primer grupo.

Del mismo modo, cuando invierten sus beneficios en ampliar sus instalaciones industriales y ad-

quirir o fabricar nuevos instrumentos de producción, estos desembolsos, que incluyen los salarios de los obreros empleados en levantar las nuevas instalaciones o en fabricar las nuevas maquinarias, absorben los bienes de consumo ya producidos.

Sin embargo, cuando llega el momento de que las nuevas instalaciones entren en producción, dando trabajo a otros obreros, la apertura de esta fuente de empleos no tiene el mas leve efecto beneficioso sobre cualquier crisis existente o previsible; por el contrario, vuelve a presentarse, y ya en una escala más amplia, el mismo problema derivado de ser mayor la productividad en bienes de consumo que la capacidad adquisitiva. La inversión y la puesta en producción actúan, pues, respecto a la crisis como dos factores opuestos que se suceden o se interfieren, se manifiestan o se neutralizan, mientras el progreso industrial sigue su marcha ascendente.

En ausencia de la iniciativa privada, los gobiernos pueden estimularla, con los recursos, demasiado intervencionistas, propuestos por lord Keynes; o pueden más simplemente suplirla mediante la ejecución de obras públicas, con las cuales se restablece en el mercado el equilibrio entre la oferta y la demanda.

Para la financiación de esas obras, los gobiernos suelen aplicar impuestos progresivos sobre las rentas de todos los ciudadanos y empresas, tratando de hacer de los impuestos no ya, como era clásico, uno de los recursos del Estado para sufragar los servicios públicos indispensables, sino un medio de drenar las rentas excesivas y redistribuirlas en la masa

de la población. Cabe objetar a este sistema que ni es absolutamente eficaz mientras no absorba totalmente los ahorros, ni es justo ni conveniente suprimir éstos. Por otra parte, los impuestos sobre las rentas, al reducir la capacidad de inversión de los empresarios, retrasan el progreso industrial; y al recaer también sobre los ciudadanos económicamente débiles, disminuyen aún más su capacidad de consumo. La emisión de moneda, con el mismo fin. subleva a los economistas ante el espectro de la inflación a que conduce el abuso de este recurso, demasiado cómodo y tentador. Sin embargo, la emisión de moneda no tiene por qué producir inflación si se limita a restablecer el equilibrio entre el circulante y las mercancías en venta, a compensar el numerario retirado de la circulación, a neutralizar la deflación. Un armonioso ejemplo de este equilibrio nos lo ofrece nuestro propio organismo, en el cual, los glóbulos rojos de la sangre, verdaderas monedas de los intercambios gaseosos que tienen lugar en la intimidad de los tejidos, mantienen su proporción dentro de límites normales, destruyéndose cuando su número es excesivo, ingresando en la circulación masivamente otros recién formados cuando tiene lugar una pérdida sanguínea, y aumentando su total a medida que el organismo se desarrolla.

En resumen, por ambas vías, la plus valía proporcionada por la clase obrera conduce al progreso industrial (que, en forma de empleos, abundancia y baratura, beneficia a todos) y a la multiplicación de las obras de utilidad pública.

* * *

Acabamos de ver que el conflicto derivado de la insuficiente capacidad adquisitiva del mercado se repite y se resuelve a medida que se suceden las puestas en producción y las inversiones, es decir, a medida que el progreso industrial sigue su marcha acelerada, volcando más y más productos en el mercado y absorbiendo más y más brazos. Es previsible que el proceso tropiece al fin con algún tope.

Y tropieza con dos. Uno es el pleno empleo; porque de ese esquema teórico, no invalidado por la complejidad de la realidad práctica, se desprende que no pueden tener salida los productos elaborados por los obreros empleados últimamente. El otro tope es la saturación del mercado; porque, en correspondencia con la gran productividad por obrero y con el pleno empleo, los ingresos de la población han crecido y permiten hacer ahorros, y de esta manera, aunque se ha reducido el número de personas que no pueden comprar todo lo que quieren, son muchas, en cambio, las que no quieren comprar todo lo que pueden. Ni la invención de nuevos artículos, que crean nuevas necesidades, ni la humana tendencia a la insatisfacción, ni el consumo superfluo, bastan para impedir que la producción sobrepase a las necesidades. Se esboza así un nuevo tipo de crisis, con superproducción real.

Esta crisis, iniciada como todas con el estancamiento de mercancías, tiende a provocar las mismas conocidas calamidades en círculo vicioso: reducción

de la producción mediante el despido de obreros, desempleo, disminución de la capacidad adquisitiva del mercado, derrumbe de precios, etc.

Sin embargo, a su diferente génesis corresponden peculiares síntomas, entre los cuales el más destacable es la resistencia de los precios a bajar de su elevado nivel. En efecto, los hombres de negocios rebajan los precios de sus mercancías cuando comprenden que el público no está en condiciones de adquirirlas; pero no pueden sentirse inclinados a hacer lo mismo cuando saben que sobra dinero en el mercado, que si el público no compra es porque tiene relativamente satisfechas sus necesidades, y que quien quiere algo está dispuesto a pagar lo que le pidan. Esto es precisamente lo que por primera vez en la historia ha ocurrido ahora en los Estados Unidos, con la consiguiente sorpresa y confusión de los observadores y comentaristas del fenómeno: que los precios de los artículos se sostengan altos, no obstante la alarmante contracción en los sectores industriales básicos.

En la prevención y terapéutica de este tipo de crisis encuentran su utilidad, y de hecho se vienen aplicando desde hace años, una serie de medidas, por otra parte absolutamente "antieconómicas", agrupables bajo el título de "política de despilfarro". Expresión de ella es la tendencia de buena parte de la industria norteamericana a dar poca durabilidad a sus productos, así como la propaganda dirigida a fomentar el consumo superfluo. Tal propaganda halla fácil acogida en el público a causa del "kee-

ping up with the Johnases", mentalidad de emulación entre vecinos, en virtud de la cual, el hecho de que un ciudadano adquiera un último modelo provisto de cualquier pequeño perfeccionamiento crea en su vecino un insufrible complejo que le obliga a desprenderse del suyo, para adquirir otro igual o mejor que aquel. Salta a la vista de cualquier observador este fenómeno; pero pocas veces es ridiculizado, porque ese despilfarro, no demasiado distante de la pura y simple destrucción de mercancías, se considera esencial para mantener el ritmo de la producción y del trabajo. Vienen forzosamente al recuerdo los clásicos ejemplos con que los antiguos economistas rebatieron la vulgar creencia de que toda destrucción, por abrir una fuente de trabajo, redunda en un beneficio general.

A la misma orientación corresponde la política de exportación tal como la han venido practicando los EE. UU. No hay que confundir este caso con el de los países que, como Inglaterra, se ven obligados a exportar para poder, en igual medida, importar los artículos de que carecen. Los EE. UU. son casi autosuficientes; y sus importaciones se han visto reducidas por los aranceles, por el sistema de cuota, que sólo permite la entrada en el país a ciertos artículos, por una ley que exige para cualquier producto importado, un precio, después del pago de aduanas, inferior en un 25% al de los nacionales, y por numerosos y complicados trámites aduaneros. De 1946 a 1952, las exportaciones superaron a las importaciones en más de treinta y cuatro mil millo-

nes de dólares; y el incremento de las exportaciones se considera tan vital para el país que el Gobierno derrocha dólares en préstamos a los países que no le pueden comprar. Esas exportaciones no compensadas, que sustraen a la nación buena parte de sus productos, representan una pieza fundamental en la economía yanqui, sin la cual ésta se vendría abajo; porque expulsan, como una indeseable excreta, aunque no en cuantía suficiente, un elemento cuya acumulación pondría en marcha el paralizante proceso de la crisis: el exceso de mercancías debido a que una parte de la población (cada vez menor) no puede adquirirlas, y otra parte de la población (cada vez mayor) no las necesita.

En fin, la política de despilfarro, no referida a las mercancías sino al tiempo de trabajo, es aplicada por los sindicatos, que velan por mantener lo más baja posible la productividad de cada obrero, obligando so pretexto de especialización a emplear para cualquier pequeñez obreros innecesarios, limitando el número de ladrillos que puede colocar en cada jornada un albañil, fijando la anchura máxima de las brochas usadas por los pintores, etc.

Hay que reconocer que toda política de despilfarro ejerce sobre el fenómeno de la crisis una acción benéfica tanto mayor cuanto con más intensidad se aplique. Pero si tal política fuese necesaria para sostener nuestro sistema económico, ello sería suficiente para condenarlo. Porque ¿qué puede decirse de un sistema dentro del cual, cuando el hombre alcanza un nivel económico que le permite reducir la

tensión de su esfuerzo y disfrutar de mayor descanso ha de continuar encadenado al trabajo, creando mercancías y destruyéndolas, para evitar una catástrofe general?

* * *

Frente a las crisis de este tipo, no hay más que una salida racional: la limitación de la producción, la baja del índice de crecimiento industrial e incluso la reducción drástica de la producción, no mediante el despido de obreros sino mediante acortamientos sucesivos de la jornada de trabajo. Tales reducciones de horario, inconvenientes en una economía atrasada, resultan forzosas cuando alcanza su madurez.

El hombre, tras liberarse de la miseria gracias a su trabajo, puede empezar también a liberarse de éste. Llega el momento en que los progresos de la técnica industrial han de traducirse, principalmente, en un aumento de las horas dedicadas al ocio.

¡Abominable palabra, y tremendo problema el que se plantea! Porque nuestra civilización capitalista ha hecho un fetiche de la laboriosidad y del trabajo y ha cubierto de vituperios la ociosidad. Innecesariamente, puesto que el común de las gentes ha perdido la capacidad de gozar del ocio; y el aburrimiento, uno de los males más tristes, aqueja a quienes están en condiciones de holgar. La misma mística encontramos en el sistema capitalista soviético, en el cual la educación de la juventud se diri-

ge a señalar el trabajo y la producción como únicas metas de la vida. Bien está que así acontezca en las sociedades de los insectos comunistas; porque es presumible que tales animalículos no sirvan para otra cosa. Pero el hombre posee resortes para obtener del ocio mil placeres espirituales; para desarrollar otras actividades agradables y útiles; para gozar del mágico escenario del mundo, en el que es al mismo tiempo asombrado espectador y principal actor; para estrechar la relación con sus semejantes, y para adquirir cultura, en posesión de la cual queda inmunizado contra el aburrimiento.

* * *

De todo lo que precede se deduce un hecho, absolutamente imprevisto en las primeras etapas del capitalismo liberal y, sin embargo, lógicamente ligado a él, como condición "sine qua non" de su normal desarrollo: que las incalculables ventajas del progreso industrial van recayendo necesariamente sobre todos los ciudadanos, los cuales, conforme el sistema se desenvuelve y alcanza su madurez, pueden satisfacer más ampliamente sus necesidades de bienes materiales y de servicios, y alcanzar también más horas de descanso y libertad.

Debemos reconocer, aunque otra cosa opinan los economistas ultra-liberales, que a tales resultados no se llega sin la intervención de los gobiernos, sobre los cuales pesan, con mas eficacia que sobre los empresarios, las exigencias de las organizaciones obre-

ras, el clamor de la opinión pública "de izquierda", en demanda de justicia social, y la evidencia meridiana de que la marcha regular de la economía sólo es posible con una participación cada vez más amplia de toda la sociedad en los beneficios del progreso industrial.

Desgraciadamente, la necesidad de la intervención oficial y, sobre todo, la forma torpe y abusiva con que se ejerce, han acabado de desacreditar la economía libre. Ahora vamos a ver las consecuencias de este descrédito.

CAPÍTULO IX

EL CAOS ECONÓMICO

Los móviles del intervencionismo económico.—Economía y elecciones.—Verdades olvidadas.—Un ejemplo elocuente, la congelación de las rentas.—El intervencionismo, antes y después de la segunda guerra mundial.—La agonía del liberalismo económico en Europa y en América.—La mejor contribución a la Paz o a la Victoria.

CUANDO SE trata de buscar una justificación a la fiebre de legislación que en materia económica experimentan los gobiernos de todos los países, saltan inmediatamente al primer plano aquellas fallas de la economía liberal que, si no se corrigen espontáneamente, requieren concretas intervenciones del Estado. Pero sólo es posible justificar así una mínima parte de las disposiciones oficiales, que en muchos casos resultan contraproducentes en relación al proceso de las crisis, y que en su inmensa mayoría son empíricas, entorpecedoras de todo el mecanismo e innecesariamente atentatorias a las libertades económicas.

Y es que en el vertiginoso desarrollo del inter-

vencionismo juegan otros muchos móviles. En primer lugar, la humana tendencia del legislador a actuar, a sobrevalorar su función y a suponer que han de resultar beneficiosas para la nación medidas cuya eficacia inmediata parece indudable y que a él se le antojan originales e inéditas, aunque en otras mil ocasiones hayan sido llevadas a la práctica acá o allá y hayan mostrado su fracaso en todos los tiempos y en todos los países.

Esa natural tendencia se encuentra estimulada por la presión de grupos que exigen trato de favor para sus propios intereses particulares, como miembros de tal o cual rama de la producción, como importadores o exportadores de tales o cuales artículos, como productores agrícolas o como consumidores. Para atender las apremiantes demandas de esta clientela política vociferante, los gobiernos dictan disposiciones sin ninguna base científica y sin otro móvil que la previsión de los resultados electorales. Y este móvil, que implica chantage y venalidad, no es ocultado por los comentaristas políticos sino expuesto a la luz del día, como si todo ello encajase perfectamente en las más austeras normas de honorabilidad pública.

En el sucio juego, al paso que los gobernantes basan sus disposiciones económicas en sus particulares cálculos políticos, cada elector basa sus deciciones políticas en sus particulares conveniencias económicas. Como si la significación ideológica de cada gobernante, que tan tremendas consecuencias puede tener para todos los ciudadanos y aún para el

mundo entero, fuese asunto de menor importancia. Y como si las decisiones económicas oficiales pudieran resultar inofensivas, tomadas de espaldas a la ciencia de la Economía.

Por otra parte, así como los trastornos provocados por cada intervención obligan a nuevas intervenciones, así también cada éxito obtenido en sus demandas por determinados grupos sociales estimula las reclamaciones de los que se consideran postergados. Y así toda la sociedad acaba participando en la presentación de exigencias al poder público, convencida de que, como reza el refrán, "el que no llora, no mama".

Finalmente los gobernantes llegan a adquirir una conciencia deformada de la trascendencia de su función. En vez de reconocer que los trastornos de que se ven rodeados son la directa consecuencia de sus propios actos, los interpretan como una pálida imagen de la general catástrofe que sobrevendría si ellos abandonasen o se dejasen arrebatar su función rectora. A tan satisfactória conclusión viene a sumarse, por si aún fuese poco, la evidencia del inmenso poder que adquiere el Estado cuando está apoyado por una gran masa de ciudadanos que de él dependen, que de él han recibido mercedes, que de él esperan recibirlas o que obtienen provecho de la corrupción administrativa característica de la política intervencionista.

Llegada a este punto, la marcha de tal política resulta incontenible; y las disposiciones en materia económica, originadas en todos los departamentos

oficiales, a veces revolucionarias y a veces recayentes sobre molestas minucias, se suceden en avalancha, enredándose como cerezas, contradiciéndose unas a otras y desatando un caos.

* * *

Todos los principios liberales que han recibido la sanción de la experiencia y que pudieran invitar a frenar esa política, son desdeñados como antiguallas que, "dada la enorme complejidad del mecanismo económico en nuestros días", no son ya atendibles. Se olvida que la libre iniciativa privada es el factor más importante del progreso; que cada intervención estatal dirigida a producir un bien inmediato a determinado grupo de productores, reparte un mal equivalente sobre todos los demás, quedando como resultado global de la intervención los perjuicios que se derivan de entorpecer el normal juego de la libre concurrencia; que subvencionar o proteger cualquier industria para que no desaparezca es perjudicar en igual medida otras más necesarias y representa un criterio con el cual las antiguas diligencias no habrían podido ser substituidas por los modernos medios de transporte; que la fijación legal de precios por debajo de los que marca el mercado libre, aumenta la demanda, disminuye la oferta y provoca la escasez del artículo, su racionamiento oficial y la extensión del control a más y más productos, en círculos cada vez mayores, etc.

Requeriría demasiado espacio fijar la atención

en la política arancelaria que impide a la humanidad participar en las ventajosas circunstancias concurrentes en cada país para la producción especializada y abundante de unos u otros artículos, y que contrarresta las ventajas de geniales inventos, como el ferrocarril y la navegación a vapor, y de colosales empresas, como los canales de Suez y Panamá, con los que puede decirse que el hombre ha ido reduciendo el "diámetro económico de la tierra". Y se haría interminable el tema si nos refiriésemos a los diferentes tipos de "nacionalizaciones" más o menos justificadas, o a las muchas empresas estatales que hacen una competencia desleal a las privadas, o a las mil variadísimas formas que reviste la intervención oficial.

Limitémenos pues a ofrecer como un pequeño ejemplo de intervencionismo estatal inspirado o sostenido por motivos políticos y cuya dañosidad para toda la colectividad nunca será bastante ponderada, la llamada congelación de las rentas de las viviendas.

Cualesquiera que sean las razones humanitarias invocadas para aplicar tal medida, no hay más que una razón verdadera para sostenerla después de haber palpado sus desastrosas consecuencias: la de ser incomparablemente más numerosa la clientela política formada por los inquilinos que la constituida por los propietarios.

La consecuencia directa de la congelación de rentas es el colapso de la construcción; porque la inversión en fincas de este tipo deja de ser costeable.

De este modo el problema de la vivienda adquiere de año en año caracteres más agudos. Creciendo la población en todas partes a un ritmo acelerado, la búsqueda de un piso vacío donde poder establecer decentemente un hogar representa para infinidad de personas un largo peregrinaje frecuentemente infructuoso. En París, donde la congelación se impuso ya en 1914, llama hoy la atención de cualquier visitante la vetustez de los edificios, su insalubridad y las deplorables condiciones de sus escasísimas instalaciones sanitarias. Desde aquel año al de 1948, bajó del 16% a menos del 2% del presupuesto de un obrero la parte dedicada a pago del alquiler. Y en consecuencia, según datos de un informe oficial, sólo 10% de las casas de la ciudad habían sido construidas en ese lapso; 20% carecían de agua; y 86% no tenían ni baño ni ducha. Y como los alquileres llegan a resultar insuficientes para atender al pago de los impuestos y a la conservación de las fincas, los propietarios prescinden de efectuar ni aún las reparaciones más necesarias, que pudieran retardar la ruina de las casas. En edificios tristes e insalubres se aglomera gran parte de la población, privada de disfrutar de una vivienda higiénica y alegre, como lo requieren el cuerpo y el espíritu; porque su estrecho presupuesto, ya adaptado a la baja renta legal, no le permite pagar los alquileres, comparativamente muy elevados, de los locales no afectados por la congelación.

Es difícil imaginar hasta qué grado el colapso de la construcción ha debido contribuir al desarrollo

y gravedad de las crisis, frenando la espontánea desviación del ahorro hacia esa forma de consumo que es, al mismo tiempo, creación de bienes permanentes. Y dado el incalculable cúmulo de variadísimas actividades arrastradas por la industria de la construcción, puede asegurarse que el desempleo y el hambre son con frecuencia el excesivo tributo pagado por muchos trabajadores a cambio de disfrutar de una renta baja en una vivienda indeseable. Pero ¿quién podría sacar de su error a estos "directos beneficiarios de la ley"? En todos los países en que la congelación de rentas ha sido aplicada, llega un momento en que técnicos y gobernantes se ven forzados a reconocer la necesidad de retornar a la libre contratación entre propietarios e inquilinos, como única forma de estimular la iniciativa privada en la construcción y resolver el problema de la vivienda. Sin embargo, a estas alturas ¿qué político puede enfrentarse a la impopularidad decretando la descongelación, en la que muchos sólo verían la entrega de los humildes a la rapacidad de los caseros?

* * *

Si el intervencionismo se hubiese mostrado eficaz en algún país, habría estado justificado proseguirlo, condenando al olvido las doctrinas clásicas. Pero eran los hechos los que venían probando que cuanto más interferían los gobiernos la producción, los cambios o el consumo, más agravaban la situación; y que es más fácil clamar contra el liberalis-

mo económico y darlo por fenecido que sustituirlo con ventaja.

Ocurrió pues que antes de la segunda guerra mundial comenzó a esbozarse una reacción a favor de la economía libre. Mr. Flandin, Jefe del gobierno francés, iniciaba con un penosísimo período provisional de antiintervencionismo, el paso a la libertad económica, cuyo abandono había denunciado como factor esencial del desorden, en un discurso pronunciado meses antes en Arras.

Como eco de este criterio, significadas personalidades inglesas lanzaron una carta-manifiesto en la que señalaban como origen del malestar mundial los desesperados esfuerzos que durante quince años venían realizando los gobernantes de casi todos los países para restaurar la prosperidad mediante intervenciones en la agricultura, en la industria y en el comercio que burlaban la fundamental ley de la oferta y la demanda.

El liberalismo económico, pese a sus profundas heridas, no había muerto. Pero ello no fue obstáculo para que, terminada la guerra, los gobiernos de las naciones vencedoras extendieran el certificado de defunción y ordenaran su entierro.

Su triste fin era lógicamente previsible. Tras el esfuerzo bélico, las masas habrían quedado defraudadas por una marcha atrás en el deslizamiento de la política hacia el socialismo. En cuanto a los gobiernos, la guerra les había obligado a intervenir en múltiples aspectos de la economía; y al Estado que prueba la intervención le ocurre lo que, según se dice,

sucede al tigre que prueba la carne humana, que ya no quiere otra. Y por si todo éso fuese poco, el peligro comunista vino a hacer más torpes y precipitadas las legislaciones, puramente empíricas, en materia económica.

* * *

La patria de Adam Smith, el país de la plena libertad individual, se lanza al más extraordinario y pacífico experimento socialista. Las grandes empresas privadas son nacionalizadas, y el Estado-gendarme queda transformado en Estado-providencia.

Las necesidades particulares, cuya solución incumbía antes a cada ciudadano, van siendo progresivamente atendidas por el Estado. Este, por ejemplo, se compromete a facilitar asistencia médica a todos, mediante el Servicio Médico Nacional Gratuito. En noviembre de 1946 el Parlamento aprueba la correspondiente Ley de Sanidad Nacional, inspirada en el plan de seguridad social de Beveridge. El proyecto encontró la más decidida oposición del cuerpo médico, representado por la British Medical Association, pero la resistencia fue vencida y el plan entró en vigor el 5 de julio de 1948. A partir de esa fecha, allí como en todos los países en que se ha ido implantando este Seguro Social, desparecieron las normales relaciones entre enfermos y médicos; y éstos son tratados por un rasero socialista que desconoce las enormes diferencias cualitativas entre unos y otros. Pero en general el público aplaude la reforma,

que le permite atender no sólo sus enfermedades reales sino también el afán de medicamenteo que aqueja a muchas gentes, y aún sus necesidades de gafas, dentaduras postizas o pelucas, y todo ello con carácter gratuito. Claro está que la gratuidad es sólo aparente; porque el fantástico costo del servicio pesa naturalmente sobre los mismos ciudadanos, los cuales pagan una parte mediante cuotas directas y dejan el pago de la otra parte al Estado, que la obtiene de ellos mediante impuestos. En resumidas cuentas, lo que hace el Estado es retener una parte cada vez mayor de los ingresos de los ciudadanos y administrársela, considerando seguramente que ellos carecerían de discernimiento para administrarla bien.

Las sucesivas estatalizaciones e intervenciones colocan a millones de individuos en absoluta dependencia del Estado. Un país tan poco inclinado como Inglaterra al funcionarismo y al trámite, es invadido por la empleomanía y el papeleo. Ningún particular tiene tiempo para efectuar el recorrido de ventanillas y el relleno de impresos que se requieren para el asunto mas baladí. En cualquier empresa, un porcentaje disparatado de tiempo y de sueldos es consumido en la estéril tarea, cuando la nación se encuentra más necesitada de trabajo productivo.

Obreros, industriales y profesionales, cansados de esperar años y años una época de prosperidad, y hartos de soportar tantas invocaciones oficiales a la austeridad, tantos impuestos y tantas restricciones, abandonan la isla, que ya no les ofrece ningún fu-

turo, y se dirigen por millares a Australia, a Canadá a Nueva Zelanda y a Suráfrica.

Si en Inglaterra la sensatez y el liberal espíritu de "fair play" han proporcionado una prudente y expectante colaboración ciudadana a la tarea gubernamental, y un ejemplar decoro en la conducta de los hombres públicos y de los partidos políticos, y si en algunos pacíficos pueblos del norte de Europa la reducción de las libertades y de las oportunidades se traduce simplemente en una existencia monótona y reglamentada, es fácil imaginar cuáles tienen que ser en cambio los efectos del intervencionismo económico en otros pueblos.

A Francia le sobraban enseñanzas deducidas de su propia historia para rechazar cualquier forma de economía reglamentada. Le bastaría recordar la quiebra financiera, la escasez, la desocupación y la miseria que siguieron al "mercantilismo" de Colbert; la catástrofe en que desembocó la falsa prosperidad creada después con las desenfrenadas emisiones de papel por John Law; y lo que ocurrió durante la Revolución, cuando recién liberada de las trabas feudales la economía, la Convención fijó precios máximos a los granos y a las harinas, política que hubo que ir extendiendo a más y más artículos. Como inevitables consecuencias sobrevinieron la ocultación, el acaparamiento y el mercado negro, contra los cuales fueron ineficaces todas las medidas, incluso el empleo del terror, que había llevado a la guillotina por delitos económicos a más de siete mil campesinos, carreteros y pequeños comerciantes cuando la Con-

vención confesó públicamente su tremendo error y decretó la libertad de comercio.

Sin embargo, en Francia, empezó a perfilarse el desastre intervencionista apenas vencida la Alemania de Hitler. Los esfuerzos del ministro de Finanzas, Robert Schuman, no pudieron evitar el déficit catastrófico entre los ingresos, importantes mil doscientos cincuenta millones de francos diarios, y los gastos, elevados a dos mil millones por una ruinosa política de nacionalizaciones, subsidios para mantener precios artificiales, y funcionarismo inútil, capaz de consumir sin provecho alguno para la nación todos los auxilios aportados por los Estados Unidos. Y en los años transcurridos desde entonces, la situación ha ido de mal en peor.

Ni siquiera el ejemplo de Alemania occidental ha servido para que los franceses abran los ojos. La derrota dejó al pueblo alemán en la más aflictiva situación. Las destruciones por bombardeos, la separación de las principales regiones agrícolas, la gran masa de desplazados, la desorganización, los desmontajes de instalaciones y las limitaciones industriales impuestas por los vencedores, mantuvieron una miseria increible durante tres espantosos años. En el 1948 tuvo lugar la reforma monetaria que sustituyó el Reichsmark por el Deutsche Mark, y la incorporación al plan Marshall; pero en Alemania los dólares suministrados por los EE. UU. no fueron dilapidados, sino utilizados a modo de catalizador para poder iniciar la recuperación económica. Desde aquel año hemos asistido a un prodigio, el "milagro ale-

mán", fundamentalmente debido, como lo explica el ministro de Economía. doctor Erhard, al rechazo de la economía planificada. Entonces, según lo reconocen hoy los elementos oficiales, "era muy seductora la idea de que no podría salirse del caos más que si el Estado, con su aparato burocrático, mantenía en sus manos la dirección de los negocios, gracias a los planes de producción y distribución". Pero afortunadamente, se tuvo fe en el poder de la iniciativa privada y se optó por una sana economía de competencia en un mercado libre. A la vista están los asombrosos resultados: la enorme producción industrial, que casi duplica la de antes de la guerra; el aumento de los salarios reales; el incremento de las exportaciones hasta inclinar a su favor la balanza comercial; las reservas de oro y divisas; y la solidez de la moneda, que franceses e ingleses querían fuese revalorizada, obteniendo de los alemanes como respuesta la invitación a que devaluasen las suyas, ya que es el enfermo y no el sano el que debe medicinarse.

Como ha enfatizado Guy de Carmoy, Inspector de la Hacienda Pública, señalando ahí el factor moral del conflicto económico, los industriales, obreros, y labradores franceses se han acostumbrado a vivir bajo la protección del gobierno, solicitando de él subsidios, aranceles y todas formas de ayuda a sus particulares intereses. La coacción que cada grupo económico ejerce por intermedio de sus representantes en la Cámara, impide a los gobiernos legislar poniendo por encima de todo el interés nacional, que

es lo que en definitiva redundaría en bien de todos y cada uno de los ciudadanos. Si el Primer Ministro, Mayer, trata de hacer frente a la crisis reduciendo los subsidios al alcohol, los industriales afectados consiguen derrocarlo; y si su sucesor, Laniel, ante esa experiencia, enfoca la solución en detrimento de los obreros, se ve inmediatamente enfrentado con cuatro millones de huelguistas. De este modo se han sumado a los restantes males el de la inestabilidad política, y Francia se ha transformado en una Babel. El Estado, que se había lanzado a interferir la economía liberal, ha acabado siendo víctima de los egoismos y pasiones desatados con su intervención. En permanente crisis y a la deriva, su contemplación había de estimular toda forma de rebeldía y había de conducir a los graves acontecimientos que han llevado al poder al general De Gaulle.

En cuanto a Italia, puede decirse, según la feliz imagen del director de la revista *Oggi* que se asemeja a un hipopótamo: las patas, cortas y torpes, son los ciudadanos y sostienen el cuerpo, enorme, que representa al Estado, con sus institutos y sus organismos estatales y semiestatales, controlados o subvencionados. Y a medida que engorda, le devora la corrupción interior, las especulaciones realizadas por funcionarios y hombres públicos, los negocios ilícitos que afloran a veces en forma de escándalos públicos como el que fue provocado por el descubrimiento de las actividades del Instituto Nationale de l'Assicurazioni, el principal instituto financiero italiano.

Bien sabido es que la libre iniciativa y la defensa del individuo o de los grupos minoritarios frente a la mayoría gobernante inspiraron la Constitución de los Estados Unidos y el *Bill of Rights* adicionado a ella, y fueron el motor del rápido progreso con que Norteamérica asombró al mundo. Mayor es sin embargo el asombro con que hoy día asistimos al desvanecimiento de aquellos principios. Oigamos lo que a este respecto nos dice el antiguo líder comunista Earl Browder: "El Capitalismo estatal, sustancialmente si no en el aspecto formal, ha progresado más lejos en América que en la Gran Bretaña bajo el Gobierno laborista, a pesar de que el estadio de la nacionalización de ciertas industrias no ha sido todavía alcanzado en América; la real concentración de las riendas de la economía nacional en manos gubernamentales alcanza probablemente mayor nivel en los EE. UU."

Puede agregarse que el manejo de estas riendas es con frecuencia muy difícil de comprender. El Gobierno, para frenar la baja de precios de algunos productos agrícolas fundamentales, adquiere sistemáticamente los excedentes de la producción. Estas reservas llegan a sumar en enero de 1956 siete mil milones de dólares, y constituyen un estorbo. Entonces se pide a los agricultores que para evitar la producción innecesaria dejen de cultivar el 20% de sus tierras de labor, y se ofrece a los que atiendan la petición compensarles con pagos o haciéndoles entregas gratuitas de esos mismos excedentes. Unos meses después, en la última campaña presi-

dencial, los republicanos hacían valer ante los electores de los distritos agrícolas, la iniciativa de este plan; y los demócratas, calificándolo de descarado oportunismo político, ofrecían continuarlo.

Pocos son los envidiables países en que el Estado ha resistido la tremenda tentación. Por todas partes vemos gobernantes, quizá bien intencionados, que en vez de atender sus funciones específicas (recta y rápida administración de la justicia, eficiencia y baratura de los servicios públicos, etc.) se empeñan en hacer la felicidad de sus pueblos mediante añejas y fracasadas iniciativas intervencionistas. Y les vemos manotear nerviosamente ante el alud de problemas que ellos mismos crean y enredan, proporcionando un espectáculo grotesco, que sería cómico si sus consecuencias no fueran tan lamentables.

Claro está que en los países de gran desarrollo industrial, los trastornos económicos provocados por el abuso de las intervenciones oficiales no pueden ya impedir el espontáneo y continuo aumento de la productividad por obrero y la consiguiente elevación del nivel de vida, que puede ser atribuida por los gobernantes al acierto de sus múltiples disposiciones. Pero en otros países, subdesarrollados, el intervencionismo estatal impide el progreso; porque ni las empresas privadas, cohibidas por el Estado, ni el gobierno, reprimido por las críticas de banqueros e industriales, cumplen plenamente la función industrializadora propia del elemento capitalista. En tales casos los gobernantes no parecen encontrar otra solución que la de ofrecer mayores garantías al ca-

pital extranjero que al nacional; pero lo que debieran hacer es optar entre dos soluciones bien sencillas: limitar su intervención en los asuntos económicos a lo estricto, o lanzarse de lleno a un capitalismo de estado, sin máscara.

* * *

Es lógico el deslizamiento del intervencionismo estatal hacia fórmulas cada vez mas definidamente socialistas; porque aquel posee todos los inconvenientes de éstas, inherentes a la limitación de las libertades económicas, y presenta, además, en lugar de la ordenación total y sistemática a que se presta la economía socialista, una mescolanza de orientaciones fragmentarias y contradictorias.

También es lógico que junto al malestar económico y político de nuestro mundo occidental, la desorientación ideológica vaya en aumento de día en día, hasta el punto de constituir ya uno de los mas graves factores entre cuantos contribuyen a ensombrecer la hora presente.

Para el hombre de la calle, el abandono de los principios de la economía liberal por parte de casi todos los gobiernos significa el reconocimiento de que esa economía ha fracasado; y a su vez, el sucesivo descrédito de las fórmulas con las que se trata de sustituirla y el claro sentido en que se desliza la política económica hacia el capitalismo de estado, llevan a su ánimo la convicción de que los sedicentes defensores de las libertades humanas sólo preten-

den "retrasar lo inevitable". Alcanzada esta conclusión derrotista, pierde sentido toda acción pacífica o bélica para oponerse a una doctrina, la marxista, hacia la cual de motu proprio vamos caminando, y en defensa de otra, la liberal, que hemos abandonado.

No es criticando lo que se sabe del campo enemigo como puede levantarse la moral del mundo libre; sino colocándose en condiciones de poder presentar al juicio de propios y extraños la paz, la estabilidad, la armonía y el bienestar que derivan de aplicar sinceramente los principios que se proclaman.

Esta sería la mejor aportación que se podría hacer a la causa mundial de la Paz. Y sería también, si llegase la guerra, la más valiosa aportación moral a la Victoria.

CAPÍTULO X

HACIA LA TIRANÍA

Cómo desaparecen las demás libertades.—Cerebros planificadores.—¿Es la dictadura el adecuado preventivo contra el comunismo?.—El aspecto moral de los acuerdos hispano-yankees.—El practicismo de los políticos norteamericanos.—La democracia es un contrato tácito que obliga a las dos partes.—"Os exigimos la libertad en nombre de vuestros principios y os la negaremos en nombre de los nuestros.—"¿Para ésto aventásteis nuestras cenizas?"

A LOS pueblos que se lanzan por el camino del intervencionismo económico les es muy difícil contener la marcha iniciada. Siguen dando tumbos, y en ellos ven comprometidas, además de su libertad económica, todas las libertades fundamentales.

Transformado el Estado, de órgano útil en parásito de crecimiento tumoral, de guardián del derecho en enemigo público, de sirviente en amo, el derecho a la crítica y a la oposición pasan pronto a ser un mito. Cuando el formar parte de los organismos oficiales llega a ser una envidiable situación de privilegio económico, cuando se depende de la be-

nevolencia de estos organismos para llevar adelante las propias empresas y aún a veces para adquirir los más vulgares artículos, el disidente político, con disidencia noble y desinteresada, es un inadaptado, llamado a perecer de inanición.

La concesión o negación de permisos; la alternativa entre aplicar impuestos o conceder, por el contrario, subvenciones; el suministro racionado de papel u otros artículos necesarios, y otras mil formas de presión o de represalia, disimulables bajo razones económicas de conveniencia pública, aseguran a los gobernantes el control de todos los medios de información y de crítica, con una eficiencia que hace innecesario recurrir a los disturbios, asaltos de redacciones y encarcelamientos, con que los dictadores de la América Latina persiguen a los periodistas dignos. Desaparece así la libertad de prensa, la cual es tan esencial, como suprema garantía de todas las demás libertades, que debiera haber sido señalada en los acuerdos internacionales como principal piedra de toque para determinar el carácter democrático o tiránico de cualquier gobierno y para decidir la correspondiente actitud de las demás naciones hacia él.

No ya las libertades sino la propia dignidad resulta afectada por el autoritarismo oficial y el menosprecio de los derechos de la persona. Pero la masa de los ciudadanos no se percata de ello; porque en ese clima las preocupaciones puramente abdominales son excluyentes y un grosero materialismo lo envuelve todo. La gente no encuentra indecoroso en-

cargar de sus propias necesidades, presentes y futuras, a sus gobiernos; y prefiere renunciar a las oportunidades y consiguientes responsabilidades de una vida libre, a cambio de alcanzar ese tipo de "seguridad" de que gozaban los negros en los tiempos de la esclavitud y que también se dá en los internados y en los cuarteles. De esta forma, como alguien ha dicho muy bien, el Estado no sólo arruina a los pueblos sino que, además, los envilece.

Como aneja a la tendencia estatista, por todas partes vemos extenderse de día en día una singular mentalidad "planificadora". Las naturales diferencias entre los seres humanos en cuanto a capacidades, aptitudes e inclinaciones, y las desigualdades que de ahí derivan, resultan insufribles para esta mentalidad, estrechamente emparentada con la obsesión de orden y simetría que tortura a muchos psicópatas. Surgen así en todos los campos de la actividad humana cerebros planificadores aplicados con celo maniático a idear y propugnar sistemas "racionales" que habrían de hacer de toda la colectividad una conejera perfectísima.

Típico ejemplo de esta manía nos lo ofrece la propaganda a favor de la ciencia planificada, que con sólida y elemental argumentación ha combatido John R. Baker, de la Universidad de Oxford, en su breve trabajo, *Science and the Planned State*. La Ciencia ha sido, y sigue siendo hoy día, obra de individualidades excepcionales, espontáneamente aplicadas a la investigación de problemas libremente escogidos y libremente trabajados, generalmente sin otra finali-

dad que el puro placer que acompaña al descubrimiento científico y al conocimiento de la verdad, y sin exigir de ésta una utilidad práctica que, en la mayor parte de los casos, no es previsible inmediatamente. Sólo para determinados y concretos problemas en el campo de la Tecnología, el trabajo en equipo resulta más eficaz y hasta, en muchos temas complejos y costosos, indispensable. Pero para los proyectistas de la ciencia planificada la investigación científica no se justifica más que en tanto en cuanto produzca una inmediata utilidad material a la colectividad; la sociedad no puede ni debe costear ni consentir las puras "diversiones" de los sabios; y éstos deben efectuar sus trabajos encuadrados en organizaciones oficiales jerarquizadas que garanticen su máxima eficacia, que les señalen tema, horario y remuneración y que vigilen su ortodoxia política. En este sentido, no ha faltado un pensador, Mr. Crowther, secretario de una sección científica del British Council, que proponga resucitar la Inquisición; pues según opina (T. G. Crowther, *Social Relations of Science*, Londres 1941), el perjuicio o las ventajas de la Inquisición "dependen del empleo que se haga de ella en favor de una clase dirigente, según que ésta sea reacionaria o progresista."

Bajo esa ola de gregarismo y de ordenancismo, estamos asistiendo al naufragio de todos los valores individuales, atropellados por el Estado omnipotente, con la complacencia no sólo de las masas, a las que podemos suponer poco preparadas para apreciar-

los y aún animadas de un espíritu revanchista, sino también por no pocos intelectuales.

* * *

La facilidad con que los procedimientos de excepción pueden ser puestos en práctica con el pretexto de la amenaza soviética, incluso bajo gobiernos sinceramente respetuosos de las libertades políticas, contribuye a hacer aún más precarias las garantías individuales.

De ello nos han proporcionado un caso ejemplar los EE. UU., donde un solo hombre, McCarthy, consiguió llevar al grado de psicosis colectiva el acoso de ciudadanos que él juzgaba sospechosos. Fue por entonces cuando, con motivo del llamado caso White, el Procurador General solicitó se legalizara el empleo de las "tablas de escucha" para permitir a la policía el control de las conversaciones telefónicas. También aparecieron los llamados "quemadores de libros", encargados de efectuar "purgas" en los estantes de las bibliotecas gubernamentales, en los establecimientos educativos y en las bibliotecas del gobierno americano en el extranjero, para suprimir todos los libros comunistas o de tendencias comunistas; lo que realizaron, como ocurre siempre en casos análogos, con criterios tan mezquinos y ridículos que finalmente provocaron la dimisión del Jefe de Información de la Presidencia.

Pretendidas agitaciones comunistas sirven también a muchos dictadores para justificar su detenta-

ción del poder. Y es lamentable comprobar cuánta gente acepta el argumento.

Así por ejemplo, la larga y porfiada defensa de Franco, no consiguió solamente su perdón en aras de discutibles conveniencias prácticas. Desde su posición de acusado, el reo fue inclinando a pensar a muchos de sus oyentes que ese tipo de gobierno imperante en España es el adecuado preventivo contra el comunismo.

Lo que hay de esencialmente común en todas las tiranías es que en ellas naufragan los derechos elementales de los individuos, forzados a soportar los caprichos del gobernante y, con frecuencia, a aceptar y servir los "fines superiores' del Estado. Nada atenúa esta realidad el hecho puramente accidental de que tales fines, dependientes de la particular ideología del grupo gobernante, sean la pretendida liberación del proletariado mundial o el triunfo universal de un credo racial o religioso. Y sería perder el tiempo tratar de establecer diferencias entre ellas en cuanto a los métodos y al ambiente psicológico que provocan.

Lejos de ser adecuado preventivo contra el marxismo, las tiranías, a causa de esa esencial similitud, le preparan el terreno. Y cuando caen, como se ha visto en Italia con su poderoso partido comunista y como se está viendo en Venezuela, la gente se apresura a engrosar las organizaciones marxistas, por creer, de acuerdo con la estúpida propaganda del tirano, que eso es lo que verdaderamente representa "la postura opuesta".

* * *

Llega ahora el momento, y es lamentable, de señalar la enorme responsabilidad que en la desorientación ideológica y en la consiguiente desmoralización del mundo occidental están contrayendo los dirigentes políticos de los Estados Unidos, por su conducta en relación con los gobiernos ilegítimos.

Con los acuerdos hispano-yanquis, por ejemplo, la causa del mundo libre ha perdido seguramente más desde el punto de vista moral que lo que haya podido ganar desde el punto de vista militar. Porque la monstruosidad moral de los convenios salta a la vista.

Si la finalidad del llamado Pacto del Atlántico, expresada en su preámbulo y en su articulado, fue salvaguardar la libertad de los pueblos, los principios de la democracia, las libertades individuales y el reinado del derecho, ¿pueden moralmente los Estados Unidos, que los suscribieron, asociarse, con el pretexto de tales objetivos, al actual régimen español? A esta pregunta, formulada a diversas personalidades por el político español Indalecio Prieto, respondió el expresidente de Venezuela, Rómulo Gallegos, haciendo notar que, en el fondo, el asunto plantea la cuestión máxima de nuestro tiempo: la relación que debe existir entre las normas de conducta y los actos; entre los principios y las prácticas; entre las palabras y los hechos; relación que, rota por conveniencias sin escrúpulos, es la causa de los

tumbos que va dando nuestra civilización y del crecimiento de los peligros que la amenazan.

Igualmente severos son los juicios que se hacen millares de hombres libres, testigos acongojados del torpe practicismo que vienen aplicando en su política internacional los dirigentes de aquel gran país.

Lo que suele llamarse sentido "realístico" y "practicista", que a veces no es en el fondo otra cosa que falta de principios, conduce a actos que son censurables aún cuando estén dirigidos a fines tan elevados como lo es la defensa del mundo libre; cuánto más en los frecuentes casos en que no puede descubrírseles otra finalidad que conveniencias particulares.

El practicismo que ha conducido a las cordiales relaciones entre Washington y Madrid, es el mismo que presidió aquella conferencia de Yalta en la que Roosevelt entregó a Stalin las naciones de la Europa oriental, tras unas conversaciones sostenidas con tal desenfado, tal desprecio a los derechos de aquellos pueblos y tal irresponsabilidad, que produjeron asombro al mundo cuando fueron divulgados algunos de sus detalles, sobre los cuales es preferible correr un tupido velo. Y es ese mismo sentido practicista el que ha hecho interferir la política yanqui con la de las naciones europeas en los países norteafricanos. Y el que determina el hecho, del cual en la América de habla española sobran pruebas, de que frente a cualquier dictador la actitud de Washington viene determinada no por principios ideológicos sino exclusivamente por sus particulares intereses. Y no es otra cosa que grosero practicismo

lo que mueve la pluma de muchos comentaristas yanquis, como Kenneth McCaleb, quien refiriéndose a Hispanoamérica en un artículo que apareció en el *Sunday Mirror*, llegó a afirmar que es hacer el juego al comunismo atacar a los dictadores que son amigos y colaboradores de Norteamérica; y se enpeñó en establecer sobre tal colaboración una neta diferencia entre los que llamó "hombres fuertes" buenos y "hombres fuertes" malos. ¿Cómo puede denominarse "hombres fuertes buenos" a tiranos cargados de gravísimos crímenes contra la vida y contra la libertad de sus conciudadanos, por estable que sea la "normalidad" que hayan logrado imponer, y por estrepitosas que resulten sus declaraciones contra el comunismo?

Los funestos resultados de toda esa política van apareciendo unos detrás de otros, viniendo así la "realidad práctica" a demostrar que el practicismo no es, como mucha gente cree, garantía de inteligencia ni de eficacia sino que resulta a la larga muy poco práctico. Y tanto desdén hacia normas de conducta que no debieran olvidarse han provocado en los espíritus sinceramente liberales una actitud de desilusión, de recelo y de crítica, incomprensible para los dirigentes de la política estadounidense.

Que los Estados Unidos, sobre los cuales convergen las esperanzadas miradas de todos los hombres amantes de la libertad, contribuyan así a incrementar la desmoralización y la desorientación ideológica del mundo, no es asunto de escasa monta. Porque este desconcierto es el mayor de nuestros pre-

sentes males, estimula al enemigo, le suma adeptos y nos priva del único ideal capaz de elevar la moral y de justificar todos los sacrificios: la Libertad.

* * *

Es forzoso reconocer, sin embargo, que entre tantos, tan variados y tan graves peligros como acechan a la Libertad, uno de los más trascendentes es el abuso que la Democracia hace de sus fueros.

Democracia y Libertad son, para el común de las gentes, términos casi sinónimos. Sin embargo, Willis Bellinger, en su estudio *By vote of the People* (Nueva York, 1946) ha hecho notar refiriéndose a ocho grandes democracias del pasado, Atenas, Roma, Venecia, Florencia, la Primera y Tercera República Francesa, la Alemania de Weimar, e Italia, que en una se estableció la dictadura por fraudulenta compra de la legislatura; dos terminaron por la violencia; y en cinco fue el voto de las gentes lo que pacíficamente mató la libertad.

Liberalismo y Democracia no sólo son conceptos absolutamente distintos y separables, sino hasta cierto punto también contrarios; ya que se entiende por democracia el gobierno por la mayoría, mientras que el liberalismo proclama los derechos de los individuos y de las minorías disidentes.

El conflicto resultante ha podido ser sorteado hasta aquí porque el pleno uso de los derechos democráticos ha tenido lugar mucho tiempo después de haber sido reconocidas las libertades públicas, cuando

ya los ciudadanos habían comprendido las ventajas de ellas y no estaban dispuestos a exigir de los gobiernos su anulación sino a vigilar que las respetaran. En los Estados Unidos la Constitución fue redactada por una minoría selecta que se cuidó de dejar bien establecidas estas libertades. La Revolución francesa, como movimiento libertador que fue, proclamó las libertades individuales que llevaba inscritas en su bandera. Y en otros países insuficientemente preparados, el pueblo no ha mostrado interés en el ejercicio de sus derechos de voto, y los políticos, respetando las libertades, han entendido en cambio la democracia como el arte de hacer creer al pueblo que él es el que gobierna.

Pero en muchos pueblos, como ha hecho notar Peregrine Worsthorne refiriéndose a Indochina (Nº 17 de *Cuadernos del Congreso por la Libertad de la Cultura*), este "hábito liberal" no existe. Y claro está que en nuestro mundo occidental el simple "hábito liberal" es un freno muy precario, cuando las mayorías, sabiéndose fuente del poder público, y dispuestas a hacer valer sus derechos, los creen ilimitados.

Y no lo son. La común aceptación del principio numérico de la mayoría por parte de todos los ciudadanos, supone la voluntaria renuncia de los grupos minoritarios al empleo de la violencia o de otros medios para imponerse a los demás, sobre la base del acuerdo tácito de que el grupo mayoritorio triunfante se considerará obligado a respetar los derechos y libertades fundamentales de todos. El jue-

go democrático determina quiénes han de ejercer el poder; los principios liberales marcan límites a ese ejercicio. Los derechos de la Democracia desaparecen por consiguiente cuando olvida los derechos de la Libertad. Y en cualquier conflicto entre ambas, la opción no admite dudas. Porque los derechos democráticos surgen de un acuerdo; pero los derechos y libertades fundamentales de cada hombre nacen y mueren con él; los gobiernos no tienen en su mano el concederlos sino el reconocerlos o el atropellarlos.

Tal como suele entenderse la Democracia, lejos de constituir una garantía de las libertades públicas, representa para ellas una amenaza constante. Y cuando las perdemos, como las vamos perdiendo, importa muy poco que quien ocupe el poder esté ahí por derecho de herencia o lo haya alcanzado violentamente o lo deba al apoyo de una mayoría.

Desgraciadamente, las masas han adquirido más conciencia de su poder que de su responsabilidad; y sin entender que el sufragio universal implica un acuerdo entre dos partes que obliga a ambas, cada grupo social trata de forzar a los gobiernos a atropellar los derechos de los restantes grupos. De esta forma la actividad del Estado ha pasado a ser un asunto de primordial interés para todos, y en las pasiones políticas, más exaltadas que nunca, los móviles idealistas brillan por su ausencia.

En ese clima, propicio a los extremismos y al desorden, se multiplican los adeptos al comunismo, quienes exigen respeto para sus derechos políticos con el mismo cinismo con que el parlamentario reac-

cionario Louis Veuillot decía a Gambetta: "Os exigimos la libertad en nombre de vuestros principios, y os la negaremos en nombre de los nuestros". Y nuestra sociedad, tundida y desorientada, que percibe con nitidez el mortal peligro representado por las organizaciones comunistas con las que comparte las luchas políticas, cree que traicionaría los principios democráticos si les negase el derecho a participar en ellas; si les hiciese el vacío y les cerrase el camino al poder, desde el cual, allí donde triunfan, arrebatan a sus conciudadanos todos los derechos. ¡Como si no fuese cómica necedad permitir la participación en un juego de azar, en el que la banca sea deseable, a quien se sabe de antemano que cuando la alcance tirará de pistola y no la soltará jamás!

* * *

No es necesario poseer mucha sagacidad para comprender que la completa desaparición de las libertades públicas y la total absorción de los individuos por el Estado será la meta final de todo el proceso que venimos estudiando.

Y tampoco se requieren facultades profética para poder predecir que en más de un caso la meta será alcanzada bruscamente. Porque en algunos países, posiblemente con ocasión de algún exceso tumultuoso, el "orden" será impuesto por la fuerza. Más no se piense que la oportunidad sería empleada en revisar conceptos y librar de sus errores nuestro sistema político; en conciliar la democracia con la libertad, y ambas con el orden. El nuevo autoritaris-

mo, que no renunciaría a la fuente de poder que representa la economía dirigida, que habría de imponer la unificación de voluntades ante la amenaza de la guerra y que, como surgido del fracaso de la democracia, desconocería todos los derechos políticos, podría muy bien hacer exclamar a los fantasmas de Nüremberg: ¿Para ésto aventásteis nuestras cenizas?

Alcanzada por uno u otro camino aquella meta, sólo cabría entonces desear que el Estado, mostrándose respetuoso al menos con la libertad de conciencia de los ciudadanos, supiese rechazar la tutela de la Iglesia. Pero vamos a ver que ni aún para esta última esperanza existe fundamento. Porque para afrontar la guerra que con caracteres tan apocalípticos se anuncia, parece que es muy conveniente la colaboración de las "fuerzas espirituales".

CAPÍTULO XI

HACIA LA TEOCRACIA

Un hereje muy equivocado.—El indeterminismo del átomo.—El progreso material y el progreso moral.—Nüremberg y Canossa.—Cómplice desleal.—Una consigna más.—Turismo celestial e infernal.—Cándida paloma.—El caso de la Argentina.—La gran oportunidad.—Un error que no se debe repetir.—"Alea jacta es".

MIENTRAS las libertades ciudadanas sucumben bajo el peso insoportable del Estado, la Iglesia alcanza posiciones cada vez más sólidas, en virtud de una serie de circunstancias que van a ser analizadas, y cuyos resultados harían sentirse en ridículo al hereje que hace un siglo convocaba a sus contemporáneos, apresurándolos a presenciar los funerales de una Iglesia que agonizaba.

* * *

El primer éxito obtenido en nuestros tiempos por los teólogos, tan brillante como inesperado por ellos,

les fue entregado en propia mano, hace veintitantos años, por los físicos estudiosos del átomo.

Desde hacía mucho tiempo, los hombres de ciencia consideraban como una realidad bien establecida, sin la cual carecería de razón la busca de las verdades científicas, que el principio de causalidad rige en el universo físico todos los fenómenos, los determina ineludiblemente, y por ello permite someterlos a leyes y predecirlos. Y por su parte, los filósofos deterministas extendían ese hecho a los fenómenos mentales, para negar el libre albedrío. Según ellos, todos los actos del hombre, aún los que ejecuta por propia decisión y con clara conciencia de su responsabilidad, vienen predeterminados por una constelación de hechos, externos e internos, conscientes e inconscientes, regidos por la ley de causalidad, que fijan inexorablemente cuál ha de ser aquella decisión aparentemente voluntaria. Si en cada momento creemos que podemos libremente seguir una conducta u otra, ello se debe a la complejidad de los factores que rigen nuestra vida anímica y a que se nos aparece como "posible" todo suceso cuando para su desencadenamiento se requieren varias condiciones y vemos que las que son conocidas están presentes. Un conocimiento completo de todas haría desaparecer el concepto de posibilidad; y como ocurre en las predicciones astronómicas, todo lo que antes juzgásemos posible se nos aparecería, según los casos, como imposible o como seguro.

Parece ser que la filosofía determinista es demaciado abstrusa para el común de los mortales, pues

unos la confunden con el fatalismo y otros la creen incompatible con la existencia de códigos penales; pero entre los hombres de ciencia su aceptación era bastante general.

Y he aquí que el estudio de los corpúsculos atómicos descubrió que brincan de una órbita a otra, sin causa aparente y sin que sea posible determinar exacta y simultáneamente su velocidad y su posición en el átomo.

Bien es verdad que el desconocimiento de una causa determinante no es prueba de su inexistencia; y que nuestra incapacidad para "determinar" las medidas de un hecho no indica que carezca de "determinación causal".

Pero, como ha hecho notar Bertrand Russell, ocurre aquel descubrimiento cuando los investigadores de la materia, asomados al borde de lo desconocido, experimentan el vértigo de vislumbrar que el Universo es una combinación, inexpresable en palabras, del Caos con la Nada. El llamado por Heisenberg "principio de indeterminación" les "determina" entonces a sustituir en sus opiniones la razón por el sentimiento. Y una serie de declaraciones pseudocientíficas de varios ilustres físicos permite a los teólogos afirmar el retorno de la Ciencia al confesionalismo y apuntarse en ese campo una victoria que, no por inmerecida, ha dejado de ser muy trascendente.

* * *

La reflexión sobre el progreso técnico de la humanidad y sobre los males que la afligen sumó a favor del confesionalismo otras razones, concretadas en un slogan que se viene repitiendo desde hace años con el éxito que corresponde a su trascendencia y a su exactitud: "Todo el problema del género humano deriva de la falta de armonía entre su enorme progreso material y su escaso progreso moral".

Si utilizamos como término de comparación la antigua Grecia, sorprende en efecto el inmenso progreso técnico que media desde la primera observación por Tales de Mileto de un hecho de electricidad, la atracción de partículas por el ámbar frotado, hasta las modernas aplicaciones de dicha forma de la energía; o desde la intuición del átomo, por Demócrito, a su dominio y desintegración actuales con fines prácticos; pero sorprende aún más el escaso avance, por no decir el retroceso, de los valores del espíritu, que tan altos eran en aquellos hombres, enamorados del bien, de la justicia, de la belleza, de la verdad y de la libertad.

Es pues evidente que el progreso moral del hombre, no guarda paralelismo con su progreso técnico. Pero sospecho que los diagnosticadores de este mal se han precipitado demasiado al insinuar su terapéutica antes de haber investigado su causa. Porque su causa no es otra que el hecho de que, desde el Renacimiento, el progreso de la ciencia y de la técnica se ha confiado a la razón, libre de prejuicios; mientras que el progreso espiritual ha seguido confiado a dogmas frecuentemente rechazados por la

razón, y sostenedores de una moral ridícula, claudicante y farisáica.

* * *

Nuevos tantos, ya de carácter práctico, han sido sumados a favor de la influencia eclesiástica en el curso de la guerra contra el Eje.

Durante los conflictos bélicos sobran motivos para que el papel del clero en cada país se acreciente. Y si la nación es derrotada e invadida, como ocurrió en Francia, entre el invasor y la masa del país, obsesionada por el perentorio problema diario de seguir subsistiendo, apenas queda en pie otra organización capaz de mantener una política propia que la Iglesia. Lo cual le permite usar y aún abusar de un oportunismo que, cuando vuelve la normalidad, se trata de disimular exhibiendo algunos sacerdotes víctimas de su patriotismo, o es sancionado por las autoridades eclesiásticas superiores, que trasladan obispos y los nombran "in partibus infidelium".

La conclusión de la guerra con el aplastamiento del pagano régimen nazi representó para la Iglesia un nuevo episodio de la secular lucha entre el Pontificado y el Imperio Germano. Y las ejecuciones de Nüremberg reverdecieron escenas tan satisfactorias como la de Enrique IV, descalzo y en traje de penitente, implorando la absolución de Gregorio VII; o la del último Hohenstaufen, subiendo al patíbulo; o la del Pontífice Alejandro IX, humillando con la planta de su pie la cabeza del emperador Federico

Barbarroja, mientras recitaba las palabras del salmista: "Super aspidem et basiliscum ambubis et conculcabis leonem et draconem".

* * *

A lo largo de su historia, la Iglesia ha proclamado su amor a los pobres y ha predicado incansablemente la caridad; pero al mismo tiempo, sin el menor recato, ha prestado su colaboración a los poderosos y ha hecho causa común con ellos en la defensa del "orden contituido". Incluso cuando la condición del proletariado dentro del sistema capitalista liberal era más triste e injusta, cuando el orden social representaba más agudamente la antítesis del verdadero cristianismo, los trabajadores y sus líderes sabían muy bien por quiénes había tomado partido el clero en la lucha de clases.

Pero concluida la última guerra, ya evidente la conquista del poder político por las masas, y previsible el monstruoso desarrollo del Estado socialista, la Iglesia se aprestó a tomar posiciones, en espera de establecer la simbiosis teocrática con el nuevo tirano, lanzándose por el camino del socialismo.

Perfilada la oportunista actitud, los portavoces de la Iglesia justificaron el viraje haciendo algunas vergonzantes declaraciones de contrición por su pasado desdén hacia los intereses de los obreros, envolviéndolas en referencias a las encíclicas Rerum Novarum y Quadragessimo Anno, y manifestando su

propósito de "recuperar las masas descristianizadas".

Ya dentro de la nueva orientación se ofrecen al mundo los jaleadísimos sermones de Cuaresma del P. Riquet en Norte Dame, a favor de la estatificación; la sesión internacional de Pax Romana en Suiza, señalada por sus voceros como "avanzadísima"; la Pastoral del Cardenal Suhard, Arzobispo de París; las peroratas del jesuíta Lombardi, en Italia; el chocante ensayo de los "sacerdotes obreros", etc.

Como granado fruto de tan repentino e intenso prurito de justicia social, entre las principales fuerzas políticas en pugna en varios países figuran los socialistas "cristianos", apenas separados de "los otros" por mas discrepancias que las que se refieren a la postura del Estado respecto a la enseñanza religiosa.

Es mucho lo que esta táctica ha favorecido el acceso de la Iglesia al poder público. Ya no tiene que apoyar disimuladamente al partido político que signifique para ella el mal menor; por el contrario, da la cara e inspira directamente la política de las grandes organizaciones socialistas confesionales, que le garantizan la participación en el poder y, concretamente, el control de la Enseñanza Pública y de las Relaciones Exteriores. Porque es fácil comprobar y comprender que esas son las carteras ministeriales mas apetecidas por la Iglesia... así como los lacayos de Moscú ambicionan la del Interior y la del Ejército.

* * *

Finalmente, la amenaza soviética (corolario obligado de los tremendos errores políticos cometidos por los aliados cuando al final de la contienda estaba próximo), induce al mundo libre a sobrevalorar las fuerzas morales y políticas que Roma puede movilizar. Y ello asegura al Papado la diaria ganancia de numerosas bazas.

El fomento de la piedad pasa a ser una ocupación universal. Los más infantiles recursos son puestos en juego para promover el retorno de las gentes al seno de la Iglesia, mientras su intromisión en la política de unos y otros países no reconoce límites. Y como obedeciendo a una consigna, la crítica de tales hechos pasa a ser "tabú"; y los comentarios dirigidos a advertir cuán equivocada y peligrosa es tal orientación se consideran como un jacobinismo de mal gusto. Claro está que la aleccionadora experiencia de los años trascurridos desde las consignas prosoviéticas lanzadas durante la guerra contra los nazis, autorizan a rechazar todas las consignas basadas en la ocultación o en la deformación de lo que honradamente se cree ser verdad. No es cosa de confiar demasiado en el talento de quienes las propugnan.

¿Es que vamos a confundir el sentimiento religioso con el clericalismo y la superstición? ¿Son éstos los valores de Occidente por los que vamos a luchar? ¿Está tan apagado en nosotros el amor a la libertad que no podemos hacer frente al enemigo sin recurrir al empleo de esas armas? ¿Acaso fue necesario mezclar la religión con la propaganda para poner térmi-

no a la guerra anterior con el aplastamiento de la más poderosa fuerza militar que el mundo había conocido? ¿Es que no hay en nuestras filas, y en las contrarias, infinidad de hombres para los cuales la búsqueda de apoyos reaccionarios ha de ser signo de insinceridad, confesión de endeblez y anuncio de un retroceso al oscurantismo si alcanzamos la victoria?

* * *

En tan favorable ambiente, estupendas noticias son echadas a rodar como la cosa más natural del mundo. Desde Lipa, Filipinas, donde llueven pétalos de rosas, hasta Nueva York, donde la Virgen se aparece a un niño, en todas partes se multiplican los milagros y las apariciones, que antes parecían cosas reservadas a la Península Ibérica. En Siracusa, Sicilia, una imagen de la Virgen llora, y el análisis de sus lágrimas en un laboratorio las identifica con las humanas. En toda Italia suman centenares los casos en que diferentes demonios (Satanás, Astaroth, Belzebú, Samuel, Pintón, Asmodeo, Belial, Lucifer) se posesionan del cuerpo y el alma de una persona hasta que son arrojados de ahí tras agotadoras luchas, con hisopazos y fórmulas de exorcismo, sostenidas heroicamente por los párrocos, presenciadas por la multitud y recogidas por toda la prensa. En Portugal es desempolvada la diplomática Virgen de Fátima, ante la cual el legado pontificio Tedeschini haría la revelación, que quizás sorprendiese al propio Pontífice, de haber sido éste, en 1950, en sus pa-

seos por los jardines del Vaticano, discretísimo testigo del milagroso espectáculo ofrecido por el Sol, lanzando en torbellino sobre la Tierra y repuesto luego en su propio lugar. Y poco tiempo después, en 1955, la prensa mundial informó con grandes titulares que, en diciembre del año anterior, Jesucristo se le había aparecido al Pontífice; lo que se había llegado a saber "por la afectuosa indiscreción de un allegado a él", y fue finalmente confirmado por la Oficina de Prensa del Vaticano: Jesús había repetido su aparición corporal en este torturadísimo mundo, para consolar en privado al Santo Padre por las graves molestias que le ocasionaban sus ataques de hipo.

Como puestos de acuerdo, el cine, la prensa, la radio, se lanzan en competencia a divulgar unos tipos de sacerdotes tan humanos y comprensivos que nos hacen sonreir a quienes los conocemos "en el pleno uso de todo su poder político". Y al mismo tiempo, sobre la persecución del clero detrás de la "Cortina de Hierro", la Iglesia, cándida paloma que no tiene en su historia nada análogo de que ser acusada, monta una propaganda efectista, en confirmación de sus preeminentes derechos a ser la guía del mundo en esta hora crucial.

Apenas levantada frente al materialismo asiático la bandera de los valores espirituales de Occidente, la vemos ondear al viento en manos de la más anacrónica reacción.

* * *

Hasta qué punto están expuestas algunas naciones a caer en cualquier momento bajo la fórmula teocrática según el modelo hispano, se puso de manifiesto con motivo del derrocamiento del dictador argentino.

Bastó que anunciase su propósito de someter a discusión en el Parlamento leyes sobre el divorcio absolutamente normales en todas partes pero desagradables a la Iglesia, para que ésta alborotase hasta hacerle perder el control y, entre torpes contorsiones, caer de su pedestal.

Pronto se hizo evidente que hiciese lo que hiciese Perón, la Iglesia no podía ya contentarse con nada menos que con su caída. Cuando ocurriese, todo el mundo tendría que comentar: "He ahí el hombre contra el que nada pudieron los Estados Unidos, el que combatió los intereses de Inglaterra y redujo a la impotencia a la plutocracia de su país, caído apenas ha tropezado con la Iglesia". En las restantes naciones de Hispanoamérica la ejemplaridad de esta enseñanza habría de pesar en lo sucesivo sobre el ánimo de los gobernantes. Y además, correspondiendo a la Iglesia el mérito de haber vencido al tirano, el nuevo gobierno argentino no podría ser simplemente antiperonista, sino también marcadamente clerical. Mucho más si, como era de esperarse, el dictador acosado hacía frente a la conspiración. Dados los caracteres con que se planteaba el conflicto, una guerra civil en la Argentina abriría a la Iglesia las mismas oportunidades que le había abierto la guerra civil española.

La decisión final de Perón evitó la guerra. Pero tras su huída, el clero no perdió tiempo en tratar de conseguir, ya por la vía pacífica, su propósito de montarse sobre el pueblo argentino como lo había hecho sobre el pueblo español. Y así como al Caudillo hispano se le agregó en concepto de inspirador ideológico su cuñado Ramón Serrano Súñer, así también (¡qué casualidad!) junto al nuevo Presidente, el General Lonardi, hizo su aparición en la escena pública un cuñado suyo, el doctor Villada Achaval, a quien Lonardi pretendía nombrar Secretario de Asesoramiento, con el encargo de controlar el despacho de la Presidencia y la "Doctrina de la Revolución", y presentarle proyectos de decretos leyes sin la intervención de los Ministros. No parecía ya estar muy lejos la meta soñada y confesada por la Iglesia: que el Concordato con la Santa Sede impuesto a España sirviese de modelo a los que en el futuro pudieran establecerse con otros países católicos. Y en efecto, mientras el Gobierno retrasaba las medidas de tipo liberal, declaraba su propósito, difícil de justificar dada su provisionalidad, de llegar a un nuevo Concordato.

Afortunadamente la maniobra vino abajo... por la sencilla razón de que allí no había habido guerra civil. Y Lonardi fue obligado por las fuerzas armadas a dimitir, precisamente a causa de las actividades reaccionarias y pro-fascistas de su cuñado, que fueron denunciadas acto seguido por el nuevo Gobierno, en un documento verdaderamente histórico.

La facilidad con que la Iglesia derribó a Perón

cuando lo tuvo por conveniente, agrava la responsabilidad del patente apoyo que le estuvo prestando mientras fue su hijo fiel. Una responsabilidad que aparece tanto más grave cuanto con más negras tintas se nos pinta ahora la actuación del dictador exilado.

De este apoyo a los tiranos dóciles no vale la pena hablar, porque de él sobran ejemplos en Hispanoamérica. ¿Pues no es mucho más fácil para la Iglesia establecer con un dictador el mutuo apoyo de una simbiosis teocrática que intentar someter a su tutela pueblos libres?

Contemplo ahora una fotografía en que un dignatario de la Iglesia, en solemne acto público, realiza la incensación del general Rojas Pinilla, el tirano de Colombia, implacable perseguidor del periodismo independiente y honesto. Poco tiempo después, ya inminente su caída, la Iglesia le daría el empujón final, apuntándose así ante la nación y ante el mundo el mérito de haberlo derrocado.

Igualmente conocidos son los esfuerzos de la Iglesia guatemalteca, tras la caída del gobierno de Arbenz, para animar las tendencias fascistas de Castillo Armas y asegurar su orientación clerical.

Y la ominosa satrapía de Santo Domingo no fue óbice para que en "Ciudad Trujillo" se reuniese en 1956 el nutridísimo Congreso Internacional de Cultura Católica, con presencia del Gobierno y discurso inaugural pronunciado por don Rafael Leónidas Trujillo, de firme acento católico, según subrayaba en la prensa un entusiasta asistente. Ni constituye

impedimento para que el arzobispo dominicano Pittini, en carta que motivó una ingenua protesta de los exilados al Pontífice, declarase que, quisiéranlo o no sus detractores, es Trujillo quien lleva adelante la extraordinaria tarea de encausar una nación por rutas de dignidad.

Pero estas son pequeñeces, al lado de lo que podía haber sido el caso de la Argentina.

Con él habrá confirmado la Iglesia una añeja experiencia: que son las guerras las que le ofrecen las mejores oportunidades.

* * *

La tercera guerra mundial y la posterior estructuración del mundo, habría de ofrecerle en escala inimaginable las oportunidades que le brindó la guerra civil española, disfrazada de cruzada religiosa contra el materialismo marxista, y que le faltaron en el gran país suramericano.

Ya en el informe anual sobre las actividades de la Santa Sede correspondiente al año de 1952 se declaraba: "Si fuera a nacer un mundo nuevo como se acostumbra a decir a menudo, sería una desgracia para la humanidad que ello se produjera fuera del catolicismo romano. Esa es la razón que induce a la Iglesia, en una hora tan grave para la suerte de la civilización, a aceptar la invitación de formar parte de reuniones y organismos internacionales que han sido creados con el fin de allanar las dificultades entre las naciones y de preparar las bases de la so-

ciedad del mañana. En esas reuniones, en las que se tratan problemas de gran importancia, la Iglesia desea estar presente para aportar la experiencia de dos milenios de historia y para sacar argumentos de esa experiencia a fin de defender los derechos del espíritu".

Para quienes saben meditar sobre las páginas de la Historia, resultaba previsible que una tercera guerra mundial habría de adquirir desde sus primeros momentos, en beneficio de la Iglesia y en perjuicio de las futuras libertades humanas, el carácter de una cruzada religiosa, contra el "comunismo ateo". Que a la liberación de cada uno de los países satélites, se introduciría un criterio confesionalista en la discriminación de los ciudadanos y en el establecimiento de los nuevos cuadros de mando. Que en Rusia, además, la Iglesia jugaría con ventajas la vuelta de las iglesias ortodoxas al redil romano, en lo que desempeñaría destacado papel la Compañía de Jesús, que, como es sabido, guarda profunda gratitud al país de Catalina la Grande. Que en fin, el Vaticano, hábil en manejar las flaquezas humanas, estaría en inmejorables condiciones a lo largo del conflicto y después de él para desviar en su provecho los resultados del esfuerzo común y orientar a su gusto la reestructuración del mundo.

Los sucesos de Hungría prestan apoyo a tales previsiones. Cuatro días de heroica revuelta popular fueron suficientes para que la Iglesia, cuyos miembros no han sufrido ni más ni menos que los restantes ciudadanos, se aprestase a acaparar el fruto

de la victoria; y para que apenas liberado el cardenal Mindszenty se hablara de él como la persona mas indicada para el cargo de Primer Ministro en el gobierno que se formara.

* * *

Conviene no echar al olvido que fue la imprevisión de Roosevelt, absorbido por la guerra contra Alemania e inconcebiblemente ajeno al peligro que en la postguerra habría de representar Rusia, lo que dio lugar a que el mundo se vea en la trágica coyuntura presente y a que todo aquel gigantesco esfuerzo haya resultado baldío. Igualmente lamentable es que los dirigentes de la política occidental, exclusivamente atentos al actual enemigo y dispuestos a aceptar con el mas amplio criterio toda suerte de colaboraciones, sigan cerrando los ojos frente a las ambiciones políticas de la Iglesia Católica Romana, en vez de vigilarlas y prevenirlas.

Mucho pueden influir los dirigentes de las grandes naciones occidentales en el logro o frustración de esas aspiraciones desmedidas. Pero desde hace tiempo vemos a la Iglesia, harta ya de roer el duro hueso de la pobre, vieja y filosófica Europa, dirigir sus ambiciosas miradas al coloso norteamericano. Y como conocemos los catastróficos resultados de la suficiencia, de la seguridad, de la ingenuidad y del sentido practicista yanqui, y quizá debamos estar de acuerdo con William C. Bullit en que Estados Unidos es comparable al reptil prehistórico Tyrano-

saurus "que tenía el cuerpo del tamaño de una locomotora y el cerebro del tamaño de un plátano", nada nos extrañaría que cualquier suceso, tal como la elección del cardenal Spellman para la silla de San Pedro, hiciese caer a ese gran pueblo en la obediencia de Roma.

Quizá con el nuevo Papa, Juan XXIII, inicie la Iglesia otra política que parezca alejarla de su objetivo "protestante", para mejor atender otros objetivos... Ahora, como siempre, la Iglesia llevará adelante su propio juego en el tablero internacional. Sería necio esperar de ella una colaboración rectilínea en la defensa de "valores espirituales" que no sean el catolicismo romano. ¿Las libertades humanas? ¡Bah! ¿Cuándo ha dejado de condenarlas y combatirlas? ¿Hemos olvidado ya la famosa encíclica "Syllabus", en la cual se hizo constar solemnemente, y de una vez para siempre, que el Liberalismo es pecado?

* * *

Establezcamos la conclusión de que no es la posibilidad de la guerra la única mortal amenaza que pende sobre los pueblos del mundo libre. Hay otro peligro que no deriva de fuerzas exteriores, que subsistiría aunque la amenaza militar desapareciera, y que los aguarda al final del camino por el que voluntariamente van marchando: el de verse oprimidos bajo aquel indigno tutelaje de la tiranía y del sacerdocio, que en tiempos pretéritos fue la forma de go-

bierno aplicada a pueblos menores de edad.

Ese riesgo sólo puede esquivarlo el mundo libre revalorando los principios que figuran en su bandera y adecuando a ellos honradamente su conducta.

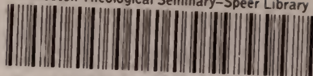
Urge que así lo haga.

Quizá sea ya demasiado tarde.

En cualquier momento, podemos oir la inexorable voz de la Historia: "La suerte está echada".

ÍNDICE

Impreso en los talleres de
la Editorial B. Costa-Amic,
de calle Mesones 14, Ciudad
de México


1 1012 00022 4784